Los Hollister



12

Y EL TESORO INDIO

JERRY WEST

La familia Hollister tiene un nuevo amigo, Indy Roades, un ex jugador de béisbol e indio Yumatán. Él les habla de su pueblo en las montañas de Nuevo Méjico y la mina perdida de turquesas azules de su tribu.





Jerry West

Los Hollister y el tesoro indio

Los Hollister - 12

ePub r1.1
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Indian Treasure*
Jerry West, 1953
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UN PERRITO PERDIDO



La bonita Pam Hollister, una niña de diez años, oyó unos golpes violentos que parecían llegar del patio delantero. Temiendo que su hermano pequeño estuviera haciendo alguna travesura, Pam corrió al porche.

—¿Quién arma ese alboroto? —preguntó—. ¿Eres tú, Ricky?

En aquel momento, el pelirrojo de ocho años, con ojos picaruelos y la nariz cubierta de pecas, llegó corriendo.

—¿Me llamabas, Pam? —preguntó.

La niña, de ojos oscuros y cabello castaño, sonrió a Ricky.

—Creí que… ¡Oh! —exclamó Pam—. Otra vez ese ruido… ¿Qué te parece que pueda ser?

Ricky prestó atención. El ruido llegaba de la calle y los dos hermanos se encaminaron hacia allí para ver de qué se trataba.

A mitad de la manzana y avanzando hacia los niños, vieron un perrito cocker, de color negro. Llevaba un bote atado a la cola y estaba tan asustado que cada vez corría más de prisa. De repente, Pam advirtió algo que la hizo sentir un escalofrío.

—¡Cuidado!

Con su grito estridente, Pam quiso advertir al animalito de lo

que se avecinaba. ¡Un enorme coche avanzaba directamente hacia el perro!

Se oyó un rechinar de frenos y el conductor pudo detener el vehículo a unos cuantos palmos del animal. Éste se encontraba ya tan aterrado que se hizo un ovillo en el borde de la acera, donde permaneció temblando. Pam se acercó a él.

—¡Pobre animalito! —murmuró, procurando calmarle con unas caricias en la cabeza.

También Ricky se acercó a darle unas palmadas y le desató el bote de la cola.

—¿Quién habrá hecho esto a un animalito tan dulce como tú? —se preguntó Pam, tomando amorosamente al perro en sus brazos.

El cocker dejó de estremecerse, meneó la cola y lamió a la niña la mano.

—Tendremos que averiguar quién es tu dueño y te llevaremos a tu casa —le dijo Pam.

Los dos hermanos, con el animal, volvieron a su acogedora casa, situada a orillas del Lago de los Pinos. Mientras se acercaban, un muchachito y dos niñas corrieron a su encuentro.

—¿Le ha herido aquel coche? —preguntó el chico.

Se trataba de Pete Hollister, de doce años, un chico fuerte, con cabello castaño, alborotado, y centelleantes ojos azules.

—No. No está herido —contestó Pam, dejando al animal en el suelo.

—¡Cuánto me alegro! —declaró la más alta de las dos niñas, poniéndose a jugar con el perro.



Era Holly Hollister. Tenía seis años y se parecía mucho a Ricky, con la naricilla respingona. La única diferencia que había era que Holly tenía los ojos castaños y el cabello, que llevaba recogido en dos trencitas, era de color claro, también.

—¿Podemos quedarnos con él? —preguntó Sue, la chiquitina de la familia.

Sue tenía cuatro años y dos graciosos hoyuelos en las mejillas.

—A mí me gustaría que nos quedásemos con él —repuso Pam—, pero creo que debemos averiguar dónde vive.

—Sería estupendo para amigo de «Zip» —observó Holly, poco deseosa de devolver el lindo perrito.

—¿Dónde está «Zip»? —preguntó Ricky.

El pequeño lanzó un sonoro silbido y el hermoso perro pastor de los Hollister llegó corriendo desde el patio trasero. Se acercó al perrito, lo olfateó detenidamente y prorrumpió en un alegre ladrido.

—A «Zip» le gusta el perrito —observó Sue—. Tenemos que quedarnos con él.

—Estoy segura de que su dueño le echaría de menos —repuso Pam—. No sería justo que nos quedásemos con él.

Por si el perro llevaba el nombre y el número de licencia en el collar, Pam le levantó el espeso y rizado pelo para comprobarlo.

—Aquí está el nombre y la dirección del perrito —anunció.

Efectivamente, en una plaquita de plata se leía la siguiente inscripción:

«Negrito»
Propiedad de Indy Roades
Calle Cedro, 62

Ricky suspiró diciendo:

—Ahora ya sabemos que tendremos que devolverlo.

—Primero vamos a enseñárselo a mamá —apuntó Holly.

Fue con «Negrito» a la sala donde su madre, una señora guapa y joven, con brillante cabello castaño, estaba cosiendo.

—Mira lo que tenemos, mamá —dijo la niña, dejando a «Negrito» en el regazo de su madre.

—¡Es encantador! —declaró la señora Hollister, acariciándole las orejas—. ¿De quién es?

—De una persona que se llama Indy Roades —informó Pam.

—Ese nombre es poco corriente. Tal vez se trate del famoso jugador de béisbol que tuvo tanto éxito hace pocos años —dijo la madre.

—Entonces quiero ser yo quien vaya a devolver el perro —intervino Pete, con los ojos chispeantes.

La señora Hollister propuso que fueran él y Pam a devolver a «Negrito».

Los demás niños marcharon al patio trasero para seguir jugando a las tiendas como habían hecho antes de la aparición del perrito. A los Hollister les gustaba fingir que trabajaban en el mismo negocio que su padre. El señor Hollister era dueño de un establecimiento, mezcla de ferretería, artículos de deporte y juguetes, que se llamaba «El Centro Comercial». Sue volvió a colocarse detrás del mostrador, para el cual los niños habían utilizado una caja de naranjas vacía.

—¿Qué quiere usted que le venda? —preguntó la pequeña a Ricky—. ¿Una hoja de raqueta de tenis?

—Lo siento, señora tendera —replicó su hermano—, pero no quiero esa raqueta, si no le pone usted un mango.

A continuación Ricky dijo que, de todos modos, ya no tenía ganas de seguir jugando a tiendas.

—Quiero ir a buscar al idiota que ató un bote al rabo de «Negrito» —notificó a los demás.

—Y yo también —se apresuró a afirmar Holly—. Pero ¿cómo le encontraremos?

—¡Yo sé cómo! Lo haremos como un juego. Yo iré andando por una acera de la calle y tú por la otra. Iremos preguntando a todo el mundo si han visto a alguien atando una cuerda al rabo de un perro.

—Pero no podremos bajar de la acera. El que baje, pierde —dijo Holly.

—No —contestó Ricky—. Perderá el primero que pise una raya del suelo.

Holly corrió hacia la calle, gritando:

—¡Una, dos, tres! ¡Empieza el juego!

Los dos niños avanzaron velozmente por el bordillo, saltando hacia delante o hacia un lado, siempre que era preciso evitar una raya o división del asfalto. Preguntaron a varias personas sobre el perrito y el bote, pero nadie había visto nada de eso.

Al poco Ricky se encontró con Dave Meade, un amigo de Pete. También Dave contestó que no había visto nada, pero prometió intentar ayudar a Ricky en su deseo.

Entretanto Holly había llegado a una parte de la acera que acababa de ser asfaltada. Dos albañiles estaban recogiendo sus herramientas cuando la niña llegó corriendo.

—¡Oh, no puedo pasar! —se lamentó Holly.

—Pasa por la calzada —dijo ásperamente el más viejo de los albañiles.

—No puedo. Lo prohíbe nuestro juego.

Holly siguió avanzando y dio un salto por encima del cemento fresco. Al llegar al borde Holly intentó posar los pies en el otro extremo del bordillo antiguo…

Pero no lo consiguió y… ¡aterrizó de rodillas sobre el cemento blando! Del susto, la niña separó ampliamente los brazos y acabó por caer tendida en la masa fresca que cubría aquel espacio.

—¿Ves lo que has hecho? —gritó el viejo albañil, furioso—. ¡Tendremos que volver a asfaltar este trecho!

—¡Oh, cuánto lo siento! —se disculpó la pequeña, con las lágrimas brillando ya en sus ojos—. No he querido hacerlo.

El albañil joven era más amable. Tomó a la niña por ambas manos y la ayudó a levantarse.



—No se puede evitar que ocurran, a veces, accidentes. Yo tengo tres hijas y estoy acostumbrado a estas cosas —declaró.

Ya Ricky había cruzado la calle y miraba, sonriente, a su hermana. Holly tenía un aspecto lastimoso. El cemento húmedo se había adherido a su vestido y sus trenzas.

—Será mejor que vayamos a casa en seguida —dijo Holly, muy mohína.

Mientras tanto, Pete y Pam llegaron a la calle Cedro. Habían ido en sus bicicletas y Pam se encargó de llevar a «Negrito» dentro de

una cesta colocada delante del manillar. El número 62 era una casa de estilo campestre, construida en ladrillo, con la puerta pintada en brillante color púrpura.

Abrió la puerta un hombre bajo y ancho, de unos treinta y cinco años. Su cabello era muy lacio y negro, los huesos de las mejillas muy salientes y el color de la piel tenía un tono rojizo. Llevaba abierto el cuello de la camisa y debajo se veía un collar de plata y turquesas. Pam y Pete estuvieron seguros de que el hombre era un indio.

Al ver a «Negrito», el hombre sonrió:

—¡De modo que ya te han encontrado, tunante! —exclamó, tomando en brazos al perro. Y mientras acariciaba la pelambre del animal, dijo a los Hollister—: Gracias por vuestra amabilidad. Este travieso desapareció ayer. Estaba en el porche y en un momento se esfumó.

—Me alegro mucho de haber podido devolvérselo —dijo, amablemente, Pam.

—Señor Roades, ¿ha sido usted jugador de béisbol? —preguntó Pete, con gran interés.

—Lo fui —respondió el hombre con una amplia sonrisa—. De entonces me ha quedado el apodo de Indy. Y vosotros, ¿cómo os llamáis?

Cuando Pam se lo dijo, los ojos de Indy se agrandaron por la sorpresa.

—He oído hablar de vosotros. La gente os llama la familia de los Felices Hollister.

—Sí —repuso, sonriente, Pam—. Papá, mamá y sus cinco hijos nos divertimos mucho y somos muy felices.

Luego, Pete preguntó al hombre:

—Usted es un indio, ¿verdad?

—Sí. Procedo del pueblo de Yumatán, en las montañas de Nuevo Méjico, próximas a Agua Verde. Probablemente, nunca habéis oído hablar de mi tribu. Es muy pequeña, ya que no quedan más que unas pocas familias.

Indy les explicó que, cuando él era muchacho, una larga sequía obligó a la tribu a marchar de la reserva. Muchos indios se fueron a tierras lejanas y no regresaron más. Pero un pequeño grupo, en el

cual iban varios familiares de Indy, regresó al cabo de diez años, cuando el gobierno había abierto un pozo, proporcionando así buen abastecimiento de agua.

—¿Usted no volvió con ellos? —preguntó Pete.

—No. Por entonces yo era un gran jugador de liga. Pero cuando me retiré hace cinco años volví con mi familia. Ellos buscaban en aquella época una mina de turquesas azules que en otros tiempos había proporcionado al pueblo una buena renta. Quedó enterrada hace muchos años, en un desprendimiento de tierras que siguió al deshielo de las nieves de las montañas.

»Pero mi pueblo todavía sueña con encontrarla —añadió Indy, con un suspiro.

Y siguió contando a los Hollister que había decidido dejar la reserva e instalarse en Shoreham para dedicarse a la venta de artículos hechos por los indios. Muchos de esos artículos los recibía de los yumatanes. Tanto Pete como Pam desearon a Indy que su pueblo encontrase la mina de turquesas.

—Ahora tenemos que irnos —añadió la niña.

Indy les dio las gracias por haberle devuelto su perro y les despidió con la mano, mientras los dos hermanos pedaleaban en sus bicicletas. Durante todo el camino a casa fueron hablando de la mina desaparecida.

—¡Imagínate! ¡Un tesoro enterrado en las montañas! —exclamó Pete, mientras enfilaban la calle de su casa.

—¡Y los pobrecillos indios sin poder encontrarlo!

—Pam, ¿no sería estupendo que…?

—¡Escucha! —le interrumpió su hermana, al oír el mismo ruido que una hora antes.

Los niños volvieron la cabeza. ¡El pobre «Zip» corría tras ellos con una lata atada al rabo!

UNA PELEA A PUÑETAZOS



Saltando de sus bicicletas, Pete y Pam corrieron a donde «Zip» se encontraba luchando por librar su rabo de la lata. Mientras Pete le desataba, Pam se inclinó para acariciar a su perro.

—¡No hay derecho! —protestó la niña—. Primero «Negrito», ahora «Zip»… Me gustaría saber quién lo ha hecho.

—Apostaría algo a que ha sido Joey Brill —dedujo Pete—. ¿Crees que hay otro que pueda ser tan malo con los animales?

Pete y Pam montaron de nuevo en sus bicicletas y el perro marchó tras ellos, saltando alegremente. Cuando llegaron al camino del jardín, Holly y Ricky corrieron a su encuentro. Pam les contó lo de la lata que habían atado al rabo de «Zip».

—Dave Meade ha estado en casa y nos ha dado una pista —anunció Ricky, muy nervioso—. Ha visto a Joey Brill atando un bote al rabo de un perro.



—¡De modo que ha sido ese chicazo! —exclamó Pam.

—Ese Joey sí se merecería ir todo el día arrastrando un bote —declaró Ricky, muy indignado—. Eso le serviría de lección.

Pete chasqueó los dedos al oír a su hermano y declaró:

—Muy buena idea. Vamos, Ricky. Vamos a hacerlo.

Los dos niños corrieron al garaje donde Pete había visto dos botes vacíos de café y un trozo de cordel. Rápidamente hizo un agujero en cada bote y pasó el cordel por ellos.

—¿De verdad se lo vas a atar a Joey? —preguntó Ricky, riendo al imaginar lo que iba a suceder.

—Claro que sí. Pero vamos a necesitar a Dave Meade para que nos ayude.

Los dos chicos marcharon calle abajo a la casa de Dave. Le encontraron en el porche trasero, tallando algo en un trozo de madera. El muchachito guardó su cuchillo y sonrió al enterarse de la broma que los Hollister querían gastar a Joey.

—¡Voy con vosotros! He visto a Joey persiguiendo a un gato, junto al lago, hace un rato.

Los tres muchachitos iniciaron la búsqueda. Cuando oyeron a un gato que maullaba detrás de unos arbustos, junto al lago, no les costó trabajo localizar a Joey. Se ocultaron sigilosamente y estuvieron observando al malintencionado Joey que intentaba atar un bote enmohecido al quejumbroso minino.

Pete se adelantó para enfrentarse con el otro chico. Aunque sólo tenía doce años, Joey era más alto y más fuerte que la mayoría de

los muchachos de su edad. Y con frecuencia se aprovechaba de eso para molestar y hacer daño a los niños más pequeños o menos desarrollados de la vecindad.

—¡Deja en paz al gato! —ordenó Pete con firmeza.

—¡Ja! ¡Ja! ¿Quién lo manda? —se burló Joey.

Pete no contestó, pero dio al chico un empujón que hizo a Joey perder el equilibrio y soltar al gato. Mientras el animal corría a refugiarse en lo alto de un árbol, Joey se irguió con los ojos brillantes de rabia.

—¡Te escarmentaré por lo que has hecho! —gritó, abalanzándose sobre Pete.

Pero Pete estaba preparado para el ataque. Saltando a un lado echó la zancadilla a Joey que cayó de bruces. Dave y Ricky salieron de su escondite y entre ellos y Pete obligaron a Joey a seguir tendido en el suelo.

—¡Eh! ¡Dejad que me levante! ¡Fuera de aquí! ¡Llamaré a la policía!

Pero los otros no le hicieron el menor caso. Mientras Pete y Dave seguían sujetándole, Ricky pasó la cuerda por la espalda del agresivo Joey y le ató uno de los totes en cada hombro. Entonces, fue cuando dejaron en libertad a Joey.

Éste luchó desesperadamente por librarse de los botes que pendían de su espalda. En vista de que no lo conseguía, empezó a hacer contracciones y gestos con intención de aflojar los nudos. Pero Ricky había hecho un buen trabajo y no había manera de desprenderse de la cuerda.

—¡Las cosas no quedarán así! —gritó Joey, amenazador, corriendo ya hacia la calle, produciendo un ruido infernal.

Cuando Joey llegó a la acera, el ruido de los botes había atraído ya a varios niños y todos rieron de buena gana.

—¡Ja, ja, ja! ¡Mirad a quién han atado unos botes! ¡Le está muy bien empleado!

Al ver correr a Joey en una situación tan ridícula hasta los mayores sonreían. Y el chico se enfurecía más y más. La noticia de lo sucedido se extendió por todo Shoreham. Al llegar aquella noche a su casa, el señor Hollister explicó que varios clientes, en el Centro Comercial, habían reído a carcajadas hablando de aquello.



—Tendremos que vigilar a Joey —comentó Pete—. Seguramente querrá vengarse.

Pete habló con su padre de Indy Roades y del perrito que habían ido a devolverle.

—Papá —intervino Pam—, ¿no podrías vender algunos artículos de Indy en el Centro Comercial?

—No es mala idea —repuso el señor Hollister, reflexionando. Tal vez los clientes que acuden a la tienda se sientan interesados por esos trabajos indios.

La señora Hollister opinaba lo mismo que su marido y por ello se decidió que, después de la cena, Pete y Pam acompañarían a su padre para que hablase con Indy. Al llegar a la calle del Cedro, los Hollister encontraron a Indy jugando con «Negrito» en la hierba del jardín. Pam presentó a su padre, el cual explicó a Indy la idea que habían tenido.

—Me gustaría mucho que vendiera usted mis trabajos indios en su tienda —dijo Indy, invitándoles a entrar en la casa.

¡Qué lugar tan bonito resultó ser! Además de estar amueblado con mesas y sillas de formas muy curiosas, por todas partes se veían vasijas indias de distintas forma y colores, pequeñas piezas de joyería hechas con plata y turquesas, tambores barnizados en brillantes colores y esteras con dibujos originales.

—Son piezas interesantes —dijo el señor Hollister, examinándolas.

Acabó por entregar a Indy una extensa lista de pedido y

finalmente los dos dieron las gracias a los niños por haber hecho posible aquel negocio.

—Si le interesan a usted más artículos de Yumatán a precio de verdadera ganga, conozco una tienda donde los venden —dijo Indy.

—¿Dónde está esa tienda?

—En las tierras de mi tribu —contestó Indy—. El viejo Juan Ciervo, propietario de «El Chaparral», está en mala situación económica y tiene que retirarse. Debiera ir usted allí, señor Hollister.

Pam miró a su padre y apuntó, esperanzada:

—A lo mejor podríamos ir toda la familia. Aprenderíamos mucho sobre los indios.



—Y podríamos buscar la mina perdida de los yumatanes —añadió Pete, con entusiasmo—. ¿Tiene usted alguna pista, Indy?

—Sólo una —contestó Indy—. Una vez conocí a un caballista de circo que era yumatán. Me dijo que había oído una leyenda relativa a que la mina desaparecida estaba en Punta del Pilar.

—¿Qué es eso?

—Es una elevación rocosa. Yo intenté localizarla —explicó Indy, con un suspiro—. Pero no hubo suerte. Hay muchos picachos en mi tierra.

El señor Hollister prometió reflexionar sobre aquella posible visita a «El Chaparral». Y si decidía comprar se lo haría saber a Indy. De regreso a casa, Pete preguntó:

—Papá, ¿podremos hacer ese viaje al Oeste, para visitar la tienda de Juan Ciervo?

Con una sonrisa, su padre repuso:

—Tal vez, pero cuando Tinker vuelva a trabajar. Ya sabes que ha estado enfermo.

Tinker era un hombre de edad, muy amable y bueno, a quien el señor Hollister había contratado para trabajar en su tienda, poco después de su llegada a Shoreham. Se trataba de un empleado fiel, pero ahora llevaba una semana en su casa por enfermedad.

—¡Tengo una idea! —exclamó Pam—. A lo mejor a Indy Roades le gustaría trabajar en la tienda y ayudar a Tinker.

—No es mala idea.

El padre llevó la furgoneta hasta el camino del jardín y los niños saltaron al suelo. Cuando hablaron a sus hermanos de que tal vez podrían hacer un viaje a Nuevo Méjico y de buscar en Punta del Pilar la mina de turquesas, Ricky prorrumpió en un agudo grito, imitando el grito de guerra de los indios.

—¡Estupendo! —exclamó y empezó a correr alrededor de la mesa. Luego se arrodilla y miró debajo del mantel, diciendo muy gravemente—: ¡Estoy buscando una mina de turquesas! ¿Quién quiere venir conmigo?

Holly y Sue se unieron inmediatamente al juego y corrieron por toda la casa, husmeando en todos los armarios y alacenas. La señora Hollister, sonriente, les permitió jugar un rato. Pero, al fin, tuvo que recordar a los pequeños que era ya hora de estar en la cama.

Mientras sus hijos subían a acostarse, el señor Hollister redactó un telegrama para Juan Ciervo, preguntando al indio detalles sobre los artículos que deseaba vender.

Ya en su habitación, Ricky no sabía cómo dominar su nerviosismo. De repente se puso de pie en la cama y cogió una almohada, mientras decía a Pete:

—¡Ten cuidado conmigo! Soy un gran jefe indio de Punta de la Almohada. ¡Y vengo en son de guerra!

Sin más, lanzó contra su hermano una almohada que aterrizó de pleno en la cabeza de Pete. Éste se defendió prestamente, cogiendo su propia almohada y a los pocos momentos los dos chicos se habían enredado en una encendida batalla.

Al oír aquella algarabía, Holly asomó la naricilla por la puerta de la habitación de sus hermanos. Al ver de qué se trataba fue en busca de Pam y las dos niñas se presentaron en el cuarto de los muchachos, armadas con las almohadas necesarias. Alaridos salvajes y potentes gritos de guerra invadieron la habitación.

Sue, también atraída por el alboroto, cargó con la pequeña, almohada de su camita y se la lanzó a Ricky.

«¡Cielo santo! ¿Qué estará ocurriendo arriba?», se preguntó la señora Hollister, subiendo a toda prisa las escaleras.

En el mismo momento en que llegaba a la habitación de sus hijos, Ricky tomó la almohada de Sue y la lanzó con toda su fuerza. La almohada se estrelló con gran estrépito en el borde de la cama y una inmensa lluvia de plumas invadió el dormitorio.

—¿Ves lo que has hecho? —se lamentó Pete, a gritos.

—¡Basta ya! —ordeno la señora Hollister.

Los niños se calmaron inmediatamente, pero la madre siguió contemplando la almohada destrozada y murmuró:

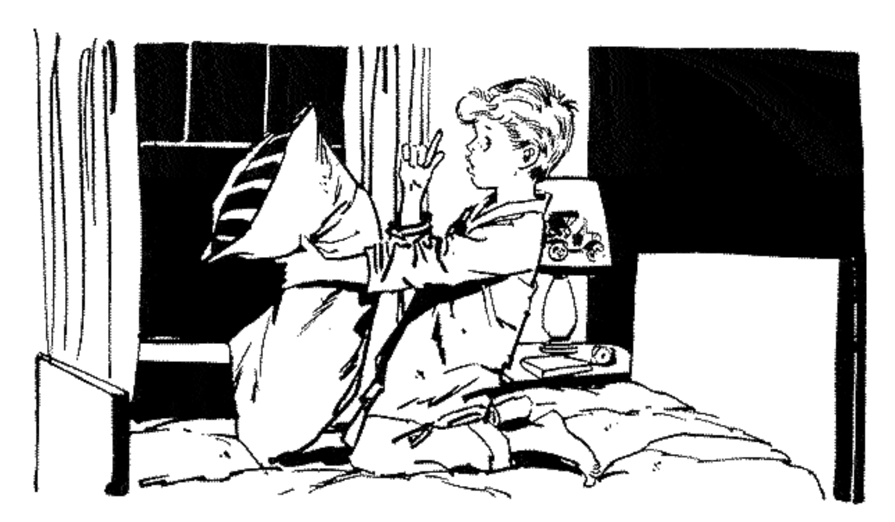
—¿Veis lo que habéis hecho? Esa almohada ya la usaba yo cuando era pequeñita. Espero que pueda arreglarse.

Ricky se acercó para abrazar a su madre y decirle:

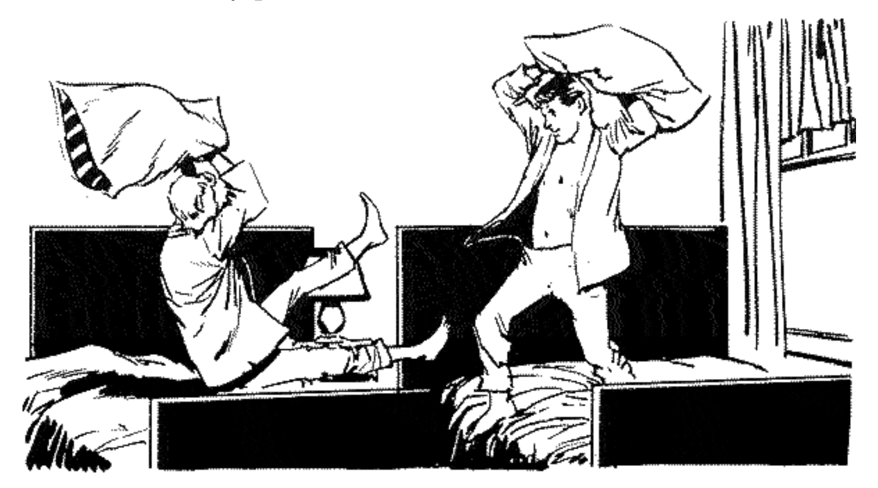
—Perdona, mamá. Yo te la arreglaré.

—Todo lo que os pido es que arregléis este desorden —repuso—. Meted las plumas en una funda de almohada. Lo demás ya lo haré yo.

Obediente, Ricky buscó una funda limpia y, con la ayuda de los demás niños, fue recogiendo todas las plumas.



A la mañana siguiente Pam fue la primera en despertarse. Sacudiendo a Holly por un hombro, susurró:



—Vamos a compensar a mamá por la lucha de almohadas de anoche.

—Sí, sí. Pero ¿cómo lo haremos?

—Prepararemos un pastel para desayuno del domingo. Así le daremos una sorpresa.

—¡Estupendo!

Las niñas se pusieron el albornoz y las zapatillas y fueron a despertar a sus hermanos. Cuando comunicaron a los chicos la idea que tenían, Ricky y Pete estuvieron de acuerdo.

Todos se levantaron y vistieron muy rápidamente y empezaron a bajar las escaleras de puntillas. Al pasar ante la habitación de sus padres, Holly, que iba detrás de todos, se detuvo. ¿Y si papá y mamá se despertaban antes de que la sorpresa estuviera preparada?

«Yo arreglaré las cosas» —decidió la niña.

Sigilosamente, abrió la puerta, sacó la llave y cerró la puerta por la parte de fuera. Luego, sin hacer ruido, bajó a la cocina.

Un cuarto de hora más tarde el señor y la señora Hollister se despertaban. La gran casa estaba sumida en un extraño silencio.

—No oigo nada —comentó la señora Hollister, mirando el reloj —. Es tarde para que Ricky siga durmiendo.

El señor Hollister decidió ir a ver qué pasaba. Cruzó la habitación y cogió el picaporte. Lo hizo girar, pero no pudo abrir la puerta.

—¡Elaine, estamos encerrados en la habitación! —anunció a su esposa.

UN PERRO TRAVIESO



Después de manipular de nuevo en la puerta del dormitorio, el señor Hollister decidió hacer algo más eficaz. Sospechaba que eran los niños quienes les habían encerrado, pero ¿con qué idea? Se puso los pantalones y la camisa, levantó la persiana de una de las ventanas y saltó al tejadillo inclinado que cubría el porche.

De repente llegó a su olfato un atrayente olor a tocino frito. Sonriendo, metió la cabeza por la ventana y dijo a su mujer:

—No hay que alarmarse, querida. Tengo ya idea de lo que está ocurriendo. Vuelvo en seguida.

Al llegar al borde del tejadillo, el señor Hollister dejó caer las piernas hacia afuera y se agarró a uno de los pilares. Por allí resbaló hasta el suelo, a donde llegó sin hacerse el menor daño.

Sacó de su bolsillo la llave de la puerta principal, abrió y se detuvo sigiloso en la puerta de la cocina. Por la rendija de dicha puerta pudo ver a sus hijos, atareadísimos con la preparación del desayuno. El padre subió las escaleras y abrió la puerta del dormitorio.

—¿Están bien los niños? —preguntó inmediatamente la señora Hollister.

—Más alegres que unas Pascuas. Están en la cocina preparando un desayuno sorpresa. ¡Vamos, que también nosotros les daremos una sorpresa!



—¿Cómo?

—Disfrazándonos y presentándonos por la puerta de la calle.

Conteniendo la risa, la señora Hollister fue al armario del vestíbulo de donde sacó dos viejos trajes de disfraz. Ella se puso el vestido de bailarina gitana, un pañuelo a la cabeza, y gafas negras. Su marido quedó sensacional con un traje negro, sombrero de copa, bigote y barba.

—No podrán reconocernos —dijo, riendo, el señor Hollister—. ¡Vamos! Tenemos que salir al jardín.

Dieron la vuelta a la casa, hasta la puerta de la cocina y llamaron. Holly salió a abrir.

—¡Ejem, ejem! —tosió el caballero del sombrero de copa—. ¿Aquí vivirr el señorr y la señorra Hollisterr?

—Sí, aquí viven —contestó Holly, mirando atónita a la estrafalaria pareja—. Pero todavía están en su habitación.

—¿Querrerr tú avisarrles? ¡Tenemos que verrles ahora mismo!

Los demás niños quedaron observando a los visitantes, mientras Holly desaparecía por las escaleras. Un momento después la niña bajaba corriendo, para anunciar, alarmadísima:

—¡No están arriba!

—¡Cómo! —exclamó Pete—. ¿A dónde han ido?

—¡No lo sé! ¡Si yo les había encerrado con llave! —declaró Holly.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo el padre con su voz natural, mientras él y su mujer empezaban a librarse de los disfraces.

Los niños quedaron con los ojos inmensamente abiertos.

—¡Pero, papá! ¡Qué broma nos habéis gastado!

En seguida Holly añadió:

—Cuando os encerré no quería asustaros. Sólo deseábamos preparar un desayuno sorpresa para que nos perdonéis la lucha de almohadas.

—Ya estáis perdonados —dijo la madre—. ¡Y qué bien huele todo esto! Voy a buscar a Sue. En seguida desayunaremos.

Cuando acabaron, el señor Hollister declaró que nunca en su vida había desayunado tan bien.

—¿Por qué no nos dais esta sorpresa todos los domingos? Pero eso sí, no nos encerréis. Nos esperaremos arriba hasta que nos aviséis que el desayuno está listo.

Después de ir a la iglesia y de comer, los niños se sentaron a leer libros de cuentos. Cuando más entretenidos estaban sonó el teléfono. Era un mensaje de Juan Ciervo que el señor Hollister anotó y leyó en voz alta a su familia. El indio pedía mil dólares por las existencias de su tienda «El Chaparral».

—Me parece que es una verdadera ganga —opinó el señor Hollister—. Cuando Tinker vuelva al trabajo iré a visitar a este hombre. Tal vez Indy querrá quedarse como ayudante de Tinker.

—Vamos a preguntárselo —propuso inmediatamente Pam.

Esta vez toda la familia subió a la furgoneta para ir a conocer al simpático indio yumatán. Le encontraron recortando el césped del jardín. En seguida dejó la herramienta y se acercó al vehículo. El señor Hollister le presentó a su esposa, a Ricky, a Holly y a Sue, y después le habló de las noticias que acababa de recibir de Juan Ciervo.

—Voy a enviarle un telegrama para pedirle que no venda esas existencias hasta que yo vaya a verlas —explicó el señor Hollister—. Precisamente ahora el encargado de mi almacén está convaleciente de una enfermedad. Indy, ¿no le sería a usted posible trabajar en el Centro Comercial, mientras yo voy con mi familia a la región de

Yumatán?

—Nada me agradaría más, señor Hollister —repuso, sonriente, el ex jugador de pelota—. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Más valdrá que sea mañana. Así podré enseñarle cómo van las cosas.

—Muy bien, y muchas gracias. Iré temprano. Pero necesitaré estar libre el miércoles. He prometido poner un puesto en la Feria del Pinar con objetos indios.

—¿Vas a tener un puesto lleno de indios? —indagó Sue, extrañada.

Los demás rieron de la ocurrencia y luego Indy explicó:

—No. No pondré indios, sino cosas hechas por los yumatanes. Juan Ciervo me ha escrito diciendo que me envía un cajón lleno de objetos. Vendrá dirigido a Edward Roades que es mi verdadero nombre. Espero que llegue mañana.

—¿Qué habrá en la Feria? —preguntó Pete.

—Toda clase de distracciones —contestó Indy—. Puede que os gustase ir, aunque es un poco lejos de aquí.

—¡Canastos! —gritó Ricky—. ¡Yo quiero subir a la noria!

—Y yo pasearé en los caballitos —declaró la chiquitina.

La señora Hollister prometió, sonriente, llevar a sus hijos a la Feria el próximo miércoles. Entretanto prepararían las cosas para el viaje a Nuevo Méjico y Roades aprendería lo necesario para seguir trabajando en el Centro Comercial.

El martes al mediodía los niños tenían sus maletas ya casi completamente llenas; cuando el padre llegó a casa le abrumaron a preguntas sobre el día en que había decidido emprender el viaje.

—Estoy esperando contestación de la agencia de viajes —les respondió el señor Hollister—. Haremos en avión casi todo el viaje.

—¡Hurra! ¡Estupendo! —exclamó Pete.

—Me entusiasma ir en avión. ¿Podremos dormir mientras volamos? —quiso saber Holly.

—Es posible que sí.

Después todos los niños se pusieron a hablar casi a un tiempo del emocionante viaje que les esperaba. A la hora del postre la señora Hollister pidió a Pam que fuese a buscar un pastel de merengue y limón que había dejado enfriando en el porche trasero.

La niña se levantó para hacer lo que le indicaba y un momento más tarde todos oyeron una exclamación de asombro.

—¡Ha desaparecido! ¡Casi todo el pastel ha desaparecido! —anunció Pam, tristemente.

Todos corrieron al porche y contemplaron consternados el pastel, del que no quedaba ni una sola gota de relleno.

—¡Pero qué lástima! —murmuró la señora Hollister—. ¿Quién ha hecho esto?

Al principio nadie fue capaz de imaginarlo, pero al cabo de un rato Ricky anunció que había visto a «Zip» olfateando alrededor de la mesa.

—¡Mi perro nunca ha sido un mal educado! ¡No es capaz de comerse un pastel sin permiso! —declaró Pam, siempre leal a «Zip».

—Yo creo que cuando un perro encuentra algo tan delicioso como el pastel que había preparado vuestra madre, olvida las buenas maneras —opinó el señor Hollister.

—Hay que buscar a «Zip» —decidió Ricky.

Los niños encontraron al hermoso perro de aguas tumbado a la sombra de un sauce, a las orillas del lago. El animal se levantó perezosamente y acudió al encuentro de sus amos.

—¿Te has comido nuestro pastel, «Zip»? —indagó Holly, sacudiendo severamente un dedo ante él hocico del perro.

—¡Oh! ¡Sí, se lo ha comido él! —exclamó Pam, incrédula—. Todavía lleva un poco de merengue en el hocico.

Era cierto. En el negro hocico de «Zip» resaltaba un grumito blanco de merengue. Mientras «Zip» agachaba, avergonzado, la cabeza, Pete no pudo evitar el sonreír, comentando:

—Tú no eres un perro de guarda, «Zip». Eres un podenco, cazador de pasteles.

—Pues tendrás que ir a pedirle perdón a mamá —ordenó Sue.

Llevaron a «Zip» a la casa y dijeron que el animal era el culpable.

—Bueno. Pues el único castigo que se me ocurre —dijo la señora Hollister— es hacer comer a «Zip» lo que queda de pastel y no darle nada de su comida.

—¡Caramba! ¡Cómo me gustaría que a mí me dieran un castigo así! —declaró el pecoso.

En lugar del pastel desaparecido, la señora Hollister sirvió manzanas como postre. Estaban comiéndolas cuando sonó el teléfono. Pete fue a contestar.

—Soy Indy Roades —dijeron desde el otro extremo del hilo—. ¿Está tu padre en casa? Creo que podría prestarme ayuda.

—Papá acaba de salir para el almacén —repuso Pete—. ¿Podemos ayudarle nosotros en algo?

—Creo que no. Gracias. El paquete de Juan Ciervo no ha llegado. Acabo de llamar a la agencia de transportes y a la oficina de correos, pero el paquete no ha llegado a Shoreham. Y mañana ya será demasiado tarde. Me temo que el paquete se haya perdido.

—¡Qué mala suerte, Indy! —se compadeció Pete—. Espero que pueda usted encontrarlo.

Después de colgar el teléfono, Pete contó a Pam lo que le ocurría al pobre Roades.

—Me gustaría ayudar a Indy —dijo Pam.

Los dos hermanos salieron a sentarse en los escalones del porche. Pronto llegó el señor Barnes, el cartero. Mientras el hombre entregaba una revista a los niños, Pam tuvo una idea.

—Señor Barnes —preguntó—, ¿cómo puede encontrarse un paquete que llegaba por correo y se ha extraviado?

—Hay varios medios. A veces un paquete llega a otra ciudad por llevar la dirección mal redactada —repuso el cartero—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso se os ha extraviado algo?

Pam habló al cartero de Indy Roades y del paquete que tenía que recibir con objetos hechos por los indios yumatanes.

—¿Indy Roades? —murmuró el cartero, repitiendo el nombre lentamente. Miró al cielo, reflexionado, y al fin dijo—: Hay una calle que se llama Indian Road en la zona Oeste, al otro lado del lago. Puede que el paquete se haya enviado allí por equivocación.

—¡Es muy fácil que haya ocurrido eso! —asintió Pete—. Me gustaría ir a preguntar. ¿Puede usted ayudarnos, señor Barnes?

El cartero dijo que lo haría con mucho gusto.

—Haremos una cosa —añadió el hombre—. Hacia las cuatro de la tarde, cuando acabe de entregar toda la correspondencia, vendré a buscaros en el coche y os llevaré a la zona Oeste.

—¡Qué suerte! —exclamó Pam—. Iremos a decírselo a mamá.

A las cuatro y diez, cuando el señor Barnes pasó a recogerles, los dos hermanos estaban ya aguardando.

—Arriba —invitó el cartero, al tiempo que abría la portezuela.


EL
CHAPARRAL

Media hora más tarde llegaban a la Zona Oeste.

—Creo que Indian Road es por aquí —dijo el señor Barnes, efectuando un viraje. Y con una sonrisa, añadió—: Estamos de suerte porque no hay más que cuatro casas a este lado de la calle y seis al otro lado. No nos llevará mucho tiempo averiguar si alguna de estas personas ha recibido el paquete de Indy.

Se dividieron el trabajo visitando cada uno tres casas, pero se reunieron delante de la última sin haber conseguido averiguar nada. Con un suspiro, Pam susurró al oído de Pete:

—Mira que si tenemos que irnos sin arreglar nada…

—Probaremos en esta última casa —dijo Pete, acercándose resueltamente al porche.

Pam le siguió. Su hermano tocó el timbre y salió a abrir un muchacho.

—¿No habéis recibido aquí un paquete equivocado? —preguntó Pam.

—¿Qué os importa eso a vosotros? —preguntó el chico, con muy malos modos.

Pam y Pete miraron al interior del vestíbulo. Cerca de la puerta había una gran caja de cartón y Pete pudo leer el remitente en el ángulo superior de mano izquierda. ¡«El Chaparral»!

—Creo que es éste el paquete que buscamos —dijo Pete, dando un paso adelante.

—¡No! ¡No lo es! ¡Este paquete no es vuestro! —gritó el chico.

Y sin más explicaciones cerró la puerta de golpe y echó la llave.

EL SECRETO DE UN INDIO



—¡Señor Barnes, venga aquí! —llamó Pete a gritos—. ¡Venga!

El cartero subió a toda prisa los escalones. Al enterarse de lo sucedido llamó a la puerta. Como nadie contestaba, llamó con más insistencia. La puerta continuó cerrada. Entonces el señor Barnes gritó, indignado:

—¡Soy un empleado del gobierno de los Estados Unidos! ¡Deben abrir inmediatamente!

Pronto oyeron que alguien bajaba rápidamente las escaleras. Una mujer abrió la puerta, preguntando:

—¿Qué ocurre?

El señor Barnes se lo explicó y ella pidió disculpas por la mala educación con que se había portado su hijo. Y siguió diciendo:

—Sí. Aquí recibimos un extraño paquete. Pasen, hagan el favor.

El señor Barnes y los Hollister entraron en el vestíbulo y leyeron la dirección de la caja. Estaba pintada con letras desiguales y decía:

EDWARD INDIO ROAD
ZONA OESTE

—Edward es el nombre de pila de Indy Roades —explicó el señor Barnes.

—Y Edward es nuestro apellido —repuso la señora—. No es. extraño que se haya producido esta equivocación. Yo tenía pensado entregarle el paquete mañana a nuestro cartero para que lo devolviese a «El Chaparral». Mi hijo quería quedarse con ello, pero, naturalmente, yo no pensaba consentírselo.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo, amablemente, Pam.

El señor Barnes llevó la caja de cartón a su coche y Pam sugirió que fuesen directamente a casa de Indy.

—Magnífico —asintió el cartero.

Al llegar, el señor Barnes se quedó en el coche y Pete y Pam entraron con el paquete. Indy estaba preparando una cena que desprendía un delicioso aroma. Al ver el paquete, Indy sonrió de oreja a oreja.

—¡Casi no puedo creer en mi buena suerte! —exclamó, muy contento—. ¿Cómo habéis localizado este paquete?

Cuando Pam se lo dijo, el hombre dio las gracias a los dos hermanos.

—¿Qué está usted guisando? —indagó Pam, que seguía atraída por el grato olorcillo.

—Es un plato mejicano llamado posole —dijo Indy, encaminándose a la cocina para revolver el guiso.



—¿Y de qué está hecho? —siguió preguntando Pam.

—Tiene harina de maíz, carne de cerdo y chile. Es un plato muy popular en el suroeste.

Indy sirvió un cacillo de su cena en un platito y se lo ofreció a los niños.

—Probadlo —dijo.

Pete y Pam paladearon aquel guiso desconocido que les gustó mucho a ambos.

—Cuando vayáis a la tierra de mi tribu —dijo Indy, acompañando a los niños a la puerta— podréis probar muchos platos mejicanos y españoles. Allí habita gran número de descendientes de los españoles que llegaron a este país hace más de cuatrocientos años.

—¡Qué interesante! —exclamó Pam—. ¿Algún día podrá contarnos más cosas?

—Mañana —prometió Indy—. Os hablaré de mi sobrina y mi sobrino.

Pete y Pam se despidieron, con la esperanza de volver a ver a su amigo la siguiente tarde. Pero, ya por la mañana, Indy se presentó en casa de los Hollister y dijo a los niños que necesitaba ayuda para preparar su puesto en la Feria del Pinar.

—Iré a pedir permiso a mamá —dijo Pam.

La señora Hollister accedió de buen grado y dijo que más tarde iría ella con los pequeños a visitar la Feria. Los dos hermanos mayores se apresuraron a saltar al coche de Indy. Cuando una hora más tarde llegaban a la Feria, en el lugar todo era animación y movimiento. Había hombres colocando tiendas, carpinteros acabando de montar puestos y mujeres cubriendo la madera con banderolas y papel de alegre colorido.

Después de aparcar, Indy se cargó sobre el hombro izquierdo la caja procedente de «El Chaparral» y fue a dejarla sobre un pequeño puesto de madera. Cuando Indy levantó la tapa, Pam prorrumpió en exclamaciones de sorpresa y Pete declaró:

—¡Qué artículos tan interesantes!

Había vistosas mantas de colores, lindas muñecas indias, mocasines bordados con abalorios, tambores de color rojo y azul, piezas de alfarería y collares y pulseras de plata y turquesas.

—Nunca había visto tantas cosas lindas —aseguró Pam,

entusiasmada—. Es igual que… igual que si fuera Navidad.

—Colocaremos primero las piezas pequeñas —indicó Roades—. Luego sacaré las grandes.

Pete y Pam ayudaron a Indy a exponer, de la manera más visible, los objetos sobre tres estanterías. Entonces Roades desempaquetó nuevas cosas.

—¡Arcos y flechas! —gritó Pete, cogiendo un juego de arquero indio—. ¿Puedo probarlo, Indy? —preguntó, empezando a tensar la cuerda del arco.

El indio yumatán repuso que permitiría que Pete usase aquellas armas, pero más tarde.

—¿Queréis aprovechar ahora para decorar mi puesto, mientras yo voy a inscribirme en el registro? El martillo, los clavos y los papeles de colores están en el coche, Pete.

—Lo haremos —asintió Pam.

Su hermano fue a buscar los utensilios necesarios y, entre los dos, se ocuparon de clavar el papel decorativo. Estaban acabando su trabajo cuando oyeron ruido de cascos de caballo. Al volverse vieron un grupo de vaqueros que avanzaban en fila de a uno, montando caballos pintos.

—¡Yo no sabía que habría un rodeo! —exclamó Pete—. ¡Será estupendo!

Cuando todos los jinetes hubieron pasado, apareció un grupo de hombres conduciendo toros «cuernos largos» de fiero aspecto y algunas vacas de raza Braham.

—¡Zambomba! ¿Tú crees que esos caballistas montarán en los toros? Iré a preguntárselo —decidió Pete.

Y echó a correr para alcanzar al último jinete de la fila. Era algo más bajo que los otros y vestía una camisa de terciopelo muy brillante, calzones azules y mocasines de ante. Tenía el cabello largo y lo llevaba recogido en dos trenzas que caían a ambos lados de su rostro curtido. De su cuello pendían collares de abalorios y cuentas de plata.

Cuando Pete preguntó a aquel indio si alguno de los vaqueros pensaba montar los toros, el indio repuso:

—Sí. Vaqueros sostenerse muy bien sobre toro.

En aquel momento se fijó en el puesto de Indy y una expresión

de extrañeza asomó a su rostro.

—¡Yumatán! —exclamó, tomando un cacharro de alfarería, decorado con una nube y unas flechas cruzadas.

—Sí —asintió Pete—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Los yumatanes cruzar así las flechas —repuso, señalando el dibujo.

—¿Conoce usted a los yumatanes?

El indio respondió que él era miembro de una tribu que habitaba cerca de los yumatanes y siguió diciendo:

—Yo ser Caballo de Guerra. Y gustar los yumatanes. Buenos indios. Trabajar mucho. Hacer bonitas cosas.

De pronto, los ojos del indio brillaron al fijarse en un anillo de plata en forma de serpiente. Caballo de Guerra se acercó a tocarlo, muy sonriente.

—¿Tú comprar anillo serpiente? Dueño de esto tener buena suerte.

Después de esto Caballo de Guerra se marchó apresuradamente para alcanzar a los demás jinetes.

—¿Buena suerte? —preguntó Pam, arqueando las cejas y mirando con extrañeza el anillo—. ¿Y si lo compráramos?

Cuando un poco más tarde llegó Indy, los niños le contaron lo que había ocurrido.

—Yo había oído decir que las serpientes dan mala suerte —dijo Pete.

—No, no —contestó Indy—. Las serpientes son como pequeñas hermanas para los indios. Ellas llevan mensajes a los espíritus de las profundidades de la tierra. Por eso algunos indios bailan como serpientes cuando suplican que llegue la lluvia.

—Me gustaría tener un anillo de la buena suerte —dijo Pam—. Si lo llevase, a lo mejor podría encontrar la mina desaparecida.

—Tómalo como regalo por vuestra ayuda —ofreció Indy, entregando el brillante anillo a la niña.

—¡Oh, muchas gracias!

—Vosotros os merecéis cualquier cosa. Sois niños buenos, como mi sobrino y mi sobrina.

No había tenido tiempo Pam de hacer preguntas sobre esos sobrinos de Indy, cuando éste añadió:

—Me olvidaba de deciros que ha llegado ya vuestra madre con los demás niños. Os esperarán en la noria.

—¡Vamos a verles, Pam! —exclamó Pete.

Echaron a correr hacia la gigantesca noria que se elevaba muy alto hacia el cielo. Allí se encontraron con el resto de la familia y Pete compró entradas.

—Podemos pedir los coches que queden enfrente para podernos ver y saludar durante el trayecto —propuso Pete.

—De acuerdo —asintió la madre, pidiendo al empleado de la noria que les distribuyera del modo que decía Pete.

La señora Hollister se instaló en uno de los dobles coches con Sue, Ricky y Holly. Muy pronto la noria empezó a girar. Cuando ellos estuvieron arriba, la noria se detuvo y en el coche de abajo se sentaron Pete y Pam. De nuevo empezó a girar la noria y esta vez estuvo dando vueltas y vueltas sin interrupción. Cada vez que Pete y Pam quedaban enfrente de su madre y los otros hermanos, se intercambiaban saludos a grandes voces.

—Tacatá, tacatá —decía Ricky, imitando el ruido del tren—. ¡Adiós, ya nos veremos la semana que viene!



Unos momentos después, cuando Pete y Pam estaban al nivel del suelo, la noria sufrió una violenta sacudida y se detuvo. Los dos hermanos saltaron al suelo y aguardaron a que la noria reanudase sus giros. Pero esta vez no se puso en marcha y muy pronto salió el propietario, diciendo con voz temblorosa:

—Es la primera vez que me ocurre una cosa así. Las ruedas dentadas de la maquinaria se han torcido y la noria no puede moverse hasta que se coloquen nuevas ruedas dentadas.

—¿Quiere usted decir que mamá y los niños no pueden bajar? —preguntó Pam, asustadísima.

—Exactamente. Y tal vez no puedan bajar hasta mañana.

Los dos hermanos mayores levantaron la cabeza para mirar con

desespero al resto de su familia. ¡Pensar que tal vez tendrían que pasar toda la noche suspendidos en el aire!…

—¡Nosotros tendremos que bajarles! —resolvió Pam.

Pete pensó unos momentos y al fin dijo:

—A lo mejor los bomberos podrían rescatarles.

—No es mala idea —opinó el dueño de la noria—. ¿Por qué no vas a avisarles? —dijo.

Mientras Pete corría en busca de un teléfono, el propietario de la noria se colocó las manos delante de la boca, a modo de bocina, y dijo a la señora Hollister:

—¡No se pongan nerviosos! ¡Vamos a llamar a los bomberos para que les rescaten!

—¡Canastos! —gritó Ricky, entusiasmado.

El pecosillo fue el primero en distinguir la gran escalera cuando el coche de bomberos se desvió de la carretera principal y avanzó a través de los campos. Mientras aullaba la sirena y parpadeaba una luz roja, la gente empezó a correr en todas direcciones.

—¡Viva, viva! —chilló con su voz aguda Holly—. ¡Ya vienen a salvarnos!

—Y nos bajarán por esa escalera igual que si nos sacasen de una casa incendiada —añadió Ricky.

Sue estaba muy asustada y no hacía más que abrazarse con fuerza a su madre. Entretanto, el dueño de la enorme noria y los bomberos empezaron a elevar la escalera. ¡Arriba, arriba, más arriba! Por fin, las escaleras llegaron junto al coche de la noria.

Un bombero, tan ágil como un mono, subió a toda prisa los peldaños. Pero cuando estaba ya cerca del coche, la escala empezó a ladearse.

—¡No podremos hacer nada! —gritó a sus compañeros de abajo. Este coche no está lo firme que conviene para prestar apoyo a la escalera. Tendremos que intentar otra cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó, inquieta, la señora Hollister.

—¿Se encuentran con ánimos para lanzarse a la red que extenderemos? —preguntó el bombero.

—¡Huuuy! —exclamó Holly, aterrada.

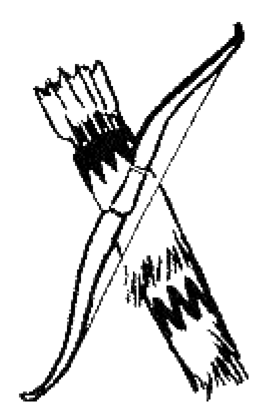
A Ricky el corazón empezó a latirle con fuerza. El bombero volvió a bajar y la escala fue recogida nuevamente. Luego los otros

bomberos sacaron una red enorme y la extendieron. Colocándose en círculo, sujetaron firmemente la red bajo el cochecito en que estaban suspendidos los Hollister.

—¡Salten! —indicó uno de los bomberos.

—Yo quiero ser el primero —dijo Ricky, saliendo al borde del cochecito.

ARCOS Y FLECHAS



Desde la altura en la que se hallaban suspendidos los Hollister, la red parecía mucho más pequeña de lo que era en realidad. El capitán de los bomberos volvió a gritar:

—¡Salten!

—¡Ya voy! ~ gritó Ricky.

La señora Hollister dio a su hijo un beso y un abrazo, mientras le advertía:

—Ve con cuidado y lánzate en línea recta.

Ricky respiró hondo y un momento después se lanzaba al espacio. Descendía, descendía, y el viento silbaba en sus oídos. Luego, un golpe suave. Acababa de llegar a la red. Después de saltar varias veces sobre la red, el pequeño se irguió y se arrastró hasta el borde para bajar al suelo.

—¡Ricky, Ricky! ¡Menos mal que ya estás aquí! —gritó Pam, corriendo a abrazarle.

Mientras los espectadores palmoteaban y vitoreaban al pecosillo, Pete declaró:

—Ha sido igual que un número de circo.

Ricky se golpeó orgullosamente el pecho, diciendo muy serio:

—Creo que me voy a hacer un hombre del alambre en algún circo.



Holly había estado observando con toda atención y al ver que su hermano llegaba abajo sin novedad, se puso en pie, decidida a ser la siguiente en dar el salto. Con las dos trencitas flotando al viento la niña se lanzó desde el coche y aterrizó en el centro de la red. Volvieron a sonar aplausos mientras Holly se erguía para saltar al suelo.

—¡Qué niños tan valerosos! ¡No habéis tenido ningún miedo! —exclamó una señora, mientras Pam abrazaba a su hermana.

—Pues sí…, sí, he tenido un poco de miedo —confesó Holly, levantando te cabeza para mirar a su madre y a su hermana menor.

La señora Hollister sostenía a la pequeñita en sus brazos. Un momento después descendía, en unión de Sue y llegaba rápidamente a la red. Dieron dos saltos sobre la red y un bombero se apresuró a prestarles ayuda para que saltasen al suelo.

Después que cesó la tercera tanda de aplausos, varias personas estrecharon la mano a la señora Hollister, elogiando el valor de ella y sus hijos y diciendo lo mucho que celebraban que no hubieran tenido que pasarse la noche en lo alto de la noria. Ella sonreía, todavía algo nerviosa, mientras se alisaba el cabello y daba las gracias a todo el mundo. Luego, riendo, dijo:

—Creo que mis tres pequeños y yo ya hemos tenido por hoy bastantes emociones. Será mejor que nos vayamos a casa. —

Volviéndose a Pete y Pam, prosiguió—: Vosotros podéis quedaros para ayudar a Indy, si lo deseáis. Papá vendrá más tarde a recogeros.

Los dos mayores prefirieron quedarse en la feria. Cuando los demás se hubieron marchado, Pete y Pam volvieron al puesto de Indy. Allí había unos cuantos clientes examinando las atractivas chucherías y Roades había obtenido ya un buen beneficio. Al ver a los niños, sonrió.

—Me alegra que hayáis vuelto. Estoy vendiendo mucho y necesito vuestra ayuda.

Pete y Pam se colocaron detrás del mostrador para encargarse de envolver los lindos objetos indios que Roades iba despachando.

Media hora más tarde, durante unos momentos de reposo en el trabajo, los dos hermanos quedaron sorprendidos al ver a su padre avanzar hacia ellos.

—¿Cómo has venido, papá? —preguntó Pam comprendiendo que la señora Hollister no había tenido tiempo de llegar a casa para dejar a su marido la furgoneta.

Su padre explicó que en la tienda tenían un importante pedido de tornillos y clavos para entregar a un carpintero que estaba construyendo una casa cerca de aquellos pinares.

—He venido en la camioneta a entregar el pedido —concluyó el señor Hollister.

—¡Papá, tenías que haber venido un poco antes! ¡Habrías visto algo emocionante! —dijo Pete, explicando a su padre lo ocurrido en la noria.

Cuando su hijo concluyó, el señor Hollister se echó a reír.

—Pero ¡qué familia de valientes tengo! —En seguida añadió—: Supongo que estaréis hambrientos. Voy a llevaros a comer algo. ¿Qué le parece si nos acompaña, Indy?

El yumatán repuso que, efectivamente, también tenía apetito y que les acompañaba con mucho gusto. De modo que a toda prisa empaquetó los artículos para dejarlos cerrados con llave. El señor Hollister encontró un coquetón restaurante al aire libre, muy cerca de la feria, y pidió sopa y bocadillos para los cuatro.

Cuando acabaron y regresaban ya al puesto de Indy, Pete se detuvo ante una barraca dedicada al tiro de arco.

—¡Esperad! —pidió el muchacho—. Me gustaría ver cómo dispara un indio con el arco.

Al principio, Indy no mostró ningún deseo de hacer alarde de su habilidad.

—De muchacho fui buen tirador —dijo—. Pero hace muchos años que no practico.

—¡Por favor! ¡Tire una vez! —pidió Pam.



Indy se aproximó a la barraca, tomó un arco y una flecha, apuntó y disparó inmediatamente. La flecha llegó, silbando, al centro mismo de la diana.

—¡Zambomba! ¡No se ha olvidado mucho de usar el arco! —exclamó Pete, admirativo.

El yumatán sonrió y volvió a disparar una segunda flecha en la diana, la tercera y la cuarta quedaron clavadas a muy pocos milímetros de las dos primeras.

—Ahora prueba tú, Pete —propuso Indy, pagando al dueño de la barraca.

La primera flecha de Pete cayó al suelo antes de recorrer la distancia que le separaba de la diana; la segunda pasó por encima de la diana.

—¡Caramba! ¡Veo que necesito hacer muchas prácticas! —admitió Pete, desilusionado.

Colocó otra flecha en el arco y al mismo tiempo que la veía caer más allá de la diana, distinguió la silueta de un chico que

serpenteaba por detrás de los arbustos para recoger la flecha.

—¡Es Joey Brill! —gritó Pete—. ¡Ya pensará en hacernos alguna trastada!

El dueño de la barraca ordenó a Joey que se apartase de aquella zona que quedaba a alcance de tiro. Arrugando el entrecejo, el chico obedeció y quedó a una buena distancia, observando a Pete que se preparaba a disparar otra vez.

—¡Eres un mal tirador! —gritó el camorrista—. ¡No eres capaz de alcanzar la pared de un granero a diez palmos de distancia!

El reto puso nervioso a Pete, que dejó un momento el arco y respiró profundamente. Luego volvió a coger el arco, apuntó y tensó la cuerda.

Joey, pensando que Pete había renunciado a sus probaturas, se aproximó corriendo a la zona de la diana para coger las flechas caídas, en el mismo momento en que Pete disparaba. Pam chilló, aterrada, y la voz del señor Hollister se oyó sonora, diciendo:

—¡Cuidado! ¡Agáchate!

Mientras la flecha avanzaba directamente hacia la espalda de Joey, Pete quedó paralizado. Un momento después respiraba aliviado, viendo a Joey tirarse al suelo mientras la flecha pasaba por encima de su cuerpo.

—¡Eh, chico estúpido! —llamó el hombre de la barraca, corriendo hacia Joey.

Pero éste, muy asustado, se puso en pie y desapareció, corriendo, entre la multitud. El dueño de la barraca regresó, diciendo:

—Menos mal que nos hemos librado de él.

Ofreció a Pete unas cuantas flechas para que siguiera probando su puntería, pero a Pete se le habían quitado ya las ganas de manejar el arco. El susto que acababa de pasar le había dejado algo tembloroso.

Mientras se alejaban de la barraca, Pam iba pensando una solución para que su hermano se olvidase de Joey. Al cabo de unos momentos la niña habló al oído a su padre y cuando éste asintió, Pam se volvió a Pete para decirle:

—El rodeo va a empezar en seguida. ¿Por qué no vas a verlo con papá? Yo me quedaré ayudando a Indy.

La cara de Pete se iluminó con su bonachona y resplandeciente sonrisa.

—Será estupendo.

—Ve tú también, Pam —insistió Indy—. Yo puedo atender solo el puesto. La mayor parte de las cosas ya están vendidas.

—Muy bien.

Los niños se despidieron del indio y se marcharon con su padre. El rodeo se celebraba en un campo inmediato a la zona de la feria. A un lado, se veía una cuadra con un patio vallado. En tres de los cuatro lados se habían instalado gradas de madera.

El señor Hollister compró las entradas y los tres fueron a ocupar sus puestos. Pronto se dejaron en libertad varios novillos. Luego, entre grandes gritos e hipidos salieron los vaqueros, haciendo ondear los lazos en el aire.

Después que todos hubieron hecho vistosas demostraciones de su habilidad con el lazo, llegó el momento de montar al toro Braham. Se abrió la puerta de un compartimiento y salió a la carrera un gran toro negro en el que iba montado un vaquero. A los pocos momentos el toro se detuvo en seco y el vaquero se vio lanzado al suelo por encima de la testuz del animal.

Mientras el hombre se ponía en pie, otro gran toro corrió hacia el centro del vallado dando saltos y sacudidas. Al cabo de un momento el hombre que iba sobre su lomo fue a parar también a tierra.

—¡Es terrible! —exclamó Pete—. Esos pobres vaqueros no duran ni tres minutos montados en el toro. ¡Mirad al otro lado de aquella valla! Es un indio el que quiere montar ese otro toro.

—¡Si es Caballo de Guerra! —observó Pam.

El toro daba tan fuertes sacudidas que Caballo de Guerra no lograba asentarse en su lomo. Por fin, el indio decidió calmar al animal, bajó de la cerca y se encaminó al centro del ruedo, sacando algo de su bolsillo.

—¡Es una serpiente! —exclamó Pam, viendo al indio blandir el reptil ante los ojos del toro.

—Caballo de Guerra ha dicho que el anillo en forma de serpiente da buena suerte. Puede que esté intentando encantar al toro —murmuró Pete.

Mientras Pete contaba a su padre lo que sabía de aquel indio, Caballo de Guerra volvió a meterse la serpiente en el bolsillo y trepó por los barrotes de la cerca. El toro se había tranquilizado y el indio pudo saltar sobre su lomo.

—La serpiente le ha dado buena suerte —comentó Pam con una risilla—. ¡Pero cualquiera va a todas partes con una serpiente viva en el bolsillo!

—Y menos una chica —repuso Pete.

Se abrió la compuerta y el toro salió de estampida al centro del ruedo. Efectuaba rápidos giros y sacudidas, subía y bajaba la testuz con fuerza y sacudía brutalmente los cuartos traseros. Pero Caballo de Guerra seguía sobre el lomo del animal. El indio mantenía el brazo derecho en alto, mientras el toro luchaba frenéticamente para librarse de él.

—¡Él ganará el concurso! —gritó Pete con entusiasmo—. Ya se ha mantenido sobre el toro más tiempo que los demás.

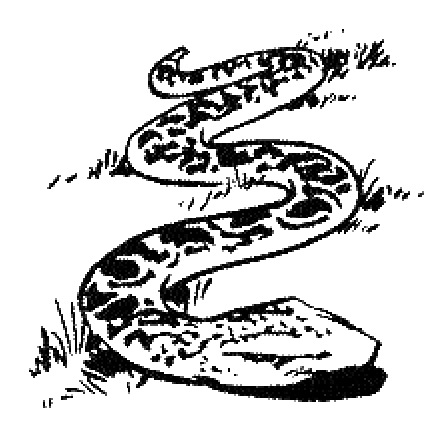
En aquel instante sonó una campanilla. La prueba había terminado. ¡El indio era el ganador!

—Mirad lo que está haciendo ahora —anunció Pam, viendo que Caballo de Guerra saltaba al suelo y sacaba de su bolsillo la serpiente.

El indio empezó a pasear ante el público, blandiendo el reptil y sonriendo alegremente. Cuando llegó cerca de la parte en que estaban los Hollister, Caballo de Guerra lanzó la serpiente hacia la multitud. Varias mujeres y niñas lanzaron gritos estridentes al tiempo que Pete advertía:

—¡Cuidado, Pam! ¡Va a caer sobre tu falda!

FIESTA DE DESPEDIDA



Con un grito, Pam intentó esquivar al reptil que parecía volar hacia ella. Pero la serpiente le rozó el escote y fue a caer a sus pies.

El señor Hollister y Pete se apresuraron a apresar al temible animal. Sujetándola por detrás de la cabeza, Pete la sostuvo en el aire para que no pudiese picar a ninguno de los espectadores. Todos quedaron perplejos viendo que la serpiente permanecía perfectamente quieta.

—A lo mejor está muerta —dijo Pam, algo tranquilizada.

Mientras ella hablaba, Caballo de Guerra se acercó, corriendo, para decir:

—Serpiente estar muerta hace muchos años. Ser sólo piel de serpiente rellena de algodón. Caballo de Guerra gastar broma.

—Una buena broma —sonrió Pete—. Pero nosotros no la hemos comprendido.

Cuando Caballo de Guerra se dio cuenta de que nadie había tomado a broma su ocurrencia, pidió a todos perdón por haberles asustado y se metió la serpiente en el bolsillo. Pam le miró, risueña, y comentó:



—La serpiente le ha dado buena suerte, ¿verdad? Se ha sostenido usted sobre el toro.

—Serpiente ser siempre amiga de indios —replicó Caballo de Guerra.

—¿Los indios tienen cosas que dan mala suerte? —quiso saber Pam.

La pregunta transformó la sonrisa del ganador del rodeo en un

fruncimiento de cejas.

—A indios no gustar hablar de mala suerte —repuso, sacudiendo la cabeza—. Nosotros gustar ser felices.

Pete, Pam y su padre se miraron, inquietos. Al parecer habían herido los sentimientos del indio.

—Lo siento, Caballo de Guerra —se disculpó la amable Pam—. Nosotros no conocemos las costumbres de ustedes.

Esto debió de tranquilizar mucho a Caballo de Guerra que volvió a sonreír.

—Vosotros buenos niños. Yo contaros historia sobre mala suerte de yumatanes. Seguramente oyeron al búho.

Los niños quedaron atónitos y preguntaron a un tiempo:

—¿Al búho?

—Sí. Ulular de búho. Eso traer indios mala suerte. Indios no gustar oír búhos —explicó Caballo de Guerra.

Luego, mientras los Hollister le escuchaban con suma atención, explicó que en una pequeña rama de la tribu yumatán, llamada al Clan Turquesa, se había oído ulular un búho y al momento un desprendimiento de tierras enterró la mina y a todos los mineros indios.

—¿Ninguno pudo salvar la vida? —preguntó Pete.

—Ninguno.

—¡Qué horror! —exclamó Pam, consternada.

Caballo de Guerra asintió con un cabeceo, al tiempo que decía:

—Búho pájaro malo. Siempre dar mala suerte a indios.

—¿Sabe usted dónde estaba situada la mina de turquesas? —preguntó Pete, con gran interés.

Caballo de Guerra quedó unos instantes pensativo antes de contestar:

—Viejo indio decir a Caballo de Guerra: Punta del Pilar en línea recta hacia el sol naciente desde cuevas gemelas.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Pete, sin comprender.

—Caballo de Guerra no saber. Nadie saber. Muchas cuevas y cañones en tierras Pueblo Yumatán. Todas parecer iguales.

En aquel momento, se llamó al indio a la tarima de los jueces para hacerle entrega del premio por haber montado al toro bravo. Mientras se marchaba de allí, Pam dijo con entusiasmo:

—¿Verdad que lo que nos ha dicho puede ser una buena pista para encontrar la mina? Si encontramos dos cuevas iguales y caminamos hacia el este podremos encontrar la mina de turquesas.

—Pero antes tendremos que encontrar esas cuevas gemelas —le recordó su padre, riendo de buena gana.

Cuando llegaron a casa, la señora Hollister y los demás niños escucharon muy interesados todas las noticias sobre la tierra de los yumatanes.

—Pues vamos en seguida a buscar esas cuevas hermanitas —propuso Sue, muy seria.

Mientras los demás reían, Pam bromeó:

—A lo mejor no son hermanitas, sino hermanitos.

—No. Ya «sabo» lo que son: una cueva niña y otra cueva niño —repuso la pequeña, con la vista perdida en el horizonte—. Una es más alta y más gorda que la otra. La gordota es la cueva niño.

Toda la familia solía divertirse con las graciosas ocurrencias de la imaginativa Sue y, en aquella ocasión, le pidieron que continuara explicando más cosas sobre las desconocidas cuevas. Estaba la pequeña en lo mejor de su narración, hablando de las dos preciosísimas turquesas que se habían «hacido vivas» y llegaban rodando a casa de los Hollister para visitar a Sue, cuando sonó el teléfono.

Pete fue a contestar y anunció a su padre:

—Es de la agencia de aviación.

Todos dejaron de hablar, esperando noticias sobre los billetes para el viaje a Nuevo Méjico. El padre no tardó más que unos segundos en regresar, muy sonriente.

—Saldremos el viernes a las dos de la tarde —dijo.

—¡Estupendo, papá! —exclamó Pete.

Y Ricky demostró su entusiasmo lanzando por los aires un almohadón. Cuando todos se hubieron tranquilizado un poco, Ricky y Holly decidieron jugar a los aviones. Corriendo, subieron al piso alto en busca de los aeroplanos en miniatura. Siempre a la carrera salieron al patio en donde prepararon los juguetes para hacerlos volar. Los aviones iban y venían sobre el lago, planeando como si fuesen de verdad.

—¡El mío vuela más alto! —exclamó Ricky entusiasmado,

mientras el avión de Holly empezaba a descender.

Pero, en aquel mismo momento, el aparato de Ricky se precipitó en picado sobre el de Holly.

—¡Oh! —gritó la niña—. ¡Hemos chocado!

Los dos aviones se golpearon con fuerza y fueron a parar al suelo.

—¡Mira, mi pobrecito avión se ha roto! —gimoteó Holly—. ¿Por qué le has atacado?

—No ha sido culpa mía —aseguró Ricky—. Fíjate, fíjate en el mío; tiene un ala rota.

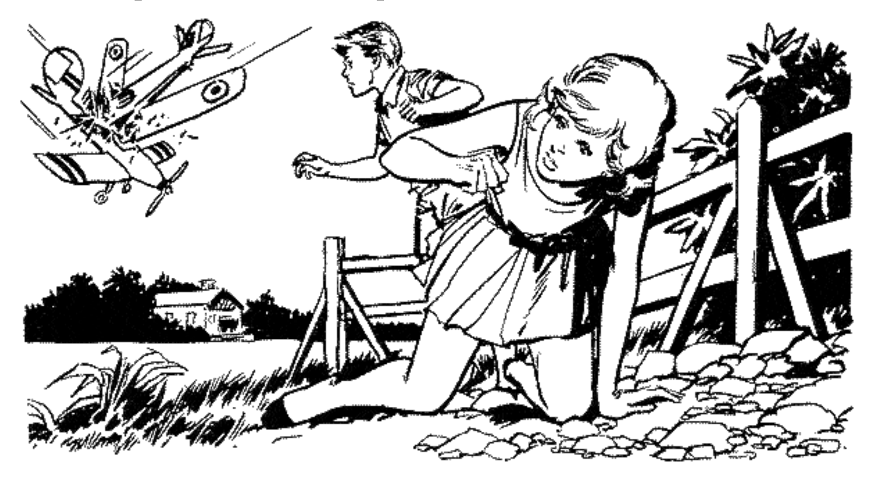
—Bueno —se conformó Holly—. Pues vamos a repararlos.

La media hora que les quedaba de espera hasta la cena la pasaron los dos niños encolando sus aviones.

En ese tiempo, Pam estuvo ayudando a su madre y habló con ella de lo que convenía hacer con los animalitos, mientras la familia estuviera ausente.

—Puede que a Jeff y Ann Hunter no les importe cuidar de «Zip» y de «Morro Blanco» y sus hijos —opinó la niña.

—Lo mejor será que se lo preguntes —dijo la señora Hollister—. A ver si tú puedes resolver el problema.



Pam telefoneó a sus amigos, que vivían al final de aquella misma calle, y tanto Ann como Jeff dijeron que cuidarían con mucho gusto de los animalitos de los Hollister.

—Aunque ¿no sería mejor —propuso Ann— que, en lugar de

traerlos a casa, fuésemos nosotros a la vuestra todos los días, por la mañana y por la tarde, a darles de comer y soltarles un rato?

Pam dijo:

—Me parece muy bien. Muchas gracias, Ann. Ven mañana y te enseñaré dónde guardamos las latas de comida del perro y los gatos.

Aquella noche, a la hora de la cena, el señor Hollister habló del viaje con su familia.

—Llegaremos por la noche del viernes a un lugar situado a unas doscientas millas de la tierra de los yumatanes y nos instalaremos en el motel. He telegrafiado para ver si puedo alquilar un coche. Quisiera hacer el resto del viaje por carretera.

—¿Les has dicho que tiene que ser un coche grandísimo, porque hay un montón de Felices Hollister? —preguntó Sue.

—Sí, hijita. Lo he dicho —sonrió el padre.

A la mañana siguiente se bajaron más maletas del ático para seguir preparando el equipaje. Estaban en pleno trabajo cuando llegaron Jeff y Ann. Jeff, que tenía ocho años, era un chiquillo sonriente, de cabello negro y ojos azules. Su hermana ya había cumplido diez años, tenía los ojos grises, el cabello oscuro y rizado y graciosos hoyuelos en las mejillas. Después de que Pam les mostró dónde estaban las latas de carne y de galletas para los animales, Ann anunció:

—Nosotros queríamos que vinieseis a casa mañana para hacer una fiesta de despedida.

—Muchas gracias —respondió Pam—. ¿A qué hora será?

—A las once. Así comeremos juntos antes de que salgáis de viaje.

—¡Qué amables sois, Ann! —agradeció la mayor de las niñas Hollister.

A la mañana siguiente, los cinco hermanos, vestidos ya con sus trajes de viaje, se dirigieron a casa de los Hunter. ¡Qué bien arreglado estaba el patio! Dos mesitas de té se habían colocado juntas a la sombra de un gran manzano. Sobre los manteles de vivos colores se veían fuentes llenas de apetitosos bocadillos y platitos con caramelos y cacahuetes. Ricky quiso abalanzarse en seguida sobre un platito de cacahuetes, pero Pam advirtió a su hermano que no debían tocar nada hasta que los Hunter empezasen a comer.

Además de los Hollister había otros invitados. Dave Meade, el muchachito de doce años amigo de Pete, fue el primero en llegar, ocultando a la espalda algo que fue a esconder bajo uno de los bancos, antes de acudir a saludar a sus amigos. Dave era un chico bondadoso, de cabello liso, con un gran mechón que siempre le caía sobre el ojo izquierdo.

Al poco se presentó en el patio Donna Martin. Esta niña que tenía siete años era especialmente amiga de Holly. Los cabellos y los ojos de Donna eran castaños y siempre iba peinada con trenzas.

La señora Hunter miró su reloj de pulsera, mientras decía:

—Aún falta por llegar un invitado. —Y, como hablando consigo misma, murmuró—: Espero que sepa comportarse.



Apenas acababa de decir esto cuando Joey Brill cruzó de una gran zancada un seto y se presentó en el patio.

—Se ha empeñado en venir —dijo Ann al oído de Pam. Luego sonrió para decir, en voz alta—: Antes de empezar la fiesta queremos dar a los Hollister unos regalos.

Como por arte de magia cada uno hizo aparecer el regalo que había escondido. Sue fue la primera en recibirlo; era un pequeño dije con cabida para dos fotografías, que le entregó Donna.

—Si ves algún indio que sea guapo puedes poner aquí su fotografía —explicó Donna.

—Muchas gracias —contestó Sue, dando alegres saltitos.

Ricky recibió el regalo de Jeff Hunter; eran dos cosas: una pelota

y un globo rojo en el que se veían dibujados indios montados a caballo.

—¡Me gusta mucho! —aseguró el pecoso.

Dave Meade entregó a Pete un instrumento que era una combinación de brújula y navaja. Holly quedó muy complacida con los gemelos que le regaló Ann. Podría utilizarlos para mirar desde la ventanilla del avión.

Sólo Pam estaba sin regalo. Todos los ojos se volvieron a Joey Brill. ¿Tendría el chico algo que entregar a Pam? En lugar de ofrecerle un paquete, Joey se acercó a Pam con las manos a la espalda.

—Tengo una buena sorpresa para ti —rió el chico, metiendo una mano en el bolsillo.

Un momento después Pam se estremecía. El «regalo» que Joey iba a darle daba extraños saltos en el bolsillo.

—¡Joey! ¿Qué… qué es? —gritó la niña.

Pam bajó la vista. Por la abertura del bolsillo del chico asomó un ratoncillo blanco que arrugaba el hociquito rosado.

—¡Huuuy! —se estremeció Pam.

—Si no te va a hacer nada, tonta —dijo entre carcajadas Joey—. Está amaestrado.

Pam sostuvo un momento al animalito entre sus manos, pero dijo en seguida:

—Es igual. Es igual. Puedes llevártelo, Joey.

Después de la fiesta, los Hollister marcharon rápidamente a casa. Indy les aguardaba para llevarles al aeropuerto y les apremió para que se dieran prisa. No había un minuto que perder.

Los que estuvieron en casa de los Hunter acudieron a despedir a los Hollister. Todos observaban mientras en la furgoneta iba cargándose maletas y más maletas.

De repente, un malintencionado brillo iluminó los ojos de Joey Brill. Agarró una de las maletas más pequeñas y echó a correr calle abajo.

—¡No te vayas, Joey! —gritó Holly—. Esa maleta es mía.

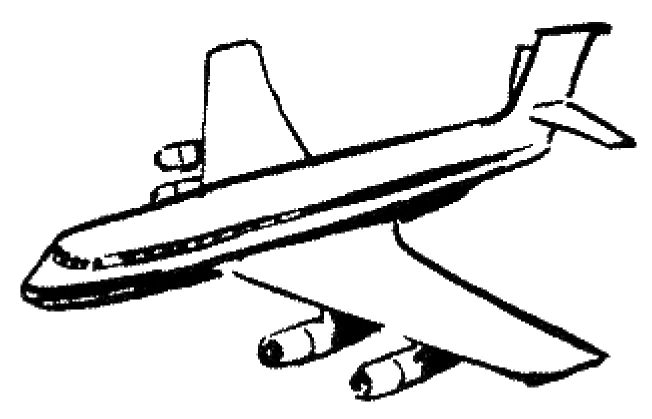
Tanto Holly como Pete corrieron detrás de Joey. Estaba a mitad de la calzada cuando el chicazo comprendió que los otros iban a darle alcance y Joey se desprendió de la maleta, arrojándola al

suelo con una fuerte sacudida. Con el golpe la maleta se abrió y todas las ropas de Holly quedaron desparramadas por el pavimento.

—¡Oh! ¿Ves lo que has hecho, chico malo? —gimoteó Holly—. Pete, ayúdame a recogerlos.

—¡Vamos a perder el avión! —exclamó su hermano, muy preocupado.

ALEGRÍA POR LOS AIRES



—¡Pues no podemos perder el avión! —declaró rotundamente Holly, retorciéndose una trenza con nerviosismo.

Entre ella y Pete recogieron todas las ropas y las metieron de cualquier manera en la maleta. Cuando acabaron, los demás, acomodados ya en la furgoneta, llegaron a su lado. Los dos niños saltaron al vehículo. Pete lo hizo sujetando la maleta, sin cerrar, bajo el brazo.

Mientras la furgoneta emprendía el viaje, la señora Hollister cogió las ropas de Holly y pulcramente dobladas fue entregándoselas a Pam, que las colocó en la maleta.

—¡Qué antipático es Joey! —se lamentó Holly—. Ya veremos qué diablura se le ocurrirá ahora. Estoy contenta de que nos marchemos.

—Oye, Indy, ¿ahora vamos a tener que hacer todas las cosas que hacen los indios? —comentó Sue con sumo interés.

El yumatán sonrió, diciendo que esperaba que los Hollister se divirtieran mucho y aprendieran un poco de danza india.

—Y no olvides hacer prácticas con el arco y la flecha, Pete. Los niños indios estarán dispuestos a orientarte.

Mientras se dirigían al aeropuerto, Indy se llevó una mano al bolsillo y sacó una carta. Entregándosela a la señora Hollister, dijo:

—Es una carta de presentación para mi tío Águila Veloz, gobernador de los yumatanes. A mi tío le complacerá presentarles a ustedes a su pueblo.

—Díganos algo de sus sobrinos —pidió Pam.

—Sí, sí —intervino Holly, sin poder dominar su curiosidad—. Quiero conocer a muchos niños indios.

—Conoceréis a varios —repuso Indy—. He escrito a Pluma Roja y Pluma Azul diciéndoles que llegáis vosotros.

—¡Qué bien! —dijo entusiasmada, Holly—. Casi no puedo esperar de tanto como deseo verles.

Indy les explicó que sus sobrinos eran nietos de Águila Veloz. Pluma Roja, el chico, tenía diez años, y su hermana Pluma Azul tenía nueve.

—Son huérfanos y viven con Águila Veloz. Sus padres murieron el año pasado en una terrible inundación.

—¡Pobrecillos! —se compadeció Pam—. Me dan mucha lástima los huérfanos. Me gustaría hacer algo por Pluma Roja y Pluma Azul.

—Haríais mucho —sonrió Indy—, si encontraseis la mina de turquesas desaparecida. Entonces los yumatanes podrían tener muchas cosas que ahora no pueden obtener.

—¡Carambita! —exclamó Ricky con entusiasmo—. Nosotros haremos una expedición para buscar la mina.

Un momento después Indy se veía asaltado por un millar de preguntas de los Hollister, que empezaron a hablar a un tiempo. ¿Hablaban inglés los niños indios? ¿Podía Indy enseñarles unas cuantas palabras en lengua yumatán, antes de llegar al aeropuerto?

—Verdaderamente creo que sería muy oportuno que aprendieseis algunas palabras indias —concordó Roades—. ¿Qué os gustaría conocer?

—¿Cómo se dice Pluma Roja y Pluma Azul? —indagó Pete.

—Pluma Roja se dice Tse-way-n-peh, y Pluma Azul, Tse-way-n-tsuwa.

Después de que los Hollister hubieron repetido varias veces las dos palabras, Pam preguntó:

—¿Cómo se dice niño indio y niña india?

—A-nun-ka y ah-yu-ka.

Entonces, hasta el señor y la señora Hollister estaban interesados por enterarse de algo del lenguaje de los yumatanes, que Indy les dijo se llamaba tewa.

—Cómo se dice: ¿cómo está usted?

—On-segee-an —contestó Indy, sonriente.

—¿Y «adiós»?

—Segee-de-ho —dijo Indy.

Holly estaba tan excitada, que palmoteaba sin cesar, y exclamó:

—¡Qué divertido! ¡Qué divertido! Ya podemos hablar como los indios. Cuando vea a Pluma Azul le diré: On-segee-an, Tse-way-n-tsuwa.

—¡Magnífico! —aplaudió Indy—. En muy poco tiempo hablarás como un verdadero yumatán.

Ya estaba a la vista el edificio del aeropuerto e Indy llevó la furgoneta hasta la entrada. Mientras el señor Hollister entraba a sacar los billetes, el yumatán ayudó a los niños a transportar el equipaje. Luego les deseó mucha suerte y se despidió.

Un mozo del aeropuerto llegó a cargar las maletas sobre una carretilla y el señor Hollister fue a pesarlas. Luego él y su familia cruzaron una verja para llegar junto al gran avión que estaba aguardando.

Los niños corrieron hacia el aparato y subieron las escalerillas. En el interior del avión encontraron a una joven rubia, con el impecable uniforme azul de azafata.

—Veo que, con tantos niños, este viaje va a ser muy divertido —dijo la joven rubia, tomando a Sue de la mano—. Tomad asiento donde más os guste.

Como no era muy frecuente que los niños Hollister tomasen un avión, los cinco miraban a todas partes con asombro.

—Es curioso que un avión, por dentro, pueda ser tan grande —exclamó Ricky, mientras avanzaba junto a Pete, hasta la parte delantera del avión.



A ambos lados del pasillo había una fila de dos asientos aparejados. Los dos muchachitos se colocaron en los dos primeros asientos de la izquierda, mientras Pam y Holly iban a ocupar los de la derecha. La señora Hollister se situó detrás de las niñas, en unión de Sue, y el padre se sentó detrás de Ricky y Pete. Se abrió una puerta en la parte delantera del avión y apareció otra azafata. A través de aquella puerta, los chicos pudieron ver a dos pilotos sentados ante un gran tablero de instrumentos.

—¿Podemos entrar ahí? —preguntó Pete a la azafata.

—Me temo que no —repuso ella, sonriendo—. Es una medida de seguridad no permitir el paso a esta parte del aparato a ninguno de los pasajeros. Pero podremos divertirnos mucho durante el vuelo.

Cuando la joven se alejó, los potentes motores empezaron a rugir y, de repente, se iluminó un letrero en la entrada de la cabina.

«Rogamos se ajusten los cinturones».

Mientras el señor y la señora Hollister enseñaban a sus hijos cómo debían sujetar los dos extremos de la correa alrededor de la cintura, el avión empezó a avanzar por la gran pista.

—¡Viva! ¡Hurra! ¡Ya nos vamos! —gritó Ricky.

El pequeño aplastó la nariz contra el cristal de la ventanilla, mientras el avión rodaba hacia el extremo más lejano del aeropuerto. Al llegar allí, el aparato dio media vuelta y se detuvo.

—¿Por qué no sigue caminando, Pete? —preguntó el pecoso con desaliento.

—El piloto está esperando la señal de salida de la torre de

control —contestó Pete.

De nuevo empezaron a rugir los motores y el aparato reanudó su carrera por la pista para despegar a los pocos instantes.

—¡Ya estamos en el aire! —exclamó Holly con deleite—. ¡Ya nos vamos a ver a los indios!

Todos los niños miraron hacia abajo; la tierra parecía ir descendiendo rápidamente, mientras el gran avión ascendía a los cielos.

—¡Ahí está el lago y también se ve nuestra casa! —hizo saber Pam.

Todos miraron a donde ella señalaba. ¡Sí, allí estaba la casa de los Hollister, situada a orillas del Lago de los Pinos! Parecía una casita de muñecas que iba haciéndose más y más pequeña, hasta que desapareció de la vista.

Ahora el avión volaba sobre una nube blanca y esponjosa. Una voz muy agradable dijo por el altavoz:

—Bien venidos al vuelo 224. Soy la señorita Traver, una de las azafatas, que les desea tengan ustedes un feliz y alegre viaje. La señorita Gilpin y yo haremos cuanto podamos por complacerles. Si necesitan ustedes algo, tengan la bondad de oprimir el botón de su asiento. Muchas gracias.

Holly se apresuró a oprimir el botón. Y cuando llegó la señorita Traver la niña le preguntó:

—¿Tenemos que ir todo el tiempo atados?

La azafata se echó a reír. No. No era preciso ir «atados». Los cinturones se ponían únicamente al despegar y aterrizar. La joven y rubia azafata ayudó a Holly a desabrocharse el cinturón y luego se acercó a la señora Hollister, comentando:

—Me resulta encantador ver a toda una familia como ustedes viajar junta.

—Vamos a visitar a los indios, ¿sabes? —informó Sue—. ¿Vas a venir con nosotros?

—Sólo una parte del viaje —repuso la azafata acariciando los bucles rubios de la pequeñita—. Si alguno de vosotros tiene apetito, decídmelo.

—Yo tengo hambre ahora mismo —declaró Holly, asomando la cabeza por encima del respaldo de su asiento.

—Y yo también —sonrió Ricky.

—Bien. Solucionaremos eso en un momento —prometió la señorita Traver, desapareciendo en una cocinita situada al final del pasillo.

Regresó en seguida con una bandeja de pastas y manzanas.

—¿No tienes un plátano? —preguntó Sue, a quien los plátanos gustaban más que las manzanas.

—Lo siento, pero no llevamos ninguno.

—¿Por qué no sales a traerme uno? —insistió la chiquitina, olvidando que se encontraban en el aire.

—¡Canastos! ¡Iba a necesitar una escalera de tres kilómetros! —rió el pecoso.

—Por lo menos —concordó la señorita Traver—. Dentro de unos minutos aún volaremos a más altura.

Más tarde, mientras miraban por la ventanilla, Pete pudo ver otro avión que volaba algo más bajo que el suyo. Se lo señaló a Ricky, y éste exclamó, riendo:

—¡Un enemigo! ¡Pum, pum, pum!

Los dos hermanos continuaron con su imaginario ataque aéreo hasta que el enemigo desapareció entre las nubes.

—Creo que le hemos derribado —declaró Ricky gravemente.

Al cabo de unas horas, Ricky empezó a idear una diversión más emocionante. Pete estaba resolviendo su crucigrama y las niñas hojeaban los semanarios que habían cogido de un revistero.



Al levantar la cabeza Ricky descubrió un pequeño tubo. Lo hizo girar y una ráfaga de aire le azotó la cara. Oprimió, entonces, el botón del asiento y esta vez apareció la señorita Gilpin.

—¿Qué es esto? —preguntó Ricky, señalando el tubo.

—Un ventilador —contestó la azafata—. Cuanto más lo hagas girar, más aire despide.

¡Qué siseante ruidillo producía! Holly dejó de leer y pidió a Pete que cambiase su asiento con ella. Pete la complació en seguida y los dos pequeños estuvieron jugando unos momentos con el ventilador. Pero de repente Ricky dijo:

—A lo mejor con esto puedo hinchar el globo que me ha regalado Jeff.

Inmediatamente buscó en su bolsillo, sacó el globo y lo ajustó al tubo del ventilador. El globo empezó a hacerse grande, más grande, más grande…

—¡Basta! ¡Se te romperá! —le advirtió Holly.

El pequeño sacó el globo del ventilador. El arre salió rápidamente del globo, produciendo un ruidillo silbante. Varios pasajeros rieron entre dientes.

—Deja que esta vez lo infle yo —pidió Holly.

Su hermano le cedió el puesto y, cuando el globo estuvo hinchado, Holly lo soltó en el aire.

¡Fiisss, ziiss, plop!

El globo zigzagueó por todo el avión hasta ir a parar en plena nariz del señor Hollister.

—¡Qué buena puntería, Holly! —dijo Ricky, admirado, haciendo reír a carcajadas a todos los pasajeros.

Cuando su padre le devolvió el globo, el pequeño volvió a encargarse de inflarlo. El globo empezó a crecer, a crecer.

—¡Cuidado! —gritó Pam.

Y Sue se apresuró a taparse los oídos con las manos.

—¡Va a estallar! —dijo Holly, entre maliciosas risillas.

De improviso, las risas de Holly quedaron interrumpidas por un sonoro «bump». ¡El globo acababa de explotar en la misma cara de la pequeña!

—¡Oooh! —gritó Holly, palpándose la cabeza, como si quisiera convencerse de que todavía la tenía en su sitio.

Pero, por fortuna, no había sufrido el menor daño, sino únicamente un buen susto.

Quien se había puesto muy serio era Ricky, viendo que el avión empezaba a descender, inclinado sobre el morro.

—¿Habré roto también el avión? —preguntó preocupado, a la señorita Traver.

PAM, AZAFATA



Al ver el miedo que Ricky sentía de haber estropeado el avión, la señorita Traver sonrió.

—No —contestó amablemente—. Estamos bajando porque aterrizaremos en el aeropuerto que se ve ahí en frente.

—¿Para ir a buscar mi plátano? —insistió Sue.

La azafata se echó a reír y dijo a la pequeña que tuviera paciencia. Volverían a estar volando a la hora de cenar.

—Estad atentos y veréis llegar una camioneta —aconsejó—. Así sabréis la cena caliente que va a servirse cuando volvamos a despegar.

Otra vez se iluminó el letrero que ordenaba ajustarse los cinturones y el avión descendió hacia la pista. Después de aterrizar suavemente, el aparato avanzó por la pista hacia el edificio central. Los Hollister buscaron ávidamente, con los ojos, la camioneta. Pam fue la primera en verla. Avanzaba hacia ellos y en uno de los laterales se leía:

«J. B. Smith. Despensero».

El conductor detuvo la camioneta ante la plataforma de aterrizaje y transportó al avión varios recipientes metálicos.

Entretanto llegó un camión de combustible para llenar los depósitos del avión. Luego subieron al avión dos pasajeros más y pronto el aparato volvió a ascender a los cielos.

Tan pronto como se hubieron aflojado los cinturones, Pam se levantó y fue a hablar con las azafatas. Un momento después su familia quedaba atónita al oír la voz de la niña hablando por el altavoz:

—Aquí Pam Hollister, hablando en nombre de las azafatas Traver y Gilpin. Les damos la bienvenida al vuelo 224 y esperamos que se encuentren ustedes confortablemente. La cena será servida dentro de unos momentos. Si algo necesitan, tengan la bondad de oprimir el botón de su asiento.

—¡Hurra, ha sido Pam! —dijo Sue, por si sus hermanos no se habían dado cuenta—. Qué bien hace de «azafafa».

Un momento después, la mayor de las niñas Hollister volvía a su asiento, con una amplia sonrisa en su rostro.

—Me dijeron que podía ayudarlas a preparar las bandejas explicó.

Unos minutos más tarde la señorita Traver llegaba por el pasillo, llevando una bandeja que entregó a Pam. Luego, entre las dos azafatas fueron sirviendo la cena al resto de los pasajeros.

En cada bandeja iba un plato con un guiso caliente, ensalada de hortalizas y un postre de gelatina. Pero a Sue le reservaban una sorpresa. ¡En el centro de su bandeja la señorita Traver había colocado un amarillo y grueso plátano!

—¡Viva! ¿Lo «compaste» cuando bajamos al suelo? —preguntó Sue, llena de alegría.

Después de la cena, las azafatas echaron hacia atrás los respaldos de los asientos que ocupaban los niños, quienes fueron adormilándose, mientras el cielo empezaba a oscurecerse. Cuatro horas más tarde el avión volvía a descender, preparándose para aterrizar.

—Tenemos que bajar ya —dijo el señor Hollister, intentando despabilar a sus adormilados hijos.

Después de despedirse de la señorita Gilpin y la señorita Traver, los Hollister bajaron del avión. El señor Hollister llamó un taxi, que les llevó hasta el motel más cercano, donde pasaron la noche.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Pete preguntó por el coche alquilado en el que iban a continuar su viaje. En aquel momento, un joven de piel tostada por el sol, con estrechos pantalones téjanos, entró en el motel, preguntando por el señor Hollister. Dijo que era empleado de la firma de coches de alquiler y explicó:

—No hemos podido encontrar un coche de siete plazas, señor Hollister, de modo que hemos decidido alquilarle este autocar escolar, con aire acondicionado. En verano no lo utilizamos.

—¡Un autocar de escuela! —exclamaron los niños, a coro.

El joven señaló la zona de aparcamiento en que había dejado el autocar, a la sombra de un gran árbol.

—¡Canastos! —gritó Ricky, dando una zapateta.

Y, al momento, todos los niños corrieron hacia el autocar.

—Esto es «percioso» —declaró Sue, yendo a instalarse en un asiento de cuero.



Al cabo de un rato la señora Hollister subió al autocar, seguida de todos sus hijos.

—¡Papá, ya eres conductor de autocar! —dijo Pam—. Y hasta puedes llevar gorra de conductor.

Y de debajo del parabrisas sacó una gorra color caqui que ofreció a su padre. Holly rió a gorgoritos cuando su padre se encajó la gorra.

—¿Por qué no pagamos nuestro billete a papá? —propuso la

niña—. Podemos darle cada uno un centavo.

Todos los niños, entre risas, hicieron lo que su hermana indicaba. Llegó un mozo, llevando el equipaje de los Hollister en una carretilla de mano. Cuando todas las maletas estuvieron colocadas en el autocar, el señor Hollister anunció:

—¡Todos preparados! ¡Salimos para la tierra de los yumatanes!

Se alejaron del motel por una amplia carretera que se extendía como una cinta, a lo largo del desierto arenoso. El señor Hollister pidió a su familia que cerrase las ventanillas y él puso en funcionamiento el aparato del aire acondicionado. Al poco rato, en el auto había un ambiente fresco muy agradable.

—Qué bien se viaja así —comentó la señora Hollister, contemplando el paisaje.

A ambos lados de la carretera crecían gigantescos cactus pitahaya que extendían sus brazos como saludando a los visitantes. Pam dijo que había aprendido algo sobre cactus en la escuela.

—Creo que ése que hay enfrente —dijo, señalando uno— es un cactus tonel que tiene agua en el tallo. Dicen que los indios aprovechaban ese agua para beber cuando se perdían en el desierto.

Después de conducir toda la mañana, el señor Hollister detuvo el vehículo ante un parador de la carretera y allí comieron y bebieron. En seguida reanudaron el viaje.

¡Qué distinto era ahora el paisaje! Dejando atrás el llano y árido desierto, empezaron a ascender por una cadena montañosa. La vegetación era mucho más verde a medida que iban subiendo y pronto se encontraron en una zona cubierta de pinos, donde soplaba una fresca brisa. Al poco rato, Pam llamó la atención a los demás, diciendo:

—¡Mirad aquel letrero! Me gustaría saber qué dice.

El señor Hollister frenó unos momentos para poder leerlo. El letrero anunciaba que a corta distancia de allí había un parque nacional que daba la bienvenida a todos los visitantes. Dentro del parque había una posada.

—¡Y osos danzarines! —exclamó Pam, acabando de leer el cartelón.

—Papaíto —dijo Holly, en tono suplicante—, ¿por qué no nos quedamos a pasar aquí la noche? Yo no he visto nunca osos

bailarines.

El señor Hollister consultó el mapa de carreteras y acabó accediendo a lo que Holly pedía.

—De todos modos no podríamos llegar hoy al pueblo de los yumatanes. Lo mismo nos da quedarnos aquí que en otra parte.

La carretera ascendía, serpenteando, por una alta colina. En la cima se encontraba la posada. Estaba construida de adobe, al estilo español, y ocupaba unas veinte áreas de tierra. El hotel estaba circundado por grandes y hermosos pinos y a un lado se veía una jaula inmensa con varios osos pardos.

—¡Vamos a decirles que bailen! —exigió al momento Sue.

Mientras el señor Hollister iba a pedir habitaciones, los niños se acercaron a la jaula. Allí había un guarda que sonrió, al verles.

—¿Acabáis de llegar? —preguntó.

—Sí —repuso Pete—. ¿A qué horas bailan los osos?

—A cualquier hora —repuso el hombre—. Ahora mismo os harán una demostración.

Abrió una gran caja de madera que se hallaba sujeta a un árbol. Dentro había un tocadiscos que el guarda puso en funcionamiento. Al instante, uno de los osos se levantó sobre sus patas traseras y empezó a girar alegremente.

—Ésta es «Sally» —explicó el guarda—. Ahora veréis a «Billy» y «Tilly».

Dos osos se irguieron como si fueran personas y cada uno apoyó sus pezuñas en los brazuelos del otro. Luego empezaron a levantar primero una pata, después la otra, siguiendo el ritmo de la música.

—¿Verdad que tiene gracia? —comentó Pam, riendo.

Ricky y Holly empezaron a dar saltitos, imitando a los osos. Cuando cesó la música y los animales dieron una voltereta, los dos traviesos Hollister se echaron también al suelo y saltaron de cabeza.

Les llamó la señora Hollister y todos corrieron hacia el hotel. ¡Qué bonita resultaba la decoración con temas campestres y españoles! Ricky se sintió en seguida atraído por la piel de un puma gigantesco que hacía las veces de alfombra en el vestíbulo. Mientras se acercaba a acariciarle la cabeza, oyó decir a su padre:

—¿Os habéis enterado de la sorpresa que os está reservada a los niños esta noche?

—No. ¿Qué es?

—Va a narraros historias un viejo vaquero llamado «Cactus» Charlie.

—¡Qué suerte!

Después de la cena, todos los niños hospedados en el hotel se sentaron con las piernas cruzadas en el suelo de la sala, ante el chisporroteante fuego de la chimenea. Mientras hablaba con un muchachito que se llamaba Jack, Pete notó que Ricky aún no había llegado. Pero muy pronto se distrajo, al aparecer «Cactus» Charlie.

Desde el sombrero de alta copa, a las espuelas de plata, «Cactus» coincidía exactamente con la idea que tenía Pete de lo que debía ser un vaquero de verdad. «Cactus» se situó muy erguido y fanfarrón ante la chimenea y los niños aplaudieron alegremente.

—¡Hola, amigos! —saludó—. ¿Qué preferís que os cuente, mi aventura cuando di caza al Gran Jefe Cuerno de Toro, o cuando capturé al gigantesco puma manco?



—¡La historia del puma! —pidieron todos los chicos a gritos.

—Muy bien.

«Cactus» sacó de detrás de la chimenea un taburete de tres patas y se sentó. Todos los niños escuchaban atentamente, mientras el vaquero les hablaba del animal gigantesco que tuvo aterrada a toda una manada de vacas, algunas de las cuales capturó.

—El puma manco era tan enorme que dejaba en el suelo huellas del tamaño de alforjas —siguió explicando «Cactus» con voz de trueno— y posiblemente a estas horas seguiría rugiendo en la montaña, de no haberme decidido ya a darle caza.

«Cactus» siguió explicando a sus pequeños oyentes, que atendían con los ojos muy abiertos, que había seguido la pista del puma y le acorraló en una cueva.

—Le miré fijamente a los ojos —añadió «Cactus».

En aquel momento, Holly dio un grito, al tiempo que señalaba algo que se movía en las sombras. Una enorme cabeza de puma había aparecido por la puerta y un terrible rugido invadió la sala.

Los chicos gritaron y las niñas prorrumpieron en estridentes exclamaciones de miedo. Incluso «Cactus» quedó tan aterrado que los ojos parecieron a punto de saltarle de las órbitas y cayó del taburete. Llegaba ya a toda prisa el director del hotel, cuando el puma se irguió sobre las patas traseras y bajo la piel surgió la carita traviesa de Ricky.

—¡Ja, ja, ja! ¡Cómo os he engañado! —dijo atragantándose de risa.

Los demás niños rieron también y «Cactus» admitió que era la primera vez que le gastaban una broma tan efectiva.

—Te aseguro que me has asustado —confesó, risueño.

El pecoso volvió a dejar la piel de puma en donde la encontrara y el vaquero siguió contando sus aventuras hasta la hora de acostarse.

A la mañana siguiente, Pam pidió permiso a su madre para ir a dar un paseo antes de salir en el autocar hacia el pueblo de los yumatanes.

—Querría ver los alrededores y dar de comer a los osos bailarines —explicó.

La señora Hollister contestó que todos los niños, menos Sue, podían salir. Pam fue a comprar un cucurucho de palomitas de maíz y los cuatro hermanos echaron a andar por el bosque, entre pinos y álamos, camino de un cañón del que había hablado a Pam una niña del hotel. ¡Qué preciosos reflejos despedía el sol, brillando en la cima de una distante meseta!

Después de contemplar un rato el paisaje, decidieron volver. Los chicos corrían delante y muy pronto desaparecieron de la vista. Pam y Holly caminaban lentamente.

Al oír un extraño rumor a su espalda, las dos hermanas se volvieron. ¡A muy corta distancia de ellas había un oso gigantesco!

Las niñas quedaron tan aterradas que no podían moverse.

—¡Pam, Pam! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Holly—. ¡Vámonos corriendo!

¡En aquel mismo momento, el animal se levantó sobre las patas traseras y echó a andar en dirección a las niñas!

ÁGUILA VELOZ



A pesar de estar asustadísima, Pam Hollister sabía que debía pensar una solución inmediatamente. ¿Qué había que hacer para librarse del oso que avanzaba hacia ella y su hermana? Podían trepar a un árbol, pero Pam recordó que también los osos trepan a los árboles.

—¡Fíjate, Pam! ¡Me parece que tiene un hambre…! —susurró Holly, temblando de espanto.

Eso dio a Pam una idea. Tal vez el oso no fuese malo y todo lo que ocurría fuera que tenía hambre. ¿Habría olido el aroma de las palomitas de maíz que llevaban en el cucurucho y se dirigía a las niñas, atraído por ese olor?

Decididamente, Pam lanzó con fuerza el cucurucho de papel, que fue a caer enfrente del oso, quedando abierto. El animal se detuvo, olfateó y, un momento después, metía una pezuña en el cucurucho. Se llevó al hocico un poco del sabroso maíz, dio muestras de encontrarlo muy apetitoso y sujetando el cucurucho con las dos patas delanteras, se sentó en el suelo para saborear las palomitas.

Al ver esto las dos niñas echaron a correr. Cuando alcanzaron a

sus hermanos, las dos iban sin aliento. Al enterarse de la aventura, Ricky anunció que quería volver para ver al oso. Pero en aquel momento apareció la madre, llamándoles, y prohibió a Ricky visitar al oso. Regresaron al hotel a toda prisa y Holly contó a su padre y a un botones, que estaba ayudando a cargar los equipajes en el autocar, la terrible aventura.

—Has tenido una buena y rápida idea, Pam —dijo el señor Hollister, abrazando a su hija mayor.

El botones explicó que, en realidad, aquel oso estaba domesticado, pero que ya había asustado a muchas personas por causa de su enorme apetito.

—Sus dientes golosos le hacen meterse en más de un lío —comentó el botones, riendo.

Los Hollister dijeron adiós a todos los del hotel y entraron en el autocar que, muy pronto, descendía, zigzagueando, por la ladera de la montaña.

—¿Por qué no jugamos? —propuso Sue, que empezaba a aburrirse.

—¿Jugamos a las canciones, papá? —preguntó Pam.

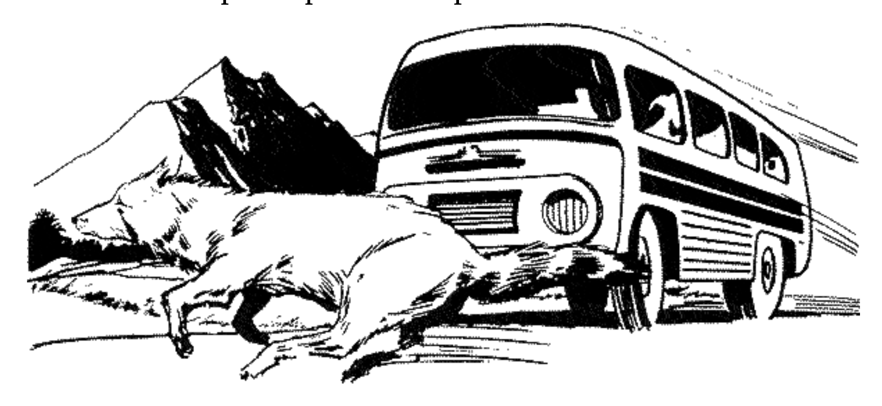
Una vez, durante un viaje, el señor Hollister había ideado aquel juego para entretener a sus hijos. Él silbaba algunas estrofas de una tonadilla y los niños tenían que adivinar de qué canción se trataba.

—Sí, sí, papaíto. Empieza ya —pidió Holly.

El padre sonrió y empezó a tararear una canción conocida.

—Ya sé lo que es —dijo inmediatamente Ricky—. «Un hogar en el campo».

—Exacto. Un punto para ti —repuso el señor Hollister.



En diferentes veces el padre tarareó o silbó estrofas de «Yanqui haragán», «Dixie» y «Barras y Estrellas». Sue, Holly y Pam adivinaron, por turnos, uno de los títulos.

—Yo me he quedado sin jugar, papá —dijo Pete—. Silba otra tonada. Quiero ganar un punto.

Se disponía el señor Hollister a complacer a su hijo cuando, inesperadamente, frenó en seco. Toda la familia se precipitó hacia delante, mientras el vehículo quedaba inmóvil con un agudo chirrido de neumáticos.

—¿Hemos «hacido» un choque? —preguntó Sue, inquieta.

Al mirar por las ventanillas todos comprendieron lo sucedido. Un coyote acababa de atravesarse en el camino del autocar y sólo la rápida reacción del señor Hollister había salvado la vida del animal. El coyote saltó sobre unas matas y desapareció a la carrera.

—¡Qué contenta estoy de que ese perro bajito no se haya hecho daño! —declaró Sue—. Me gustaría que pudiéramos atraparlo.

—Pero a mamá no le gustaría —contestó el padre—. El coyote es igual que un lobo y mata ovejas y aves.

Cuando el vehículo volvió a ponerse en marcha, los niños se entretuvieron con otros juegos. Pete y Pam se esforzaron por recitar los cuarenta y ocho estados de la Unión Americana. Luego Holly y Ricky jugaron a deletrear palabras; ganó Holly cuando Ricky pronunció dos veces «R» en «Enrique». Pero la vez siguiente ganó Ricky en la competición de nombrar el mayor número de fábricas de automóviles.

Recorridos unos cuantos kilómetros, Pete se fijó en un camión, salpicado de barro, aparcado a la derecha de la carretera. Cómo aún estaba a bastante distancia no pudieron ver si dentro estaba o no el conductor.

—Puede que sea algún conductor que se haya quedado sin gasolina —opinó Pam.

Cuando el señor Hollister, que había reducido la marcha, fue aproximándose, del camión bajó un indio que les hizo señas para que se detuvieran. Era un piel roja alto y de aspecto agradable, con el cabello negro ya algo canoso, los pómulos salientes y una simpática sonrisa. Iba vestido con pantalones color caqui y camisa marrón, desabrochada en el escote.

Aún no habían tenido tiempo de decir nada, cuando Holly saltó al suelo y con una alegre risilla preguntó al hombre:

—¿Es usted un indio yumatán?

Y en cuanto el indio les respondió que sí, Holly dijo:

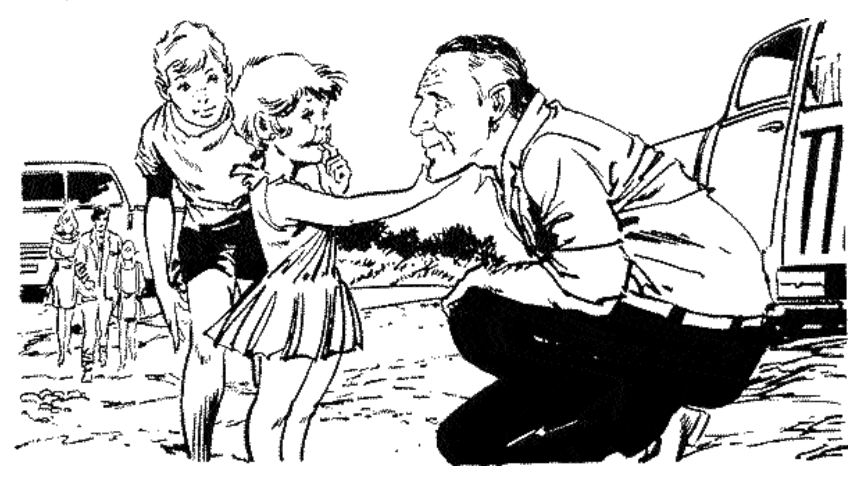
—¿«On segee an»?

Una expresión de absoluta incredulidad apareció en el rostro del indio. En seguida empezó a hablar a toda prisa en lengua tewa, y la pobre Holly tuvo que mover repetidamente la cabecita para que el hombre se diera cuenta de que no le entendía.

Pam, que ya había bajado del autocar, explicó al hombre:

—Sólo conocemos unas pocas palabras en su idioma. Por ejemplo, sabemos decir «Tse-way-n-peh» y «Tse-way-n-tsuwa».

El yumatán quedó más asombrado que nunca.



—¡Pero si son mis nietos!

—Entonces ¿usted es Águila Veloz, el gobernador de los yumatanes? —preguntó con entusiasmo Pam.

Entonces toda la familia estaba ya reunida alrededor del indio y la señora Hollister declaró:

—Es muy extraño. Nosotros traemos una carta de presentación para usted de su sobrino Indy Roades.

—Es que el mundo es muy chiquitín —dijo Sue, repitiendo muy serio una frase oída a los mayores, y haciendo reír al indio.

El señor Hollister presentó a su familia, después de lo cual Águila Veloz leyó la carta de Indy.

—No he visto a mi sobrino desde hace muchísimo tiempo —dijo el gobernador, apoyándose de espaldas en su camión—. Me alegra saber que está bien.

—¿Cómo están Pluma Roja y Pluma Azul? —se interesó en seguida Ricky.

—Bien. Les gustará conoceros —contestó el abuelo de los indios —. Y yo me sentiré encantado de presentarles a mi pueblo, suponiendo que pueda llegar allí.

—¿Tienes usted algún problema, Águila Veloz? —preguntó el señor Hollister.

—Ha ocurrido algo en el motor —repuso el indio—. Quisiera ser mecánico, además de gobernador.

—Permita que yo eche un vistazo.

El señor Hollister examinó el motor, pero no pudo encontrar ninguna avería.

—¿Qué le parece si remolcamos el camión hasta el garaje más cercano? —propuso el señor Hollister.

Águila Veloz aceptó inmediatamente y mientras subía a su camión dijo a Pete y Ricky:

—¿Queréis hacer el viaje conmigo? Puedo contaros historias sobre los yumatanes.

—Muchas gracias. Nos gustará mucho ir con usted —replicó Pete.

Los dos chicos subieron al vehículo y, en cuanto Pete dijo por señas a su padre que estaban preparados, el autocar se puso en marcha, arrastrando lentamente al camión por la carretera.

Durante el trayecto Pete habló a Águila Veloz del rodeo que Pam y él habían presenciado y de la pista que Caballo de Guerra les había dado sobre la desaparecida mina de turquesas.

—¿Sabe usted dónde están las cuevas gemelas? —preguntó Pete.

—No. Y nunca oí decir que hubiera cuevas gemelas que condujeran a la mina.

Águila Veloz añadió que hacía años oyó a alguien mencionar dos cuevas situadas en la ladera de la montaña.

—A lo mejor son ésas las cuevas gemelas —reflexionó el indio—. Tendremos que procurar encontrarlas.

—Si se encuentran habrá que caminar desde allí hacia el este,

como nos dijo Caballo de Guerra —advirtió Pete.

Águila Veloz sonrió al responder:

—Espero que resulte tan fácil como tú lo pintas. No olvides que la mina quedó enterrada bajo toneladas de tierra en el desprendimiento.

—Puede que la entrada no esté enterrada tan profundamente como lo demás —insistió Pete.

Poco antes del mediodía llegaron a un pueblecito con escasos y pequeños edificios. Uno era la central de correos, otro un restaurante y el tercero un garaje. El señor Hollister fue a dejar el camión de Águila Veloz ante el taller de reparaciones. Luego todos salieron de los vehículos.

—Como agradecimiento al gran favor que me han hecho —dijo Águila Veloz a los señores Hollister— quisiera invitarles a comer conmigo.

—Es usted muy amable. Aceptamos de buen grado —dijo la señora Hollister.

Mientras estaban comiendo, Águila Veloz dijo que estaba seguro de que los niños lo pasarían muy bien en Agua Verde y entre la tribu.

—Les diré a mis nietos que van a llegar los «anglos».

—¿Qué quiere decir con «anglos»? —preguntó Pam.

Águila Veloz sonrió.

—He visto que vosotros sois del este. Tendréis que ir aprendiendo las expresiones que empleamos en el suroeste.

Águila Veloz siguió explicando que en aquella región a la gente que no era india o descendiente de españoles se la llamaba «anglos».

—¿De modo que yo soy un «anglo» desde que nací y sin saberlo? —bromeó Pete.

Todos rieron y se divirtieron de verdad durante la comida. Cuando acabaron, el camión de Águila Veloz ya había sido reparado. El indio subió a su vehículo y dijo adiós a los Hollister.

—Nos veremos en Agua Verde. ¡Anúncienme su llegada!

—¡«Segee-de-ho»! —dijeron todos los niños a un tiempo.

—Él llegará mucho antes que nosotros —dijo el señor Hollister a su familia—. He comprobado que este autocar escolar no está hecho

para soportar mucha velocidad.

—¿No llegaremos hoy a ver a los indios? —preguntó Holly.

—Me temo que no —repuso el padre—. No quisiera viajar después que oscurezca. Nos detendremos a última hora de la tarde para pasar la noche en un lugar que he visto anunciado. Está dirigido por mejicanos.

Cuando, hacia las seis de la tarde llegaron allí, los niños declararon que todo se parecía a los dibujos de sus cuentos. Era una casita baja, de adobes, pintada en color naranja, con un jardín en el centro. Este jardín estaba lleno de flores y plantas del desierto. En él había varias sillas, decoradas con alegres dibujos.



En cuanto el señor Hollister hubo cerrado el trato de las habitaciones, la familia entró en un atractivo patio y se sentó a una mesa. El propietario, señor Ortega, que vestía un traje de alegres colores, les dijo que su casa estaba especializada en la carne con salsa chile. ¿Les gustaría probarla?

La señora Hollister no estaba muy segura de que a los niños hubiera de gustarles aquel guiso y pidió raciones pequeñas para que lo probasen.

—La carne con chile —explicó la madre— es carne con judías, sazonada con salsa chile. Esta salsa se hace con pimienta.

Cuando llevaron los platos, Sue fue la primera en llevarse una cucharada a la boca. ¡Qué cara de susto puso la pequeñita! Después de tragarlo a toda prisa, bebió un gran trago de agua y al fin murmuró:

—¡Está hecho con fuego! Pero… pero me parece que es muy

bueno.

Los demás también probaron el guiso, aunque con un poco de recelo, pero después de la segunda cucharada todos encontraron muy apetitosa la carne con chile. También les gustó la sopaipa, una pasta esponjosa y dulce, que se parecía un poco a los buñuelos. La cena terminó con melón español y Holly hubo de declarar que estaba «atiborrada».

—¿Por qué no jugamos al escondite? —propuso.

La niña cerró los ojos y empezó a contar, mientras sus hermanos corrían a buscar escondite. Ricky iba con tal prisa que resbaló y se precipitó hacia un cactus. El pequeño intentó recobrar el equilibrio, pero no lo consiguió y acabó cayendo, sentado, en una planta espinosa.

—¡Huuuy! —gritó el pecosillo—. ¡Este cactus me ha mordido!

¡NO TE DEJES GANAR!



—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó el pequeño, angustiado por el dolor, mientras intentaba levantarse de la punzante planta en que seguía sentado.

Pete y Pam corrieron en su ayuda. Cada uno tomó una mano de Ricky y de un tirón le levantaron.

—¡Canastos! ¡Cómo duele! ¡Estoy lleno de pinchos! —gritaba Ricky, dando saltos de dolor.

Los señores Hollister que, habían oído los gritos del chico llegaron corriendo a su lado. Detrás iba el señor Ortega que también se enteró de la desgracia. Cuando le explicaron todo lo sucedido dijo que, efectivamente, Ricky había sido «mordido» por la planta que se llamaba «cactus mordedor». Inmediatamente, tomó a Ricky de una mano y le llevó hasta un cuarto trasero. Sonriendo a los demás que les habían seguido, dijo:

—El niño saldrá dentro de un momento.

El mejicano cerró la puerta y mientras esperaban, los demás Hollister oyeron dar varios chillidos de dolor a Ricky; sin duda el señor Ortega le estaba arrancando los espinos que se le habían hundido en la carne. Unos minutos después, se abrió la puerta y

Ricky salió. Muy orgulloso, hizo saber a los otros cómo el dueño del hotel le había puesto sobre la región perjudicada por los pinchos una larga tira de esparadrapo, que luego le arrancó de un buen tirón. ¡Con el esparadrapo habían salido todas las púas del cactus!

—Creo que ahora podréis llamarme Ricky «Cactus» —dijo, haciendo un esfuerzo por sonreír.

Le resultaba imposible sentarse cómodamente y acabó yendo a acostarse temprano.

A la mañana siguiente, después del desayuno, todos esperaban en sus puestos, en el autocar, menos la señora Hollister y Ricky «Cactus». Holly oprimió dos veces la bocina para hacerles saber que estaban preparados para marchar.

—Puede que Ricky se encuentre mal —dijo Pam, preocupada.

Estaba a punto de ir al hotel a ver qué sucedía cuando su madre y su hermano aparecieron. La señora Hollister llevaba en una mano una esponjosa almohada. Sin decir una palabra la colocó en el asiento del fondo y Ricky se sentó, tomando grandes precauciones.

—Así ya no me duelen los mordiscos del cactus —dijo, sonriendo a su madre.

Antes de dos horas los Hollister llegaron frente a un letrero donde se leía:

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó Holly—. ¡Casi hemos llegado!

Y muy pronto vieron las primeras casitas bajas, al estilo antiguo español.

—¿De qué están hechas? —preguntó Pam.

—De ladrillos de adobe —contestó la madre—. Son ladrillos de barro cocido al sol.

—¡Canastos! No me gustaría vivir en una casa así —declaró Ricky—. A lo mejor la lluvia deshace las casas.

—Estos ladrillos —explicó el padre— son muy duros y resistentes y hay casas de adobe que tienen cientos de años de existencia.

Cerca de la calle principal vieron un hotel de dos pisos, también de adobe, pintado de fuerte color rosa. Había varios indios sentados frente al hotel, envueltos en mantas de colorines. En cuanto el señor Hollister detuvo el autocar, los indios se pusieron en pie y se acercaron a ofrecer infinidad de chucherías que llevaban en los

bolsillos para vender a los turistas.

El señor Hollister movió negativamente la cabeza, diciendo que esperaba pasar allí varios días y que compraría recuerdos de aquella tierra en otro momento. En seguida entró en el hotel para alquilar habitaciones.

—Podemos darles tres hermosas habitaciones que dan a la montaña —ofreció el recepcionista hispanoamericano.

Dos muchachos de piel olivácea entraron el equipaje de los Hollister. Cuando acompañaron a los recién llegados al ascensor, uno de los botones preguntó qué les había sucedido a los demás niños. Los Hollister quedaron atónitos.

—Me refiero a los demás niños de vuestra escuela —explicó el botones.

—¡Ah! —contestó Pam, riendo. Y luego explicó que ellos no llegaban con ningún colegio, sino que habían alquilado el autocar para hacer el viaje con sus padres.

—Comprendo —repuso él botones—. Es que aquí llegan muy a menudo autocares cargados de niños que vienen a conocer esta tierra. La verdad es que a visitar esto viene gente en toda clase de vehículos, y muchas veces se quedan a pasar la noche en el mismo coche.

Los dos muchachos acababan de bajar al vestíbulo cuando alguien llamó a la puerta de Pam. Al abrir, la niña se encontró frente a un niño y una niña indios.

—Somos Pluma Roja y Pluma Azul —explicó la niña—. Yo soy Pluma Azul. Nos envía nuestro abuelo para que os conozcamos.

—Hola —saludó Pam—. Habéis sido muy amables viniendo. Voy a llamar a mi familia.

¡Qué simpáticos eran los niños indios!, pensó Pam, mientras les presentaba. También a los demás Hollister les agradaron en seguida los dos hermanos. Pluma Roja hizo saber que a él y a su hermana les gustaría mostrar la población de Agua Verde a los niños Hollister.

—¿Les dejan ustedes salir? —preguntó Pluma Azul a los señores Hollister.

—Sí, y muchas gracias —dijo la señora Hollister—. Pero debéis estar de regreso para la hora de comer.

Los siete niños salieron a toda prisa. Al llegar al centro de la ciudad los pequeños indios se detuvieron y los cinco visitantes quedaron mirándolo todo con admiración.

—Es igual que el «arquiris» —declaró Sue, sorprendiéndose ante tanto colorido.

Por todas partes se veían relucir cosas doradas, rojas, azules, marrones y blancas, que eran los colores de que estaban pintados los mil objetos que se exhibían en las tiendecitas de la plaza Mayor. Mujeres indias, sentadas en el suelo, vendían cacharros de alfarería de preciosos colores y collares hechos de judías secas.



—¿Vosotros comprar cosas lindas? —iban preguntando, una tras otra, esperanzadas.

—No —repuso Pluma Azul en nombre de los Hollister. Pero un momento después, se acercaba a una mujer joven y guapa para pedirle:

—¿Quieres enseñarles tu jarra de agua?

De debajo de una preciosa manta roja y gris la india sacó una jarra de color rojizo con dos pitorros.

—Ser jarra de boda —explicó—. Marido beber por un lado,

esposa beber por el otro.

—¡Qué interesante! —murmuró Pam, muy admirada.

De repente, la niña tuvo una idea. Sus padres celebrarían pronto el aniversario de boda. ¡Cuánto les gustaría recibir un regalo de sus hijos!

—¿Lo vende usted? —preguntó Pam, explicando luego lo que acababa de ocurrírsele.

La mujer miró a Pluma Azul que le dijo algo en lengua tewa. En seguida la india tendió la jarra a Pam, con una amplia sonrisa.

—Yo regalarte esto. Tú buena amiga gobernador. Yo buena amiga de ti.

Pam quedó un poco azorada, pero Pluma Azul le dijo que debía aceptar la jarra, si no quería herir los sentimientos de la mujer, despreciando el regalo. Por lo tanto, Pam lo tomó y lo colocó bajo el brazo.

—Ahora será mejor que nos vayamos para que podáis ver las carreras —dijo la niña india.

—Son infantiles —aclaró Pluma Roja—. ¿Os gustaría participar en ellas?

—Ya lo creo —asintió Pete—. Pero ¿crees que será posible?

—Naturalmente.

Todos se encaminaron a un extremo de la plaza donde se habían reunido varios niños y niñas indios e hispano-americanos. Pluma Roja habló con el encargado de dirigir las carreras para hacer participar en ellas a los niños Hollister.

—Sólo los dos mayores —contestó el hombre—. Ninguno que tenga menos de diez años puede correr aquí.

—Va a ser divertido —dijo Pete a Pam—. Pero no creo que podamos ganar a los niños.

—Hay que intentarlo —repuso la niña—. Ya sabes que, en la escuela, tú eres el más rápido de tu clase, Pete.

La primera carrera iba a ser del siguiente modo: cada niña debía dar dos vueltas a la plaza, tocar entonces la mano de su compañero de carrera y éste saldría corriendo y daría tres vueltas a la plaza. Cuando el hombre dio la señal se pusieron en fila. Luego el hombre gritó:



—¡Ya!

Pam echó a correr con las demás niñas. Dieron una vuelta a la plaza. Pam fue quedándose atrás. En la segunda vuelta aún había perdido más terreno. Cuando tocó la mano de Pete, el chico empezó a correr con toda la rapidez de sus piernas y fue aproximándose a los corredores indios.

—¡Eso es, Pete! —gritó Ricky, alentador.

—¡Puedes vencerles! —añadió Holly, entre saltitos nerviosos.

Pero, mientras daban la quinta vuelta, Pete comprendió que no podía competir con los rapidísimos muchachitos nativos. Cuando cruzaron la línea final… ¡Pluma Roja lo hizo primero y Pete el último! De todos modos, el indio le dijo que lo había hecho muy bien.

—Ahora celebraremos una carrera corta —anunció el hombre—. Una sola vuelta alrededor de la plaza. Las niñas saldrán primero y a medio trayecto tocarán la mano de sus compañeros, que acabarán la carrera.

Hizo situar a los niños a un lado de la plaza y al otro opuesto se colocaron las niñas.

—¡Pete, Pam! ¡A ver si ganáis ésta! —gritó Ricky.

Cuando el hombre gritó «¡Ya!», Pam se lanzó a la carrera con la rapidez de una gacela. Dos niñas indias y una bonita hispanoamericana la seguían de cerca, pero Pam pudo mantenerse en su puesto, y en cuanto rozó la mano de Pete, éste salió como disparado.

Todo el mundo daba gritos de aliento, unos a los indios, otros a los habitantes de la población y otros a los Hollister. Esta vez Pete llevaba una ventaja de unos seis palmos, pero Pluma Roja le estaba dando alcance.

—¡Ahora sí puedes ganar, Pete! —gritó sonoramente Holly—. ¡No dejes que te adelanten!

Con un esfuerzo final Pete cruzó el primero la meta, mientras los espectadores gritaban «vivas» a él y a Pam.

—Me alegro de que hayas ganado —aseguró Pluma Roja—. Además, os darán premios y eso os ayudará a recordarnos siempre.

El jefe de los juegos regaló a cada ganador unos mocasines. Los de Pam llevaban un lindo dibujo bordado en piedras.

—Son preciosas —dijo la niña, añadiendo—: Ahora será mejor que volvamos al hotel. Es la hora de comer. Me ha gustado mucho todo esto y deseo volver a verte pronto —concluyó, pasando un brazo por los hombros de Pluma Azul.

—No dejéis de ir a nuestro pueblo mañana —invitó Pluma Roja a todos los hermanos Hollister—. Se hará una gran celebración.

—Muchas gracias. Iremos —prometió Pete.

Los Hollister regresaron al hotel y comieron con sus padres. Mientras estaban en la mesa, Pam entregó a sus padres la curiosa jarra, explicándoles lo que era.

—No quería dárosla tan pronto. Pero se me puede romper si la guardo hasta el día del aniversario.

—Es un recuerdo encantador —aseguró la madre—. Muchas gracias a todos.

Cuando todos hubieron descansado una hora, el señor Hollister dijo que iban a ir en el autocar a «El Chaparral» de Juan Ciervo, para ver qué artículos convenía adquirir.

—Tengo tantas ganas de verlos que casi no puedo esperarme —hizo saber Holly—. Papá, ¿crees que podré comprarme una cosa hecha por los indios?

—¿Qué, por ejemplo? —preguntó, sonriendo, el padre.

—¿Te parece bien una pulsera?

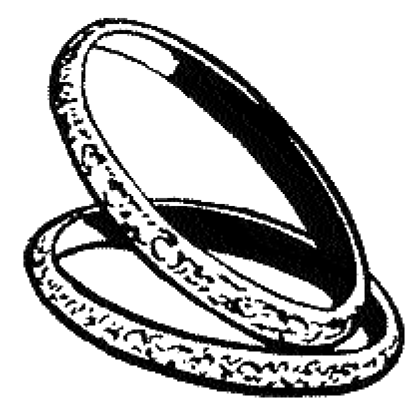
—Me parece muy bien. Creo que cada uno de vosotros podrá elegir una cosa. Y mamá también.

A las tres de la tarde llegó el autocar a la puerta del hotel y toda

la familia se instaló para ir al almacén de Juan Ciervo. La tienda estaba en una carretera muy poco transitada ahora, porque se había abierto una doble vía más amplia. Cuando se acercaban al edificio de adobes, los Hollister vieron aparcado ante la entrada un coche de la policía. Al detenerse el autocar de los Hollister, un policía de Nuevo Méjico salió de la tienda y se acercó a hablar con el padre.

—Supongo que venían ustedes a hacer alguna compra —dijo el oficial—. Lo lamento, pero no queda nada por vender. La tienda quedó literalmente barrida anoche. ¡Se ha cometido un robo!

LOS BRAZALETES DE PLATA



Los Hollister casi no podían creer lo que el policía acababa de decirles. Haber hecho un viaje tan largo para comprar las existencias de «El Chaparral» y… ¡encontrarse con que todo había sido robado!…

—De todos modos, quisiera hablar con Juan Ciervo —dijo el señor Hollister al policía.

Entró en la tienda y su familia le siguió. ¡Qué aspecto tan triste tenía la tienda! En las estanterías no quedaba nada más que alguna hoja de papel y unas cintas. Los ladrones se lo habían llevado todo.

Pero lo que producía más pena al entrar en la tienda era el pobre Juan Ciervo. El viejo indio se encontraba en el centro de su tienda, con la cabeza inclinada. Al ver a los Hollister levantó la vista, interrogadoramente.

—Lamentamos mucho lo sucedido, señor Ciervo —dijo el señor Hollister, después de presentarse a sí mismo y a su familia—. ¿Cómo ocurrió?

El indio se puso más triste todavía.

—Tienda arreglada preciosa para Hollister —murmuró, lastimero—. Y entonces, todas cosas indias robadas por hombre

malo. Policía creer que él vino en camión a medianoche.

—Sí. Eso suponemos —dijo el oficial—. Ahora debo ir a informar al cuartelillo, Juan.

Y, tras salir de la tienda, el policía subió a su coche y se alejó.

—Nosotros le ayudaremos a encontrar sus cosas, señor Ciervo —dijo Holly, compadecida del viejecito.

El indio movió tristemente la cabeza, respondiendo:

—Si ladrón tener camión, estar a muchas, muchas millas de aquí ahora.

—Es muy lamentable —intervino la señora Hollister con dulzura—. Indy nos habló de los bellos artículos que tenía usted.

—Indy escribir a mí sobre Hollister —explicó el indio, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Él decir palabras bonitas. Ayer un hombre venir aquí. Decir que él comprar todo. Pero yo contestar que esperar por Hollister. Ahora pobre Juan Ciervo no tener nada.

Los niños quedaron emocionados al comprender que el indio había querido mantener su palabra y conservarlo todo para que los Hollister lo vieran. ¿Quién habría sido la persona de mal corazón que le robó cuanto tenía?

—Nosotros hemos resuelto muchos misterios en Shoreham —explicó Holly muy seria. Y dirigiéndose a sus hermanos, propuso—: Hay que buscar pistas en seguida.

—Tenemos que saber qué es lo que le ha desaparecido, señor Ciervo —dijo Ricky.

El indio sacó del bolsillo una hoja de papel en la que había escrito una nota de todo lo robado.

—¡Cielo santo! —exclamó la señora Hollister, mientras le oía leer la larga lista.

En la lista se incluían muchos objetos de plata y turquesas, alfarería, jarrones, familias enteras de muñecos indios, mocasines, vestidos y alfombras. Acababa Juan Ciervo de guardarse otra vez la lista en el bolsillo, cuando Holly llegó corriendo junto a él.

—He encontrado una cosa —anunció, sin aliento—. Aunque está rota, puede ser una pista.

La niña sostenía en alto la mitad de una tarjeta de visita, en la que todo lo que se leía impreso eran las letras «oss».

El viejo indio acarició, cariñoso, la cabecita de Holly, y dijo que

tal vez la policía considerase aquello una buena pista. A él no le indicaba nada.

El señor Hollister cogió el pedazo de cartulina y lo miró detenidamente. Al fin, preguntó:

—Juan Ciervo, ¿no conoce usted a nadie cuyo apellido acabe en «oss»?

Mientras el dueño de la tienda sacudía negativamente la cabeza, Ricky entró corriendo. Había estado investigando en la entrada y también él había encontrado un trozo de tarjeta.

—¡Estaba cerca de la carretera! —exclamó.

El padre comprobó que los dos trozos de cartulina encajaban perfectamente y en ellos se leía ahora: Dredmon Gross.

Juan Ciervo se llevó un dedo a la frente, exclamando:

—¡Sí! Claro. El señor Gross fue el hombre que vino ayer a visitarme para comprar todo el contenido del almacén.

—Puede que luego volviera y le robase todo —apuntó Pete.

En aquel momento, se oyó el motor de un vehículo que llegaba por la carretera.

—Si es la policía, le enseñaremos la tarjeta —dijo Pam.

Pero, cuando salieron a la puerta, los niños comprobaron que no era un coche de la policía lo que acababa de detenerse, sino un gran camión con una lona marrón como techumbre. Del camión bajó un hombre bajo y delgado. Tenía la cara larga y la nariz algo torcida y apenas movió la boca cuando dijo a Pete:

—¿Por casualidad sois vosotros los Hollister?

—Sí, señor. ¿Es que nos conoce usted?

—No, pero vuestro padre me estropeó la oportunidad de adquirir los artículos de «El Chaparral».

—¡Ah! ¿Entonces es usted el señor Gross? —preguntó Pam.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Se le cayó anoche aquí una tarjeta de visita? —se apresuró a inquirir Ricky.

—¡Claro que no! ¿Adónde queréis ir a parar?

—Es que anoche robaron las cosas de la tienda —hizo saber Holly.

El señor Gross puso una expresión furibunda.

—¿Y estáis dando a entender que yo soy el ladrón?

Nadie le dio respuesta y el hombre siguió vociferando:

—Si habéis encontrado aquí una tarjeta mía, se me caería ayer, cuando visité al señor Ciervo. Bueno. Si no ha quedado nada, más valdrá que me vaya a comprar a otra tienda.

—¿Y cómo sabe usted que lo han robado todo? —preguntó, sagazmente, Pete.

La cara del señor Gross se puso tan encarnada como un pimiento morrón. Mascullando palabras incomprensibles, el hombre se encaminó a la tienda.

—Seguro que va a quejarse a papá sobre nosotros —dijo Pete, malhumorado.

—¿Te has fijado en el camión? —contestó Ricky—. Es un buen vehículo. ¿Entramos a verlo por dentro?

El inquieto Ricky trepó al camión y asomó la naricilla por una rendija de la lona. Pete le imitó. Dentro vieron una colchoneta, una pequeña cómoda y varias maletas.

—Debe de ser que el señor Gross duerme aquí —reflexionó el menor de los chicos.

Viendo a su hermano saltar al interior, Sue anunció que también ella quería entrar. Pete la subió en vilo y la pequeña entró tranquilamente.

—¡Oh, si es igual que un dormitorio! —dijo, entusiasmada, la pequeñita—. «Guguemos» a las casitas, Ricky.

—Muy bien. ¿A qué clase de «casitas»?

—Éramos señores que íbamos de viaje. Se ha «hacido» de noche. Yo me meteré en la cama y…

Ya se disponía la niña a meterse entre las mantas, cuando Pam asomó la cabeza para advertir:

—Será mejor que bajéis. El señor Gross…

En aquel mismo momento el hombre salió de «El Chaparral», tan furioso como si estuviera dispuesto a comerse a alguien.

—¡Fuera de mi camión! —ordenó a los niños, con gritos tan terribles que parecían aullidos.

Ricky saltó inmediatamente, pero Sue quedó tan asustada que no se atrevió a moverse.

—Yo te ayudaré —le dijo Pam, en un susurro.

Sue extendió fuera del camión sus bracitos gordezuelos, pero

antes de que Pam hubiera podido atraparla, el señor Gross la aferró entre sus manos y muy bruscamente, la dejó en el suelo.

—¡No seas tan malo! —se atrevió a murmurar la chiquitina, escalofriada.

El alboroto atrajo a Juan Ciervo y a los señores Hollister, que salieron precipitadamente de la tienda.

—¡Les agradeceré que, en adelante, mantengan a sus críos alejados de mi camión! —gritó el señor Gross.

Con muy malos modos se sentó ante el volante, cerró la puerta violentamente y se alejó a toda velocidad. Pete se quedó mirando al camión con el ceño fruncido.

—Papá, no creo que sea verdad que perdió la tarjeta como dice —declaró el muchachito, mientras el camión se perdía tras una nube de polvo.

—Ese hombre puede ser absolutamente inocente —dijo el señor Hollister—. De todos modos, Juan Ciervo informará de todo a la policía.

—En fin, seguramente ésta es la última vez que sabemos algo de este hombre, y confieso que no voy a lamentarlo —declaró la madre.

Mientras los Hollister se encaminaban al autocar, Juan Ciervo volvió a hablar de lo mucho que sentía haberles desilusionado.

—Yo procurar adquirirle algunos objetos para el «Centro Comercial». Así viaje no ser del todo perdido.

De repente el indio se subió la manga que cubría su brazo derecho y dejó a la vista dos brazaletes de plata con incrustaciones de turquesas. Dirigiéndose a la señora Hollister, dijo:

—Juan Ciervo no tener ya nada que regalar, más que estos dos recuerdos para niñas mayores. ¿Dejar que Juan Ciervo ponga en sus brazos?

—¡Es usted muy amable! —agradeció la señora Hollister—. Pero no debe…

El viejo indio sonrió mientras deslizaba las pulseras en los brazos de Pam y Holly.

—Ser muy grandes, pero poder hacerse más pequeñas. Juan Ciervo estar triste por largo viaje con mal final. Esto tranquilizarme un poco.

—Entonces, le aceptamos el regalo. Muchas gracias —dijo la señora Hollister.

Las dos niñas miraron muy complacidas las bonitas pulseras y, cada una dio un beso al amable viejecito indio.



—Cuidaremos bien sus brazaletes —prometió Pam, mientras subían al autocar.

Se despidieron y el autocar se puso en marcha; durante el viaje de regreso a Agua Verde no hablaron de otra cosa más que del pobre viejo indio y del robo. El señor Hollister aparcó y todos entraron en el hotel. Águila Veloz, que les había estado esperando, se levantó del sofá del fondo.

—Me alegro de volver a verles —dijo—. Y espero que se hayan divertido.

El señor Hollister le habló del robo que se había cometido la pasada noche y Águila Veloz, muy impresionado, dijo que confiaba en que la policía atrapase pronto al ladrón. Siguieron hablando y al cabo de un rato el indio invitó a la familia a que visitase su pueblo.

—¿No les gustaría ir a presenciar una verdadera danza india del maíz, mañana por la tarde?

—¡Qué bien! —palmoteo Sue—. Oye, ¿es que el maíz baila como las palomitas en el fuego?

Riendo a carcajadas Águila Veloz explicó que la danza del maíz era una plegaria para implorar que hubiera buena cosecha de maíz.

—Sé que les gustará —añadió el gobernador—. Para nuestro pueblo tiene un gran significado. No hemos tenido apenas lluvia este verano y nuestro maíz está necesitado de agua.

Luego Águila Veloz se despidió, diciendo que debía volver al pueblo. Pam, Holly y Ricky se encaminaron, entonces, al ascensor. Desde el momento de su llegada, Ricky había estado siempre buscando una oportunidad de hacer las veces de botones, llevando a sus hermanos en el ascensor como clientes.

Se acercaban los niños allí cuando vieron al señor Gross, detrás de un tiesto con una palmera, hablando con otro hombre, ancho y muy moreno.

—Te daré el dinero después, Rattler —estaba diciendo el señor Gross.

En aquel momento levantó la cabeza y vio a los niños. Ellos temieron que fuera a enfrentarse con ellos, pero, por el contrario, el señor Gross miró a su amigo de reojo y salió rápidamente a la calle.

—¿De qué estaría hablando el señor Gross? —susurró Holly, mientras entraba en el ascensor con sus dos hermanos.

—¡Chiss! —ordenó Ricky—. Ahí viene el otro hombre.

Rattler entró con ellos en el ascensor, oprimió el botón y la puerta quedó cerrada. Cuando el ascensor empezó a subir, se volvió a las niñas con ojos llameantes y preguntó:

—¿De dónde habéis sacado esas pulseras?

—Juan Ciervo nos las ha regalado —contestó Holly.

Durante los segundos que transcurrieron hasta que el ascensor llegó al segundo piso, el hombre estuvo mirando fijamente las pulseras de plata y turquesas que adornaban los brazos de Pam y Holly. La mayor de las niñas empezaba a sentir miedo.

«¿Por qué mirará los brazaletes de ese modo?», se preguntó.

El hombre estaba tan interesado contemplando los dos adornos de las niñas que apenas se dio cuenta de que el ascensor se detenía y la puerta se abría suavemente. Pam se acercó más a sus hermanos, tranquilizada al pensar que iban ya a separarse de aquel extraño hombre.

Mientras los Hollister y Rattler salían del ascensor, la pulsera de Pam resbaló por la muñeca de la niña y cayó al suelo. El hombre se apresuró a agacharse, para recogerla. Pero, en lugar de devolvérsela

a la niña, echó a correr con la pieza de plata en sus manos.

—¡Espere! —gritó Pam.

LA DANZA DEL MAÍZ



—¡Espere! ¡Espere! —gritaron los niños, corriendo tras el ladrón.

Pero el hombre avanzaba a grandes zancadas y llegó a las escaleras mucho antes que los tres Hollister. Bajó los peldaños a toda prisa, giró velozmente hacia la puerta, una vez atajo, y salió como un rayo del hotel.

—¡Oooh! —se lamentó Pam—. ¡Mi precioso brazalete!

—Hay que decírselo a papá ahora mismo —decidió Ricky.

Encontraron a sus padres en la sala, hablando con el director del hotel. Cuando Pam, entre lágrimas, contó lo ocurrido, la señora Hollister exclamó:

—¡Qué horror! ¡Hay que hacer algo en seguida!

El director cogió el auricular del teléfono y llamó a la policía. Al poco se presentó un policía de la localidad. Al ver a los Hollister les sonrió; era el mismo policía que habían visto al llegar a «El Chaparral». Después de presentarse como el oficial Martínez, preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Otro robo?

Los niños le contaron todos los detalles del hurto y le describieron al hombre a quien el señor Gross había llamado

Rattler.

—Creo que ya sé quién es —afirmó el oficial Martínez—. Se trata de un hombre que vive en las afueras de la ciudad, en las montañas. No trabaja mucho y a veces viene por aquí y comete pequeños hurtos.

—Por favor búsquele y devuélvame mi pulsera —suplicó Pam.

Pam se sentía tan triste por la pérdida del brazalete que estuvo pensando en ello hasta el día siguiente. Pero cuando, a las doce y media, toda la familia se dispuso a emprender el viaje para presenciar la Danza del Maíz, la niña olvidó su disgusto.

El camino que llevaba hasta el poblado indio corría en la misma dirección que un río zigzagueante, abriéndose paso entre elevaciones rocosas. El poblado ocupaba un prado muy llano, rodeado de montañas. Por todas partes se veían sembrados de maíz indio en plena maduración. La entrada al poblado quedaba protegida por un alto paredón de adobes.

Allí salieron a recibir a los Hollister Águila Veloz y sus nietos. En el hombro de Pluma Azul se había posado una paloma blanca a quien la niña hizo marchar, mientras su abuelo saludaba a los Hollister.

—¡Bien venidos a la tierra de los yumatanes! —dijo el gobernador, sonriendo—. Nosotros vivimos con mucha sencillez, pero espero que les agrade lo que vamos a mostrarles.

Volviéndose a los niños indios, añadió:

—Vosotros Pluma Roja y Pluma Azul, ¿queréis atender a vuestros nuevos amiguitos? Yo mostraré al señor y la señora Hollister nuestro pueblo.



La señora Hollister creyó más conveniente que Sue se quedase con ella, pero los otros cuatro se alejaron con los dos hermanos indios. Pam habló con su amiga india de la paloma blanca y Pluma Azul le explicó que la había encontrado en los bosques y la amaestró para que viviera con ellos como un animal doméstico.

—Se llama «Blanca» —dijo, mientras conducía a los Hollister al interior del paredón.

Ante ellos y formando una amplia plaza vieron los niños muchos edificios cuadrados y pequeños, y algunos redondeados, hechos de adobe. Muy pronto llegaron ante una casa con la puerta verde.

—Aquí es donde vivimos nosotros. Entrad, entrad —invitó Pluma Azul.

La sala tenía pocos muebles, pero no le faltaban los más cómodos y necesarios. En el centro del suelo de tierra había una alfombra india de alegres colores. Cerca de la puerta, una mesa y tres sillas: una repisa hecha de adobe ocupaba dos paredes de la estancia, y en el fondo, en una chimenea baja, ardía un fuego encendido con madera de pino.

—¡Oh! ¡Qué buen olor! —exclamó Pam, olfateando el aroma que se extendía por toda la sala.

Ricky no hizo el menor caso a la chimenea, porque estaba muy interesado en la contemplación de las paredes. En una había varios pernos de los que colgaban adornos de abalorios y collares de madreperla. En otra pared podía verse un bastón negro con puño de plata.

—¿Acaso Águila Veloz pasea alguna vez con bastón? —indagó Ricky, acercándose a examinar más de cerca el utensilio.

Pluma Azul sacudió enérgicamente la cabeza.

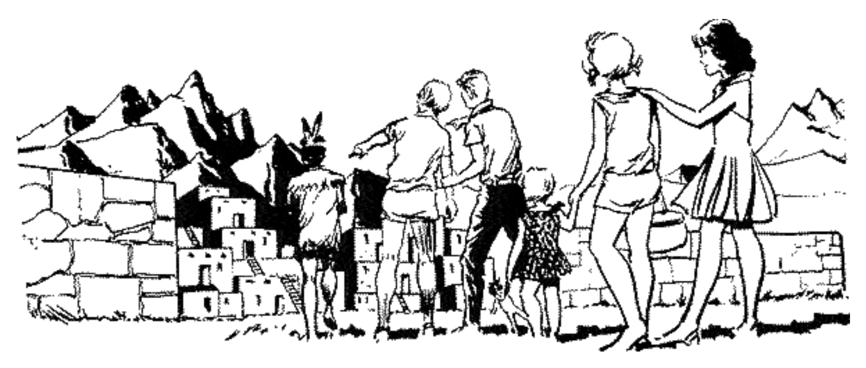
—No, no. Ese bastón es demasiado importante para estropearlo. Va pasando de un gobernador a otro y nunca se usa.

—¿Por qué? —preguntó Holly con su voz cantarina.

—Leed lo que dice en la cabeza —indicó el niño indio, rebosante de orgullo.

Pam se acercó y pudo leer:

«De Abraham Lincoln para el gobernador del pueblo de los yumatanes».



Pete quedó sin aliento. Pasado unos momentos pudo preguntar:

—¿Es del presidente Lincoln?

—Sí —contestó Pluma Azul—. Cuando Abraham Lincoln era presidente invitó a todos los gobernantes indios a visitarle en Washington y les obsequió con bastones.

Después que todos los Hollister hubieron contemplado detenidamente el apreciado y antiguo bastón, Pete preguntó a Pluma Azul si hacían las comidas en la chimenea.

—Sí. Y también las hacemos al aire libre. Venid que os lo enseñaré.

La niña abrió la marcha, y todos la siguieron hasta lo que parecía un iglú de color oscuro.

—Éste es nuestro horno —explicó la niña india—. Lo compartimos con otras familias para cocer el pan y tostar el maíz.

Los hermanos indios condujeron a los Hollister a través de la plaza hasta una elevación rocosa, escalonada, que daba a la parte

posterior de la reserva. Se habían abierto muchas cuevas en la pared rocosa, a lo alto de la cual sólo podía llegarse utilizando una escalera de mano.

—Éstas son viejas viviendas en ruinas —explicó Pluma Roja—. Nuestros antepasados vivían en estas cuevas.

El muchachito empezó a subir las escaleras hasta el primer repecho de la roca. Los otros le siguieron. Cuando se encontraron en el saliente rocoso los Hollister miraron a su alrededor. Muy abajo vieron a sus padres con Sue y Águila Veloz y les saludaron alegremente con la mano.

—¿Podemos subir más arriba? —preguntó Pete.

—Sí. Vamos —repuso Pluma Azul.

La niña india fue la primera en empezar a subir por otra escalera que llevaba al segundo repecho.

—¡Aquí están las cuevas! —gritó Ricky—. Me gustaría vivir en ésta tan grandísima.

La cueva, abierta en una roca porosa, era de la medida de una de las habitaciones más pequeñas de casa de los Hollister. El suelo era de arcilla y las paredes y el techo estaban ennegrecidos por el humo de las hogueras.

—Nuestros antecesores vivían muy sencillamente —explicó Pluma Azul—. Guisaban a la entrada de la cueva y dormían en el suelo, tapados con mantas. Todo el agua que necesitaban tenían que transportarla desde el río que está en el valle.

Después que los niños exploraron el lugar durante un rato, Pete se fijó en un grupo de niños indios que, abajo, practicaban con el arco y las flechas.

—Indy nos dijo que aquí podríamos aprender a tirar con el arco —dijo Pete a Pluma Roja.

El muchachito indio sonrió al contestar:

—Te enseñaremos, si quieres.

Él y su hermana bajaron con los Hollister hasta el lugar en que los niños yumatanes estaban practicando.

—¡Qué diana tan rara! —se extrañó Holly, al ver la pieza de madera a la que los niños apuntaban.

Tres muchachitos indios se encontraban a unos ocho metros de aquel blanco, turnándose para disparar. No erraban el blanco ni una

sola vez.

Mientras los niños corrían a arrancar las flechas de madera, Pluma Roja les habló en lengua tewa. Como contestación, los pequeños arqueros sonrieron y ofrecieron a los Hollister sus arcos y flechas.



La primera flecha de Pete fue a parar muy lejos del blanco. Lo mismo ocurrió con la segunda y la tercera. Ricky no tuvo mejor suerte.

—Dejadme probar —pidió Pam.

Varias niñas indias que se encontraban cerca contuvieron la risa. Pluma Azul se apresuró a explicar el motivo.

—No han visto nunca disparar a una chica. Las niñas yumatanes nunca tocan un arco. Consideramos que es un juego de chicos.

—¡Pues es muy divertido! —aseguró Pam, tendiendo un arco a su amiga india.

Pero Pluma Azul lo rechazó, sonriendo. Pam y Holly probaron una y otra vez, pero no consiguieron acertar ni una sola.

—Sí. También empiezo a creer que es un juego de chicos —confesó Pam, con un suspiro, cuando ella y Holly se dieron por vencidas.

—Pues nosotros necesitamos practicar mucho para llegar a tirar como los indios —declaró Pete, cuando concluyeron las pruebas.

Pluma Roja y Pluma Azul volvieron con los niños visitantes a donde aguardaban los señores Hollister, Sue y el gobernador indio.

—Ahora mis nietos y yo tendremos que dejarles —dijo Águila Veloz—. Vamos a vestirnos para la ceremonia de la Danza del Maíz. Empezará en el kiva.

El hombre señalaba un circular y sencillo edificio de adobes, situado en el centro de la plaza. Desde un orificio abierto en la parte alta salía una escalerilla.

—¿Qué es el kiva? —quiso saber Holly.

Con aire solemne Águila Veloz repuso que el kiva era el centro religioso de la vida del poblado.

Después subió los escalones del edificio redondo con Pluma Roja y Pluma Azul y los tres desaparecieron. A medida que otros indios iban entrando en el kiva, muchos visitantes españoles y «anglos» se iban alineando a ambos lados de la plaza para presenciar la ceremonia.

—¡Escuchad! —dijo, de pronto, Pete—. ¡He oído tambores!

El sonido apagado de resonar de tambores salía misterioso, del interior del kiva.

—¡Ya vienen! —susurró Pam, emocionadísima.

Un hombre con una larga vara, decorada con plumas y una bandera bordada en el extremo más alto, apareció en la escalerilla, seguido por un séquito cantor de indios ataviados con las ropas de valientes guerreros. Todas las prendas eran de color blanco, rojo o verde y de todos los cuellos pendían adornos de abalorios y coral. Todos los pantalones eran de percal estampado en mil colores.

—¡Oooh! —se asombró Holly—. ¡Los hombres llevan pendientes!

Cuando los cantores llegaron a tierra, empezaron a aparecer los tamboriles. A continuación, los bailarines, formando dos largas filas, en las que se alternaban hombres y mujeres. Detrás de todos iban niños y niñas, colocados en fila por orden de estatura.

—Esos chiquitines del final de la fila no tendrán más de dos años —calculó la señora Hollister.

Nunca habían visto los Hollister trajes tan alegres y lindos como aquéllos; los hombres llevaban penachos bordados, rabos de zorro a la espalda, mocasines y aros de piel alrededor de las piernas. El cabello largo les caía sobre los hombros y en las manos llevaban calabazas y hojas de siempreviva.

Los vestidos de las mujeres eran negros, abrochados sobre un hombro y ajustados a la cintura con un cinturón trenzado. También ellas lucían bonitos collares y otros adornos y en las manos llevaban ramas de pino. Pero lo que más extrañó a los Hollister fueron los peinados de las mujeres. Llevaban el cabello suelto y en la parte alta de la cabeza se habían colocado unos adornos de madera, pintados en color turquesa, formando coronas.

—¿Verdad que están encantadoras? —comentó la señora Hollister.

Cuando los tambores redoblaron con fuerza los indios empezaron a bailar. Se doblaban hacia delante y se erguían, siguiendo perfectamente el ritmo que marcaban los tambores. Luego formaron círculos y a continuación danzaron en dirección norte, luego hacia el este, después al sur y por último al oeste, suplicando que llegase la lluvia de los cuatro puntos cardinales para que su maíz creciese.

—No veo ni a Pluma Azul, ni a Pluma Roja —dijo Pam, extrañada—. ¿Por qué no bailarán?

La respuesta a aquello la obtuvo Pam poco después, cuando los bailarines indios retrocedieron hasta el kiva y otro grupo les sustituyó. En este grupo estaba Pluma Roja y Pluma Azul.

Y, de pronto, los Hollister quedaron asombrados. Dos pesadas siluetas salieron del kiva y corrieron entre los danzarines. Llevaban el cuerpo pintado de negro, con varias salpicaduras blancas, en forma de rayas y notas musicales. Llevaban el pelo recogido en varios moñitos, cada uno de ellos adornado con plumas y trozos de panocha de maíz. Colgando de la cintura, por delante y por detrás, les cubrían una especie de delantalitos blancos, que ondeaban a uno y otro lado, mientras las dos estrafalarias siluetas hacían mil piruetas.

—¡Canastos! Un fantasma así quiero ser yo en la función del colegio —declaró Ricky, admirado—. ¿Quiénes son, papá?

El señor Hollister le explicó que Águila Veloz ya le había hablado de aquellos hombres extraños. Les llamaban Koshari y fingían llegar del mundo de los espíritus para asustar a los bailarines.

Después de haber bailado un largo rato, los indios empezaron a

retroceder hacia el kiva. Holly había estado contemplándolo todo tan atentamente que ni siquiera se volvió cuando sintió que una mano se posaba en su brazo izquierdo.

—Di, Pete —murmuró vagamente, sabiendo que su hermano estaba junto a ella.

Pero, al no recibir respuesta, la niña volvió la cabeza. Su hermano ni siquiera la miraba. Entonces Holly bajó rápidamente la vista hasta su muñeca. ¡La pulsera de plata y turquesas había desaparecido! Asustadísima dio a Pete un codazo y susurró:

—¡Me han robado el brazalete! ¡Acaban de quitármelo del brazo! ¡Ayúdame a buscar al ladrón!

Los dos niños se separaron del grupo y miraron a su alrededor. De repente, Holly extendió una mano para señalar algo.

—¡Mira a aquel hombre que trepa por la escalera de la montaña! Se parece a Rattler. ¡Sí! ¡Seguro que es él!

—¡Vamos a detenerle! —dijo Pete a media voz.

UNA EXTRAÑA HISTORIA



—¿Cómo le alcanzaremos? —preguntó Holly, viendo que el hombre subía y subía con toda rapidez.

El muchachito no quería estorbar la ceremonia pidiendo ayuda, y sus padres se hallaban a varios metros de allí. Cuando los dos hermanos llegasen a donde estaba el ladrón, éste seguramente ya habría desaparecido.

—Le seguiré yo solo —dijo Pete.

—¡No, no, Pete! —exclamó Holly, asustada.

Dos indios que estaban cerca, al oír las palabras de la niña, se volvieron a mirar. Pete se aproximó a ellos y les dijo muy nervioso:

—¿Quieren ayudarnos a atrapar a un ladrón?

—¿Dónde está?

Pete señaló la ladera montañosa e inmediatamente los dos indios echaron a correr en unión de los Hollister. Cuando llegaron al pie de la escalera el fugitivo se encontraba muy cerca del primer repecho.

—¡Baje de ahí! —ordenó Pete.

Deteniéndose un momento, el hombre miró hacia abajo. Inmediatamente reanudó la marcha.

—¡Tú hacer lo que chico decirte! —gritaron los indios, muy indignados.

Al oírles, el hombre se detuvo y al fin se decidió a bajar. Cuando llegó abajo, Pete y Holly contuvieron un grito. ¡El hombre no era Rattler, sino el señor Gross!

—¿Otra vez estos estúpidos Hollister? —gritó el hombre—. ¿Qué os pasa? ¿Qué queréis?

—Yo… yo creo que usted me ha quitado el brazalete.

—¿El brazalete? ¿De qué estás hablando? —preguntó a gritos el hombre que se volvió en seguida para decir—: No hagan nunca caso a estos críos.

El hombre dio media vuelta, dispuesto a marcharse, pero Pete se colocó frente a él para decir:

—Le hemos estado buscando para preguntarle si sabía usted en dónde está ese hombre que se llama Rattler.

—¿Rattler? No conozco a nadie con el nombre de Rattler.

—Le vimos a usted hablando con él en nuestro hotel —dijo valientemente Holly—. Luego él se llevó la pulsera de Pam.

El señor Gross dejó escapar una desagradable carcajada.

—Ahora le recuerdo —dijo—. Ese hombre no es más que un mendigo. Me pidió dinero, pero no pienso darle ni un céntimo. No sé nada de él.

El señor Gross se alejó, dejando a Pete, Holly y los dos indios con la boca abierta. Los hombres se encogieron de hombros y regresaron por donde llegaran. A los pocos momentos los niños se reunieron con sus padres y les contaron lo sucedido.

—Es muy extraño —dijo el señor Hollister—. ¿Por qué el ladrón o ladrones tienen tan gran interés en apoderarse, especialmente, de esas pulseras?

—Puede que sea porque han pertenecido a Juan Ciervo —sugirió Pam.

—Tal vez. Pero más me inclino a pensar que esos brazaletes tienen algún significado especial.

—¿Qué quiere decir eso, papá? —preguntó Sue.

—Verás… Hay cosas que tienen un significado o valor especial para algunas personas. A ver, decidme las características de vuestras pulseras.

Pam explicó que la suya tenía una turquesa de color azul verde y que el diseño era distinto a todos los que había visto en las piezas indias de joyería.

—La mía también era así —declaró Holly—. Y teñía un dibujo de flechas cruzadas.

—Las dos tienen un diseño y una turquesa azul verde igual —reflexionó Pete—. Puede que el ladrón tenga motivos para buscar una pulsera con alguno de estos detalles en particular.

—No me importa nada que tenga esos motivos que no entiendo —protestó Holly—. Yo quiero mi pulsera.

—También yo quiero la mía —concordó Pam—. Oye, Pete, ¿tú crees que el brazalete que busca el ladrón puede tener algo que ver con la mina perdida?

—¿Cómo va a tener que ver? —repuso Pete.

Esta vez Pam no contestó.

Antes de marcharse del poblado indio, los Hollister dijeron a Águila Veloz que lo habían pasado muy bien, aunque también le explicaron lo ocurrido con la pulsera de Holly. El gobernador prometió hacer indagaciones entre su gente, aunque, añadió, estaba seguro de que ninguno de los yumatanes se había quedado con la pulsera.

—Seguro que no volveremos a ver nuestras pulseras —comentó Holly, enfurruñada, mientras subían al autocar.

Siguieron hablando y pensando en las pulseras perdidas todo el día siguiente. Cuando acababan de comer, Pete declaró inesperadamente:

—Yo creo que el señor Gross y Rattler están en sociedad.

—¿En dónde están? —preguntó inocentemente Sue.

—Quiero decir que traman algo juntos —repuso el hermano mayor, sonriendo—. ¿No te acuerdas, Pam, de que le oíste decir a Rattler: «Te daré el dinero después, Rattler»? No creo que le hablase así, si de verdad no supiera nada de Rattler.

—Tienes razón —concordó el señor Hollister.

—Entonces, ¿no crees que debemos decirle a la policía lo que ha ocurrido con el brazalete de Holly?

—Tienes razón. ¿Quieres encargarte de telefonear tú? —pidió el padre, antes de subir a las habitaciones con su esposa.

Mientras Pete estaba en el teléfono entró en el hotel Águila Veloz, buscando a los Hollister. Llevaba al brazo una cesta con tapaderas y, cuando Pete volvió del teléfono, el gobernador dijo, sonriente:

—Queridas Pam y Holly, vuestros amigos Pluma Roja y Pluma Azul han sentido tanto que os hayáis quedado sin pulseras que me han pedido que os traiga algo en su lugar. Y, naturalmente, yo no he podido olvidarme de los demás niños.

—¡Huy, qué «mocionante»! —dijo Sue siguiendo de cerca al indio que fue a sentarse a una silla del vestíbulo.

Águila Veloz abrió la cesta y entregó un paquete a cada uno de los niños. Las niñas fueron las primeras en abrirlos. Las exclamaciones de sorpresa y alegría recordaban a las que se oían en casa de los Hollister el día de Navidad, al recibir los regalos.

—¡Una pulsera nueva! ¡Qué bonita! ¡Muchas gracias! —dijo Pam, mientras se probaba el bonito regalo de plata y turquesas.

Holly prorrumpió en grititos de entusiasmo al ver que también ella volvía a ser dueña de un lindo brazalete. A Sue le correspondió uno distinto, que parecía más antiguo que los otros dos.

—Éste ha pertenecido a mi pueblo durante muchos años —explicó el gobernador de los yumatanes.



Pam dijo a Sue que debía tener especial cuidado con aquel brazalete y la chiquitina se lo acercó afectuosamente a una mejilla y repuso muy formal:

—Lo tendré. Me gusta con todo mi corazón.

Los tres brazaletes estaban más adornados que los dos primeros. La plata estaba trabajada en forma de nubes y las turquesas que llevaban incrustadas eran las más bonitas que vieran nunca los Hollister.

—Y aquí están los paquetes para los muchachos —dijo Águila Veloz.

Al abrir el paquete de su regalo, Ricky lanzó un grito de guerra.

—¡Un arco y una flecha! ¡Estupendo!

El pecoso sostuvo en alto, para que todos lo vieran, un minúsculo arco de plata con su flecha, todo ello hecho en plata.

—¡Y la cuerda del arco es de verdad! —añadió, con entusiasmo.

Inmediatamente se apresuró a encajar la parte posterior de la flecha en la cuerda del arco y disparó; la flecha fue a parar a pocos palmos de él.

—¿Y tú qué tienes, Pete? —preguntó Holly.

Pete sonrió mientras sacaba de su paquete una pequeña águila de plata.

—¡Oiga! ¿Qué es esto que tiene el águila entre las garras? —preguntó Pete, mirando al gobernador.

—Averígualo tú mismo —le retó el indio.

Con cuidado, Pete extrajo una larga varilla de entre las garras crispadas del águila.

—¡Es un lápiz! —exclamó, mientras hacía girar uno de los extremos y el grafito empezaba a salir por el otro—. ¡Es muy útil!

—Podrás escribir con él cartas a tus amigos cuando lleguemos a casa —opinó Pam.

—Voy a usarlo ahora mismo —afirmó Pete, re suelto.

Dio amablemente las gracias a Águila Veloz y se acercó a la conserjería para comprar postales con escenas de la tierra yumatán. Iba a enviárselas a Dave Meade y a los otros amigos de Shoreham.

Entre tanto Ricky cogió su arco y flecha miniatura y salió al jardín del hotel. Cerca de un grupo de cactus descubrió un gran sapo cornudo. El pequeño dio un silbido de asombro, pero en vista de que el animal no se movía se dijo que seguramente se trataba de una figura de adorno.

«Voy a jugar a dispararle. ¡Soy un gran cazador!», pensó el

pequeño.

Apuntó y la flechita salió por el aire. Cayó al suelo a corta distancia, precisamente junto al sapo. Ricky quedó estupefacto. El sapo se estremeció y al momento saltaba a esconderse entre unas plantas.

«¡Oh! Si está vivo. ¡Me alegro de no haberle alcanzado!».

Al regresar al vestíbulo del hotel encontró a Pam, Holly y Sue hablando todavía con Águila Veloz y admirando sus nuevas pulseras.

—¿Quiere usted explicarnos cómo se hacen? —pidió Pam, dando vueltas y más vueltas a su brazalete en la palma de la mano.

—Claro que sí —contestó el indio, complacido al comprobar lo mucho que habían gustados sus obsequios.

Y empezó a contar cómo los orfebres indios disponían primero la plata en muchas tiras que entrelazaban. Luego se valían de pequeños martillos y cinceles para hacer los orificios de encaje.

—Éstos deben hacerse perfectamente para que las turquesas no se desprendan.

No bien acababa de decir esto Águila Veloz cuando Sue exclamó:

—¡Oh, mi piedrecita se ha caído!

La espléndida turquesa había ido a parar al suelo y mientras Sue se inclinaba a recogerla, Águila Veloz dijo:

—Creo que este brazalete es tan antiguo que está desgastado por todas partes. Pero yo me encargaré de repararlo.

El indio extendió la mano y Sue le entregó la pulsera y la piedra. Mientras examinaba ambas cosas, el indio preguntó:

—¿Conocéis la vieja leyenda que dice que los indios acostumbraban a enviar mensajes secretos bajo las turquesas de las piezas de adorno?

—¿De verdad? —preguntó Pete que había acabado de escribir las postales y estaba echándolas en el buzón de la entrada—. ¿Y los mensajes iban en clave?

Águila Veloz repuso que era lo más posible, puesto que no había mucho espacio bajo las turquesas para escribir largos informes.

De repente los ojos de Pam se abrieron inmensamente. Mirando a su hermano mayor, la niña preguntó con voz emocionada:

—Pete, ¿tú crees que…?

—¿Estás pensando en los brazaletes robados? —dijo Pete, sin dejarla concluir.

—¡Sí, sí! Puede que el ladrón de las pulseras esté buscando un mensaje debajo de las turquesas.

Águila Veloz sonrió, diciendo:

—Veo que sois dos verdaderos detectives. De todos modos, los mensajes secretos de que os he hablado eran cosas de los indios de tiempos pasados. No creo que ahora se valga nadie de ese sistema.

—De todos modos, podría seguirse enviando mensajes de ese modo —insistió Pam—. ¿No le parece que el ladrón que quería los brazaletes de «El Chaparral» era para buscar un mensaje?

—Veo que estáis reuniendo pistas —comentó Águila Veloz. Y mirando hacia la entrada, añadió—: Mirad, ahí llega el oficial Martínez. Podéis contarle todo eso que imagináis.

El policía se acercó al grupo, con aspecto muy serio. Sin hacer más que saludar con un cabeceo a los niños, se dirigió al indio.

—Águila Veloz, me gustaría hablar con usted.

—¿Qué ocurre? —preguntó el gobernador.

—Debemos hablar en privado.

Águila Veloz se apartó de los niños y fue con el agente a una esquina del vestíbulo. A los pocos momentos el indio regresaba con el ceño fruncido por la preocupación. Estaba tan trastornado que casi no podía ni hablar.

—Tenía planeado ofreceros algunas diversiones a vosotros y a vuestros padres esta tarde —dijo—, pero ya no va a serme posible.

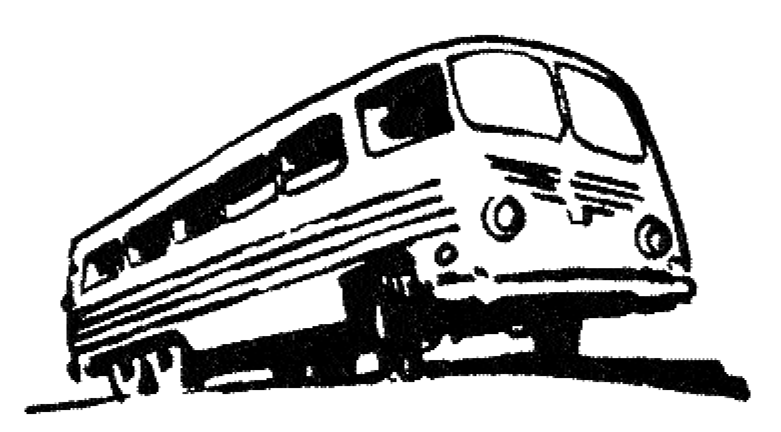
—¿Ha ocurrido algo malo?

—Sí. Me temo que es algo muy malo —repuso el indio—. Debo acompañar al oficial.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

—Una de las esteras robadas en «El Chaparral»… ¡ha sido encontrada en mi poblado! ¡Se acusa del robo a los yumatanes!

MENSAJEROS A GALOPE



—¿Y la policía se cree que esos indios tan buenísimos han robado la estera? —preguntó incrédula, Holly al gobernador.

Águila Veloz tenía un aspecto muy serio.

—Sí —repuso—. Y como yo soy el jefe de mi tribu debo responder de la acusación que se nos imputa.

—¡No pueden hacer eso! —exclamó Holly, tirando de la mano de Águila Veloz. Y luego volvió sus ojitos suplicantes al oficial Martínez, murmurando—: No se lo llevará usted, ¿verdad, señor policía?

El oficial repuso que él lo lamentaba tanto como los Hollister, pero que se veía obligado a retener a Águila Veloz en la comisaría hasta que se supiera con seguridad qué persona de su poblado había robado la estera y los otros artículos de «El Chaparral». Al ver salir a los dos hombres, Holly y Sue se echaron a llorar.

—No hay que llorar —dijo Pam, abrazándolas—. ¡Tiene que haber alguna equivocación y nosotros vamos a averiguar qué ha sido!

—Tienes razón —concordó Pete.

Los niños subieron rápidamente para contar a sus padres todo lo

ocurrido.

—¡Cuánto lo lamento! —dijo, con un suspiro, la madre.

—Elaine, tenemos que hacer algo por Águila Veloz —decidió el señor Hollister—. Iremos al poblado y veremos de qué modo se le puede ayudar.

Al oír esto, Holly se secó las lágrimas. Mientras viajaban en el autocar, Pete dijo que le gustaría saber si la estera era la misma desaparecida de la tienda de Juan Ciervo.

—¿Tú crees que puede ser otra que se parezca a la de «El Chaparral»? —preguntó Ricky.

—Sí.

—Pero puede ser la misma, dejada allí por alguien que quiera que los indios parezcan los ladrones —opinó Pam.

—¿Cómo puede haber una persona tan malísima? —preguntó Holly, indignada.

Hacía unos veinte minutos que iban de camino cuando el señor Hollister dijo:

—Esta carretera no me resulta familiar. Creo que me he equivocado de dirección.

—Me parece que tomaste la bifurcación equivocada hace cosa de media milla —repuso la señora Hollister—. El camino que va al poblado no es tan abrupto.

Estaba su marido a punto de hacer girar el autocar, cuando se fijó en un camión detenido detrás de un bosquecillo de cedros y pinos.

—Me resulta familiar —dijo—. ¿El camión del señor Gross no es también cubierto?

—Sí. ¿Por qué no te acercas un poquito más? —pidió Pete—. ¡A lo mejor está Rattler con él!



El señor Hollister hizo lo que pedía Pete. El camión, era sin duda, el mismo que vieron conducir al señor Gross, pero ahora el asiento del conductor estaba vacío.

—Puede que se haya quedado sin gasolina y haya tenido que regresar a pie a la ciudad —reflexionó Pete.

—A lo mejor está detrás —dijo Ricky, saltando al suelo muy decidido, y trepando al camión para curiosear entre las lonas.

—No, no están ni el señor Gross, ni el señor Rattler —informó Ricky—. Pero veo una caja que se parece a la que recibió «Indy». ¡Puede que sea de «El Chaparral»!

Al oír aquello todos salieron del autocar. Pete también subió al camión y desde la cabina del conductor miró al interior.

—¿Qué hay ahí? —preguntó a su hermano.

En el suelo había una gran caja que contenía objetos de joyería y bisutería. Cuando se inclinaba a mirar, Ricky dio un grito.

—¡Ay! ¡Ay! —chilló, retrocediendo a toda prisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Pete, saltando al interior, para correr junto a su hermano. Y un momento después gritaba—: ¡Una serpiente!

Los dos hermanos bajaron inmediatamente del camión. Ricky sacudía sin cesar una mano dolorida. Los padres preguntaron qué ocurría y el pequeño, manteniendo en alto un dedito, declaró:

—Una serpiente me ha mordido aquí.

—¡Dios mío! —se lamentó la señora Hollister—. John, ve a ver

si esa serpiente es venenosa.

El señor Hollister corrió al camión y levantó la lona para mirar al interior. Enroscada en el suelo vio una gruesa culebra.

—Gracias a Dios este reptil es inofensivo —informó el padre.

Todos quedaron muy tranquilizados al saber que Ricky no se había envenenado. De todos modos, al pequeño le dolía tanto el dedo que la señora Hollister sacó el botiquín del autocar y aplicó un poco de ungüento en la parte de la mordedura.

—¿Creéis que el señor Gross lleva ese animal en el camión a propósito? —preguntó Pam.

—¿Para asustar a la gente que se meta dentro? —preguntó Holly.

—Sí.

—Puede haberse arrastrado hasta aquí por su cuenta —les dijo el padre—. De todos modos, pronto lo averiguaremos. Ahí llega el señor Gross.

—Me pareció oír voces. ¿Quién?… —de repente el hombre reconoció a los Hollister y preguntó con voz estruendosa—: ¿Qué han estado haciendo en mi camión?

—Le estábamos buscando a usted —repuso el señor Hollister—. Por cierto que a Ricky le ha mordido un reptil en su camión.

—Le está bien empleado. ¡No tenía por qué meterse a olfatear lo que no le importa! —declaró el malhumorado señor Gross—. No debió abrir la caja.

—Pero si no la he abierto —protestó Ricky.

—Has tenido que abrirla. De lo contrario el reptil no te habría mordido.

—Le aseguro que mi hijo dice la verdad —intervino el señor Hollister, mirando muy serio al otro—. Y ya que estamos aquí, quisiéramos hacerle algunas preguntas. Aunque usted asegura que no conoce a ese hombre llamado Rattler, nosotros creemos que sabe usted mucho de él.

—Pues no sé nada —declaró el señor Gross, subiendo al camión.

—¿Qué hacía usted por aquí? —le preguntó Pete.

Aquello pareció tomar por sorpresa al hombre que tartamudeó:

—Pues… yo… he venido a buscar plantas alpestres.

Inmediatamente puso en marcha el motor y desapareció entre

una nube de polvo.

—Este hombre es la persona más mal educada que he conocido —afirmó la señora Hollister.

Volvieron al autocar y el señor Hollister hizo dar media vuelta al vehículo. Encontró el camino del poblado y muy pronto llegaron al hogar de los yumatanes. Salieron a recibirles Pluma Roja y Pluma Azul, que habían visto aproximarse el autocar.

—¿Habéis visto a mi abuelo en la ciudad? —preguntó Pluma Roja.

—Sí. Le han visto —repuso Pluma Azul, al observar las pulseras en las muñecas de las tres niñas—. Mira cómo llevan todas su regalo.

—Los brazaletes son preciosos —declaró Pam, pero no pudo conseguir demostrar alegría, aunque intentaba ocultar la pena que sentía por los yumatanes, acusados del robo de la estera.

—Y mi arco con la flecha es estupendo —añadió Ricky sin su habitual entusiasmo.

Ya los indios parecían haber notado algo porque Pluma Azul ladeó la cabeza y preguntó, muy seria:

—¿Por qué no están felices los Hollister?

En vista de esto y de que Holly estaba a punto de echarse a llorar, el señor Hollister no pudo seguir disimulando y contó a los dos indios lo que había ocurrido. Pero aunque las caritas oscuras de los dos hermanos se pusieron muy tristes, ninguno de los dos lloró.

—Los yumatanes no son ladrones —declaró Pluma Azul indignada y con la barbilla temblorosa.

—Voy a decírselo así al señor Martínez —dijo su hermano, disponiéndose a salir del poblado.

—Espera —pidió el señor Hollister—. Tal vez nosotros podamos encontrar un indicio que convenza a la policía de que vuestro pueblo no es culpable.

Muy triste, Pluma Roja miró al señor Hollister y preguntó:

—¿Y qué podemos hacer?

—¿Quién es el que sigue en mando a Águila Veloz? —quiso saber el señor Hollister.

Al oír esta pregunta, Pluma Azul pareció alegrarse un poco.

—El teniente Po-da —repuso la niña—. Es muy viejo y muy

sabio.

—¿Queréis llevarnos a donde esté? —pidió el señor Hollister.

—Sí. Vengan conmigo —dijo el muchachito indio.

Los dos hermanos corrieron delante, seguidos por los Hollister y fueron a detenerse ante una cabaña con la puerta pintada de rojo.



—¡Po-da! —llamó Pluma Roja—. Hay desgracias para los yumatanes. Sal y ayúdanos.

Un momento después, un hombre cubierto de arrugas salía de la cabaña. Llevaba pantalones azules y camisa de un rojo muy brillante. Alrededor de la cintura lucía una faja blanca con rayas azules. Al ver a los Hollister hizo una cortés reverencia y preguntó a Pluma Roja:

—¿Qué desgracia ha caído sobre los yumatanes?

Después de presentar a los Hollister, hablando en inglés, Pluma Roja habló nerviosamente con el anciano en lengua tewa. Todos los niños miraban fijamente a la cara a Po-da para ver cómo recibía el viejecito la mala noticia. Pero el rostro arrugado del indio sabio no varió de expresión. Todo lo que hizo fue entrar en su casa y volver a salir inmediatamente, cargado con un tambor. Subió unas escaleras para colocarse en el techo de su cabaña y empezó a tocar sonoramente el tambor.

Los Hollister casi no podían creer en lo que estaban viendo, pues, como por arte de magia, todos los habitantes del poblado guardaron un silencio absoluto. Los niños dejaron de jugar, las mujeres suspendieron sus tareas y los hombres soltaron las herramientas con que estaban trabajando. Todos se apresuraron a

rodear la cabaña de Po-da, haciéndose preguntas en murmullos.

El viejo levantó las manos para pedir silencio. Hablando lentamente y acompañándose de muchos ademanes, explicó a sus gentes, en su lengua nativa, lo que había sucedido. Un unánime grito de ira salió de todas las gargantas. Otra vez Po-da pidió silencio para seguir pronunciando extrañas palabras.

Pete dio un ligero codazo a Pluma Roja para preguntarle en un siseo:

—¿Qué está diciendo?

—Está preguntando si alguien ha visto a alguna persona cargada con una estera.

De repente un hombre de los que formaban el círculo abajo explicó algo a grandes voces y Pluma Roja tradujo para Pete:

—Dice que ha visto a un desconocido merodeando alrededor del poblado con un rollo bajo el brazo.

—¡Ése ha tenido que ser el verdadero ladrón! —dijo Pam.

—¡Me apuesto un pastel relleno a que era Rattler! —razonó Pete —. La policía debería interrogarle.

Antes de que los niños dijeran nada más, el lugarteniente del gobernador envió a Pluma Roja y a su hermana a un recado. Luego se dirigió a los Hollister, hablando en inglés:

—Señor y señora Hollister, los yumatanes no reconocieron a la persona que dejó la estera robada. Puede que fuese disfrazada. Po-da envía ahora un mensaje al oficial Martínez.

—Yo me encargaré de darle ese mensaje —se ofreció el señor Hollister.

—¡No, gracias! —repuso con vehemencia Poda—. Los indios conocemos un atajo para ir a la ciudad.

Acababa el anciano de hablar cuando los Hollister oyeron rumor de cascos de caballos y un momento después los dos hermanos indios situaban dos briosos corceles ante Po-da. Con los ojos entornados para protegerse del sol, el sabio indio contempló a los hombres que llamaba a voces:

—¡Viento Cortante! ¡Llama Corredora!

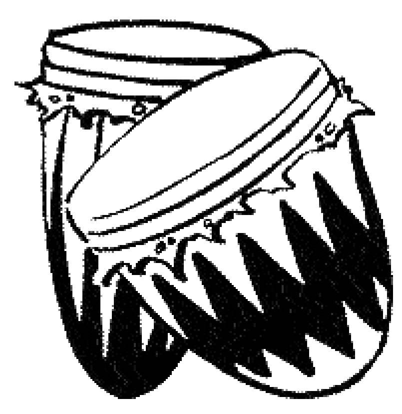
Dos fuertes guerreros se adelantaron.

—¡Id!

Apenas habían acabado de saltar sobre sus caballos cuando los

dos jinetes yumatanes galopaban veloces, a lomos de los animales. Seguidos por los vítores y aplausos de toda la tribu, los dos hombres desaparecieron con la rapidez del rayo por el camino secreto que llevaba al pueblo, donde estaba detenido el gobernador.

UN SIMPÁTICO CONSTRUCTOR DE TAMBORES



Los dos jinetes indios se perdieron tras una loma rocosa y los yumatanes quedaron silenciosos. Cuando dejó de oírse por completo el trotar de los caballos, Poda bajó del tejado y se dirigió al señor Hollister para decirle con una apagada sonrisa:

—Muchas gracias por haber venido a avisarnos. Llama Corredora y Viento Cortante son los mejores jinetes dé la tribu. Hablarán muy pronto con la policía y Águila Veloz volverá con nosotros.

Luego Po-da dijo a su pueblo que podía reanudar su trabajo y la reunión se disolvió.

—Esos caballos eran estupendos —comentó Pete, hablando con Pluma Roja—. ¿Tú sabes montar tan bien como esos dos hombres?

El muchachito indio repuso que todos los niños yumatanes aprendían a cabalgar en cuanto tenían edad suficiente para sostenerse sobre una jaca.

—Las jacas que pertenecen a los niños las tenemos en un corral aparte, en un extremo del poblado —añadió Pluma Azul—. ¿Os gustaría verlas?

—¿Podré montar en una? —preguntó en seguida Ricky.

—Si sabes hacerlo…

—Sé montar en caballos pequeñitos.

Se decidió que Pete, Pam y Holly, además de Ricky, se turnarían montando los caballos de sus amigos indios.

«¡Qué corral tan raro!», pensó Pete, viendo que en lugar de la cerca corriente, el espacio estaba rodeado por troncos de cedro.

—También tenemos aquí a las ovejas —explicó Pluma Roja, abriendo una portezuela baja.

Mientras la niña india cerraba, después que todos hubieron entrado, los Hollister vieron que en el corral había varias ovejas y unos cuantos caballitos pintos. Dos de los caballitos se acercaron inmediatamente a los hermanos indios.

—A éstos les llamamos «Sol» y «Luna» —explicó Pluma Azul, acariciando a los animales—. «Sol» tiene las manchas marrones y «Luna» las tiene negras.

—¿Podemos montarles sobre el lomo desnudo, como los indios guerreros? —preguntó Pete.

—Probad. Nosotros sí lo hacemos —respondió Pluma Roja.

No sin dificultad, Pete y Pam subieron a lomos de las jacas y dieron unas vueltas por el interior del cercado.

—¡Qué bien se va! —exclamó Pam, riendo—. Aunque se resbala un poco del lomo.

Cuando los dos mayores hubieron dado unos cuantos paseos, les llegó el turno a Ricky y Holly. Pete y Pam ayudaron a montar a los pequeños. Ricky montó en «Sol» y Holly en «Luna».



—¡Soy un indio! —gritó Ricky, lanzando un alarido guerrero.

—No asustes los caballos —le advirtió Pluma Azul.

Pero «Sol» ya se había puesto nervioso y corrió excesivamente, con Ricky aferrado a sus crines.

—¡Para! —gritó el chiquillo, asustado.

En lugar de obedecerle, «Sol» aumentó la velocidad de su carrera. Entonces Pluma Roja gritó una orden en lengua tewa. «Sol» se detuvo en seco y el pobre Ricky se vio lanzado por los aires, por encima de la testuz de la jaca.

Pam dio un grito al ver que su hermano caía en un pinar cercano. Pero el pequeño se puso en pie inmediatamente, sin haber sufrido el menor daño y los otros se echaron a reír.

—Más vale que volvamos ya —decidió Pam.

Los Hollister encontraron a sus padres y a Sue junto a uno de los hornos ovalados, comiendo pan de trigo, recién cocido, y conejo estofado, servido en cuencos de madera de álamo.

—Está «dilicioso» —notificó Sue con la boca llena.

—Vosotros comer también —invitó la fornida india que cuidaba del horno, sonriendo a los niños recién llegados.

A Pam le pareció muy atractiva aquella mujer, con su falda gris, sarape color púrpura y botas blancas.

—Muchas gracias —respondieron todos, aceptando los cuencos llenos de comida que ella les ofrecía.

Estaban los Hollister acabando de comer cuando oyeron un alboroto en la entrada del poblado. Llegaba Águila Veloz en su camión, seguido de Viento Cortante y Llama Corredora.

El gobernador llevó el camión hasta donde se encontraban los Hollister y saltó a tierra. ¡Con cuánto cariño le abrazaron Pluma Roja y Pluma Azul!

Cuando todos los indios le rodearon, aplaudiendo alegremente, Águila Veloz les dijo que ya no se culpaba del robo a los yumatanes y dio las gracias a los Hollister por su ayuda. Unos minutos después su pueblo volvía a atender sus diferentes obligaciones.

Incluso «Blanca» debió de comprender que todos volvían a sentirse felices, porque, revoloteando, fue a posarse en el hombro de Pam y le acarició con el piquito. Los indios rieron alegremente.

—A «Blanca» le gustan los niños «anglos» —dijo una voz cercana.

Los Hollister volvieron la cabeza y vieron a un indio de cara muy redonda, sentado sobre una manta a la puerta de su casa. Entre las piernas sostenía un tambor a medio acabar. A su alrededor había tambores de todas las medidas.

—Es Jemez, el constructor de tambores —explicó Pluma Roja, acompañando a los visitantes para presentarles al indio—. Es el hombre más alegre de nuestro poblado. Siempre está bromeando.

—¿Podemos mirar todas estas cosas? —preguntó Pete amablemente.

Jemez dijo que sí y que, si lo deseaban, podían también tocar con alguno de los tambores.

—¿Estos tambores son los mismos que nos trae Papá Noel por

Navidad? —preguntó Ricky, inspeccionando atentamente uno de color azul y blanco.

Jemez dijo que no con la cabeza.

—Éstos ser tambores de ceremonias. Fuerte madera de álamo y buen cuero. No romperse.

—Entonces ¿podemos saltar sobre ellos? —preguntó Holly, queriendo gastar una broma.

Jemez miró a la niña, sonriendo, mientras Pluma Azul se llevaba una mano a la boca para contener la risa.

—Tú poder saltar en aquél —dijo el hombre, señalando un tambor gigantesco, casi tan alto como Holly.

Entre Pete y Pam ayudaron a Holly a subir. Al encontrarse sobre el espléndido tambor, Holly estalló en grititos de entusiasmo, al tiempo que daba saltos.

—¡Mirad! ¡Mirad qué alta estoy!

De repente Holly dio un grito ahogado.

¡Cragg! La niña descendió bruscamente al interior del tambor.

Aunque los Hollister no se habían dado cuenta un poco antes se habían reunido varios niños a contemplar a Holly y todos contenían la risa.

—Es una de las bromas de Jemez —dijo Pluma Azul a Holly a quien ya se le había pasado el susto—. A muchos niños «anglos» les gusta subir a estos tambores. Por eso, Jemez tiene siempre uno con la superficie de cartón para que los niños se vayan al fondo.

El señor y la señora Hollister y Pluma Roja llegaron junto a los risueños espectadores, a tiempo de ver a Holly emergiendo del tambor. Inmediatamente después Jemez se puso a la tarea de colocar un cartón nuevo sobre el tambor, para tenerlo preparado por si llegaba otro visitante.

—Creo que debemos marcharnos ya —dijo la señora Hollister.

Pero todos sus hijos le suplicaron que les dejase estar un ratito más en el poblado.

—Déjanos, mamá —rogó Ricky—. ¡Lo estamos pasando tan bien!

Notando que la madre no estaba muy decidida a darles el permiso, la picaruela de Sue recurrió a un buen truco.

—¡Que todo el mundo que quiera a mamá levante una mano! —gritó.

Además de los niños, los demás que se encontraban lo bastante cerca como para oír a Sue, se echaron a reír y levantaron inmediatamente la mano derecha. La señora Hollister se sonrojó, de alegría y aturdimiento.

—Eres un diablejo —dijo, besando a su hijita menor—. Está bien… Podéis quedaros un ratito más.

—¿Os parece bien que practiquemos con el arco y las flechas? —propuso Pluma Roja.

—Me gusta la idea —contestó Pete.

—Y a mí —añadió Ricky.

—A mí, no —dijo Pam, recordando que las niñas indias nunca llegan a ser arqueros. Pensaba que tal vez no fuese muy cortés volver a coger un arco, mientras estaban en el poblado.

Holly estuvo de acuerdo con Pam; además, la pequeña no quería que los niños indios volviesen a reírse de ella.

—Esperaré hasta que volvamos a casa —dijo a su hermana.

Pluma Roja acompañó a Ricky y Pete a donde varios amigos suyos se habían reunido para practicar con el arco.

—¿Y si esta vez disparamos contra un blanco movible? —sugirió el muchachito indio.

—¿Como el tiro al plato? —preguntó Pete—. Mi padre y yo lo practicamos, a veces.

Cuando Pluma Roja le dijo que los indios ni conocían tal cosa, ni sabían lo que quería decir, Pete se lo explicó.

—Nosotros también practicamos eso, pero no con armas de fuego, sino con el arco y la flecha, y como blanco utilizamos bolas cubiertas de plumas.

Los niños indios se turnaron en la tarea de demostrar a los dos Hollister cómo había que apuntar para alcanzar la bola emplumada. Esto no era tan fácil como disparar sobre un blanco fijo, pero los indios tenían muy buena puntería.

Cuando le llegó el turno a Ricky, falló en los seis primeros tiros, pero alcanzó la bola la séptima vez.

—Ahora vamos a ver qué tal lo haces tú —dijo Pluma Roja entregando a Pete un arco y una flecha.

Pluma Roja arrojó la bola al espacio y la flecha de Pete la atravesó.

—¡Blanco! —gritó Ricky.

—Chico «anglo» ser buen tirador —dijeron los muchachitos yumatanes, admirativos.

—Ha sido casualidad —contestó Pete, deseoso de hacer blanco por segunda vez.

¡Ssssiz! ¡Plaf! La flecha de Pete volvió a hundirse en la bola.

Entonces Pete inició una competición con Pluma Roja y otros dos muchachitos indios. Todos eran muy buenos tiradores, pero la práctica que tenía Pete en el tiro al plato fue un tanto en su favor, que le ayudó a ganar a los demás.

—¡Pete es un campeón! —gritó, entusiástico, Ricky, corriendo a contárselo todo a su familia y a Pluma Azul.

—¡Felicidades! —dijo el señor Hollister a su hijo mayor.

Y añadió que ya era hora de dejar el poblado. Pluma Roja y Pluma Azul salieron a despedir a los Hollister al autocar.

—¿Verdad que nos hemos divertido? —preguntó, entusiasmada, Sue.

—Ya lo creo —contestó Pete. Y acercándose a su padre, pidió—: Papá, ¿por qué no volvemos a pasar por el camino de antes? Me gustaría ver si el señor Gross ha vuelto allí. Si vuelve a estar allí, quisiera averiguar qué está haciendo.

—Sí, sí —insistió Pam—. A lo mejor Rattler está escondido por allí.

—Está bien, detectives —sonrió el padre.

Cuando llegaron a la bifurcación, llevó el autocar por el desigual camino en donde Ricky había sido mordido por la serpiente. Esta vez el camión del señor Gross no estaba allí.

—¿Por qué no miramos, de todos modos? —propuso Pete—. A lo mejor encontramos alguna pista.

—¿De la mina de turquesas? —preguntó Ricky, mientras todos bajaban del autocar.

—Iremos en la dirección de donde venía el señor Gross —decidió Pam, corriendo entre las rocas y los matorrales.

Los demás la siguieron. Cuando llevaban un rato andando, se dieron cuenta de que el terreno empezaba a ascender. El camino, lleno de pedruscos y altas hierbas les impedía avanzar con rapidez.

De pronto, Pam que iba delante de todos, vio algo que la dejó

sin aliento.

—¡Venid todos, de prisa! —llamó.

Cuando Pete, Holly y Ricky llegaron junto a ella, Pam señaló un profundo cañón que se abría a sus pies.

—No os acerquéis demasiado —advirtió—. Es un paredón cortado a pico.

—¿Qué será esa torre de piedra que hay allí? —preguntó Ricky, señalando a la izquierda—. Vamos a ver.

Los cuatro echaron a andar. Delante iba Pam. ¡Apenas había dado cuatro pasos cuando Pam dio un grito y desapareció!

UN ANTIGUO REFUGIO



Después de la desaparición de Pam, los Hollister quedaron inmóviles y atónitos durante un par de segundos. Luego todos se acercaron al lugar en donde vieron a la niña por última vez. Entre las rocas se veía una amplia grieta, que seguía la misma dirección que el precipicio.

Al mirar hacia abajo Pete quedó muy tranquilizado, viendo que su hermana había caído a muy corta distancia. Los hombros de Pam se apoyaban en una de las paredes y los pies en la otra.

—Pam —llamó el chico—, ¿estás bien?

—Creo que sí... —contestó Pam, sin aliento—. Sólo tengo despellejadas las rodillas y los codos. Pero ¿cómo voy a salir de aquí?

Entretanto, los demás habían corrido a buscar a sus padres que llegaron a la resquebrajadura de la roca con toda rapidez.

—¡Si tuviéramos una cuerda para echártela y que te agarrases a ella! —exclamó la señora Hollister, muy apurada.

—Estoy viendo algo —anunció de pronto Pam, muy nerviosa.

Un poco más abajo acababa de descubrir una abertura en la pared rocosa. Con mucho cuidado Pam empezó a deslizarse como

una oruga, apoyando los pies y manos en la roca, y no tardó en llegar ante una cueva. Entró muy decidida y un instante después llamaba:

—¡Papá! ¡Mamá! Por el otro lado de esta cueva se sale al valle. ¡Es una vieja vivienda india!

—¡Buen descubrimiento! —exclamó el señor Hollister, sorprendido—. Pam, tendrás que esperar ahí abajo, hasta que encuentre ayuda.

Ricky, que hasta entonces había estado contemplando con los ojos muy redondos la grieta por donde había caído Pam, gritó con asombro:

—¡Canastos! ¡Esto sí que es un rescate de alpinistas, como en las películas! Vamos, muchachos, hay que buscar una cuerda.

Al oír aquello, Pam levantó la cabeza hacia la grieta, para decir:

—No os preocupéis por mí. No me pasará nada. Papá, antes de ir a buscar una cuerda, déjame que mire todo esto. Veo una planicie y otras cuevas. A lo mejor encuentro una salida.

—De acuerdo. Pero ten mucha precaución —le advirtió su padre.

—¡Cuidado con las serpientes! —aconsejó Ricky.

—Y con los osos —añadió Sue.

Pam empezó a inspeccionar el oscuro interior de aquella cueva. Con mucho cuidado cruzó un hueco que daba paso a la cueva inmediata. También estaba vacía y no se veía ninguna abertura ni peldaños por los que trepar hasta la parte alta.

—¡Dios mío! —murmuró Pam, desilusionada.

Pero siguió entrando y saliendo de cada una de las cavidades rocosas. Pudo darse cuenta de que algunos de aquellos huecos habían servido de habitación a los indios en las profundidades de la montaña. La niña tuvo el cuidado de fijarse bien en el camino que seguía para saber regresar. Una vez se detuvo a contemplar la alta torre que se levantaba en la planicie, elevándose por encima del precipicio.

«¡Qué hermoso es todo!» —se dijo Pam, contemplando los terraplenes rocosos y el valle del fondo.

En algunos de los terraplenes había cavidades circulares sin techumbre, que Pam calculó debían de ser las ruinas de algún kiva.

La niña se sentía tan interesada por todo aquello que casi llegó a olvidar que lo que debía hacer era buscar una salida.

«¿Qué harían en estas habitaciones los antiguos indios?» —se preguntó la niña.

Al ver una piedra rectangular con largas y desgastadas estrías, Pam adivinó que se trataba de una vieja muela para moler el maíz. Pero súbitamente recordó que los demás la estaban esperando, inquietos por ella, y echó a correr a través de las cuevas.

«¡Cuánta gente ha debido de vivir aquí!» —reflexionaba Pam.

De pronto se detuvo en seco. Se encontraba en un gran kiva y en el suelo había una escalera de mano.

—¡Ahora ya podré salir! —anunció, entusiasmada.

Tras apoyar la escalera en la pared rocosa, la niña empezó a subir. Hasta que no estuvo a medio camino no se le ocurrió un pensamiento que la dejó atónita.

«Esta escalera es nueva. ¿Cómo habrá llegado aquí?».



El corazón de Pam empezó a latir con fuerza. A lo mejor aquél era el refugio de Rattler.

Cuando llegó al final de la escalera, Pam saltó al suelo y corrió a abrazar a su madre.

—¡Menos mal que estás a salvo! ¡Gracias a Dios! —exclamó la señora Hollister.

—¡Papá! ¡Mamá! —dijo Pam, muy nerviosa—. La escalera la he encontrado en un viejo kiva y… ¡Es una escalera nueva! ¡Puede que

pertenezca a Rattler y que ésta sea su casa secreta!

—Entonces, puede que haya escondido las pulseras aquí —dijo Holly.

—Realmente, creo que debemos explorar este lugar —declaró el señor Hollister—. Sería el sitio ideal para ocultar los objetos robados.

—¡Canastos! ¡A lo mejor resolvemos el misterio de «El Chaparral» y encontramos las cosas de Juan Ciervo!

—No te hagas demasiadas ilusiones —aconsejó la madre al pecosillo.

Uno a uno, los Hollister fueron descendiendo por la escalerilla. Al llegar abajo toda la familia estuvo contemplando las sombrías ruinas.

—¡Huuy! ¡Qué misterioso! —dijo Sue, cogiéndose con fuerza a la mano de su madre.

No se oía otro sonido que el eco hueco de sus propias voces. Pam susurró:

—Si Rattler está aquí, debe de haberse escondido muy bien.

—Empecemos a buscar —apremió Pete.

—Pero manteneos juntos —indicó el padre.

Después de mirar en todas las cavidades, sin encontrar nada, Pete propuso que subieran a los siguientes repechos para inspeccionar las cuevas que allí hubiera. El señor Hollister consintió, pero decidiendo que sólo él y Pete harían la exploración. Los dos fueron subiendo a los distintos repechos e inspeccionando todos los kivas. No encontraron otra cosa que algunos restos de recipientes de loza, y ni el menor indicio de la existencia de persona alguna.

—Creo que nos hemos equivocado. No parece que estén aquí las mercancías robadas.

Padre e hijo regresaron al punto de partida e informaron a los demás de su fracaso. La escalerilla volvió a ser colocada donde la utilizaran para entrar y la señora Hollister había empezado a subir cuando Pam anunció:

—He encontrado otra habitación aquí debajo.

En una esquina, cerca de donde se encontraba ahora, Pam descubrió una pequeña abertura. Mientras se abría paso por allí,

con muchas precauciones, la niña lanzó una exclamación:

—¡Hay muchas cosas guardadas aquí!

En aquel mismo momento todos los demás se pusieron de rodillas y arrastrándose, entraron en el angosto cuartito. Estaba tan oscuro que no se veía casi nada.

—Encenderé una cerilla —dijo el señor Hollister, sacando una caja del bolsillo.

Cuando brilló la débil llama todos lanzaron una exclamación de sorpresa. El lugar estaba lleno de piezas de orfebrería, adornadas con turquesas, alfarería, mocasines, esteras y ropas indias.

—¡Son mercancías de «El Chaparral»! —dijo Pete—. Aquí se ve un membrete. Dice «El Chaparral».

Cuando su padre encendió otra cerilla, los niños se apresuraron a revisar diversos artículos. Entre los objetos robados había un juego de palmatorias y una caja con velas. El señor Hollister colocó una vela en cada palmatoria y las encendió. En seguida, Pam y Holly se echaron al suelo para examinar varios brazaletes.

—¡Les han quitado las piedras! —anunció Holly, entristecida—. Pero… ¡Aquí están las turquesas!

La pequeña acababa de tomar un estuche donde se veían varias relucientes gemas de un azul verdoso.

—Fijaos, todos estos brazaletes tienen el diseño de una hoja. Ahora estoy segura de que tienen algún significado, porque Pluma Azul me explicó que casi todas las piezas indias de adorno tienen el diseño de una nube o una gota de lluvia —dijo Pam.

Un momento después Holly daba un grito de asombro.

—¡Pam, aquí están las pulseras que Juan Ciervo nos dio a ti y a mí! —Ante ellos se encontraban las dos piezas de orfebrería con la cabeza de coyote y las flechas cruzadas.

—Esto prueba que Rattler es el ladrón —dijo Pete.

—Tienes razón, hijo —asintió el padre—. Y todas estas cosas son las que yo iba a comprar a Juan Ciervo para el Centro Comercial.

—Vamos a llevarlas todas al autocar —propuso el inquieto Ricky —. Son casi nuestras.

Un ruido que se produjo en la parte exterior de la pequeña estancia hizo que todos guardasen silencio.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Pete, yendo a mirar por la

angosta salida.

Al momento vio que un hombre corría hacia la escalera de mano.

—¡Deténgase! —gritó el muchachito, saliendo en dirección del que huía.

El señor Hollister y Ricky siguieron a Pete. Cuando el hombre llegó a la escalerilla la claridad fue suficiente para que todos pudieran reconocerle. ¡Era Dredmon Gross!

Pero el señor Gross no tenía intención de dejarse atrapar por los Hollister. Con la agilidad de una araña trepó por las escaleras.

—¡No hay que dejarle escapar! —gritó el señor Hollister.

No había podido llegar a la escalera, cuando el señor Gross empezó a tirar de ella. Pete, que era el que más cerca se encontraba, dio un salto y sus dedos alcanzaron el último peldaño. Pero no pudo competir con la fuerza del hombre que tiraba desde arriba. Un momento después la escalera desaparecía por la parte superior del paredón rocoso.

—¡Nos quedamos sin escalera! —gritó Ricky.

Y Pete añadió:

—¡Hemos quedado aquí encerrados!

LA CARTA ESCONDIDA



La jugarreta que acababa de gastarles el señor Gross dejó a los Hollister aturdidos. Sin escalera no había posibilidad de salir de aquellas cuevas. Ninguno sabía cuánto tiempo habrían de permanecer atrapados allí.

—¡Tendremos que buscar un medio para salir! —dijo con determinación el señor Hollister—. Tal vez si Pete sube sobre mis hombros y Ricky sobre los de Pete podamos llegar al borde del paredón.

—Sí, sí, papá. ¡Seguramente llegaremos! —asintió Pete, esperanzado.

El muchachito trepó por la espalda de su padre hasta llegar a sus amplios hombros.

—Ahora tú, Ricky.

Pero el pequeño no estaba en parte alguna. Se había alejado por las mil cavidades de la enorme cueva.

—¡Ricky! ¡Vuelve aquí! —llamó la señora Hollister.

En vista de que Ricky no contestaba, Pam pidió que le permitiesen a ella ocupar el lugar de su hermano. Pero la señora Hollister dijo que no consideraba muy oportuno que ninguno de los

niños fuera el primero en salir de la cueva.

—Gross o Rattler pueden estar esperando ahí. Saben que ahora han sido descubiertos y pueden intentar hacernos algún daño —reflexionó la madre—. Además, tenemos que buscar a Ricky.

Se inició la búsqueda, pero el pequeño no aparecía por ninguna parte. El señor Hollister se asomó a una de las terrazas que quedaban al aire libre y, de pronto, una piedrecilla le cayó sobre la cara. Levantó la cabeza y… ¡Allí estaba Ricky, escalando la pared de aquel precipicio!

—¡Ricky! ¡Ten mucho cuidado! —gritó el señor Hollister.

El chico se detuvo un momento para decir:

—Estoy bien. Hay muchos salientes a los que puedo sujetarme. ¡Tengo que detener a ese hombre malo!

De nuevo siguió el pequeño su ascenso, cogiéndose a todos los salientes de la roca y buscando hendiduras para encajar sus pies.

—Este hijo nuestro es un atrevido —comentó el señor Hollister con su esposa, que también ahora observaba a Ricky—. En fin. Si él puede escalar ese paredón yo también podré hacerlo.

—Y yo también, papá —dijo Pete.

El padre quedó un momento pensativo y al fin declaró:

—Creo, Pete, que es preferible que te quedes con el resto de la familia y ayudes a proteger el tesoro.

—Está bien, papá.

El señor Hollister se situó precisamente debajo de donde se encontraba Ricky, para vigilar al pequeño por si ocurría algo y se veía obligado a recogerle por los aires. Pero el travieso Ricky era tan ágil como una cabra montés y muy pronto llegó arriba. Desde lo alto, sacudió una mano, saludando a los demás, al tiempo que gritaba:

—¡Ya he llegado, papá!

Su padre le devolvió el saludo y repuso:

—Lo has hecho muy bien, hijo. Espérame que ya subo.

El señor Hollister se quitó la chaqueta y se la entregó a su esposa. Luego se sujetó a los salientes rocosos y empezó a trepar lentamente.

—Ten cuidado —aconsejó Sue—. No vayas a caerte y te hagas un chichón.

Esto hizo reír al señor Hollister que por un instante perdió el equilibrio y resbaló unos pasos. Su esposa ahogó un grito, pero en aquel mismo instante el señor Hollister pudo agarrarse a otro saliente rocoso. Reanudó el peligroso ascenso, aprovechando las hendiduras dejadas por los pies de muchos indios en tiempos pasados.

Aunque no podía trepar con tanta rapidez como Ricky, el señor Hollister fue ganando terreno sin interrupción y pronto se reunió con su hijo. Después de recobrar el aliento se llevó ambas manos a la boca para decir a gritos:

—¡Volveremos tan pronto como nos sea posible!

Cuando él y Ricky se hubieron alejado, la señora Hollister propuso que tanto ella como sus hijos entrasen en la estancia del tesoro para ver en qué condiciones estaban los artículos robados. Sue estaba tan cansada que la madre extendió una manta para que la pequeñita se tumbase. A los pocos minutos la niña dormía profundamente.



Mientras Pete colocaba velas nuevas en las palmatorias, Pam y Holly se sentaron en el suelo e intentaron encajar las turquesas en los varios brazaletes. Cuando acabaron de hacer este trabajo, lo mejor que supieron, empezaron a clasificar los muñecos yumatanes y los trajes infantiles que estaban amontonados sin ningún orden.

—Vamos a llevar esto a donde haya luz de día para examinarlas mejor —propuso Pam.

Llevando un puñado de prendas bajo el brazo, las dos hermanas cruzaron las cuevas interiores para salir a la terraza iluminada por el sol. A la resplandeciente claridad del día todo resultó estar en buenas condiciones, a pesar de lo mal que había sido tratado.

Estaban las niñas sacudiendo y doblando las arrugadas prendas, para colocarlas en pilas ordenadas, cuando Pam sacó un pedazo de papel que se encontraba entre una camisa roja y un gorro de plumas.

—¿Qué es eso? —preguntó Holly.

—Parece parte de una carta —repuso Pam, alisando el papel con los dedos.

—La letra está bien borrosa —observó Holly—. Debe de ser antigua. ¿Puedes leerla, Pam?

Al principio a Pam le costó trabajo descifrar las letras, pero al fin pudo ir leyendo lentamente:

«… Oído esta historia… de… indio moribundo afirma era… único superviviente… cerca del desprendimien… tierras. Vigilar… hasta que el polvo desaparecer para cubrir entrada a la mina de turquesas. Hace un mapa con nuevas señales. Escondido el mapa bajo la turquesa de su brazalete de plata. Tiene diseño de una hoja. Se perdió hace muchos años…».

—¡Por eso desmontaron los brazaletes! ¡Para encontrar el mapa! —exclamó Pam—. ¿Dónde encontraría el señor Gross esta carta?

—Vamos a contárselo todo a mamá y a Pete —propuso Holly.

Las dos niñas corrieron hacia las cuevas. Pam volvió a leer la carta para que se enterasen todos y hubo un entusiasmo general. Pero al cabo de unos momentos Pete dijo, preocupado:

—¿Creéis que el señor Gross encontraría el mapa?

—Seguramente —suspiró Pam—. Y habrá sido en mi brazalete o en el de Holly.

—Tal vez no —dijo la madre, deseosa de darles ánimos—. De haberlo encontrado, dudo que hubiera vuelto por aquí.

—Es verdad —asintió Pete—. Seguramente se habría ido a la mina de turquesas.

Mientras escuchaba, Holly levantó distraídamente un pequeño telar, usado por los niños indios para hacer esteras. Debajo de aquello había una vistosa caja, pintada en colores.

«Parece un joyero», pensó la niña.

La pequeña encontró difícil abrir la caja, pero cuando al fin lo consiguió, dio un grito de sorpresa.

—¡Está lleno de joyas! —anunció, cogiendo un puñado de broches y pendientes incrustados de turquesas.

—¡Y al fondo hay dos pulseras! —gritó Pam, nerviosísima.

Tomó una de ellas, que tenía un dibujo de una hoja y una lindísima turquesa.

Pam le entregó la pulsera a su hermana, que intentó arrancar la piedra con las uñas.

—Huuy. ¡Qué fuerte está! Pete, ¿me prestas tu cortaplumas?

—Sí.

El chico abrió la navajita y se la tendió a Holly.

—Cuidado —dijo la madre—. No vayas a romperlo.

Holly estuvo hurgando con la punta de la navaja alrededor de la turquesa, que a los pocos momentos se desprendió. La exclamación de Holly despertó a Sue.

—¡Mirad! ¡Hay un trocito de papel!

Los demás quedaron perplejos viendo a Holly sacar y desdoblar un minúsculo papel amarillento.

—¡Qué cosa tan rara! —se asombró Pete—. ¡Puede que sea un mapa de la mina de turquesas desaparecida!

Holly, entusiasmada, preguntó a su madre qué opinaba de aquello.

—Puede que sea el mapa que dice tu hermano —asintió la señora Hollister; emocionada también—. Si esta marca representa Punta del Pilar, la flecha que sale de aquí hasta las dos X puede que lleve a las cuevas gemelas.

—Y la otra flecha conduce a este círculo —añadió—. Sí. Seguro que es la mina desaparecida.

—A ver si papá vuelve en seguida para que nos saque de aquí y podamos empezar a buscar la mina en seguida —dijo Holly, saltando de nerviosismo.

—Pero si los indios no saben dónde está Punta del Pilar, ¿cómo vamos a encontrarla nosotros? —preguntó Pete, mientras se guardaba el mapa en el bolsillo.

—De todos modos, lo intentaremos —declaró Pam con

determinación—. Mamá, ¿verdad que el desprendimiento de tierras ocurrió en la otra pared de este cañón?

—Sí, hijita. Aproximadamente, sí.

—Entonces, si podemos observar aquella zona desde algún lugar que quede a mucha altura, quizá veamos Punta del Pilar.

—¿Quieres verlo desde un avión? —preguntó Pete.

—No. Desde la torre. Vamos a ver si podemos llegar allí.

Pam echó a andar, seguida de Pete y Holly. Corriendo atravesaron la terraza hasta llegar a la torre.

—Aquello debe de ser una entrada a alguna parte —dijo Pete.

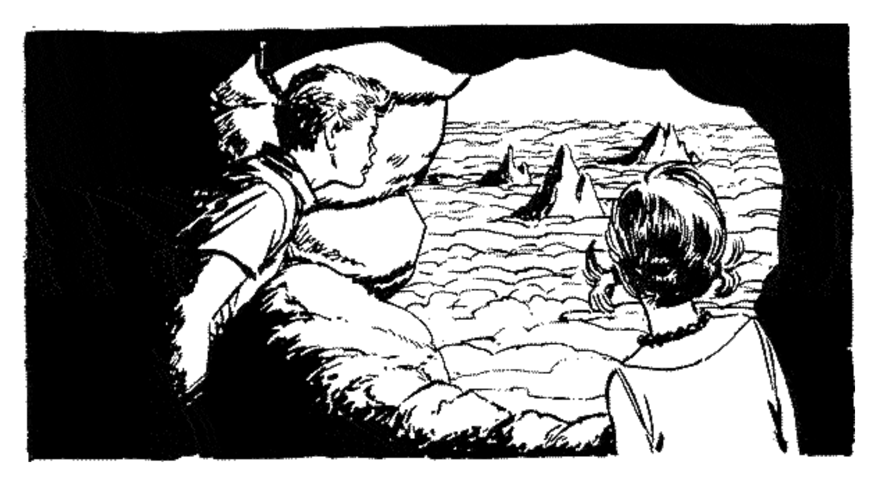
De ser así, la entrada había sido bloqueada tiempo atrás. Pero los tres hermanos se pusieron a la tarea de levantar tierra y piedras incansablemente. De repente se desprendió algo y cayó al suelo un montón de escombros.

Por el hueco que acababa de quedar abierto los niños pudieron ver una escalera de caracol, hecha de piedra. Los tres hermanos subieron por ella y se asomaron por las dos aberturas que, semejantes a ventanas, se abrían sobre el cañón.

—Esto debió de ser una atalaya —opinó Pete—. Seguramente aquí había siempre un indio de guardia para descubrir la llegada del enemigo.

—¡Qué altísimos estamos! —dijo Holly, mirando al otro lado del cañón, en donde aparecían los colores del arco iris. Una blanca nube descendía sobre la cima de una montaña—. ¡Mirad! ¿Qué será aquel bastón que asoma por encima de la nube?

Pam enfocó la vista hacia el distante objeto que señalaba la pequeña.



—Es un pico, pero no sé de qué —dijo.

—¿No podría ser Punta del Pilar? —preguntó Holly.

Aquella idea produjo en los tres hermanos un escalofrío que les recorrió toda la espina dorsal.

—¡Es verdad que parece un pilar! —gritó Pete—. ¡Holly, si es verdad lo que dices, con el mapa ya tenemos resuelto el misterio de la mina!

El chico y sus dos hermanas se apresuraron a volver con la madre para informarla de lo que habían descubierto. La señora Hollister sonrió y Sue empezó a palmotear.

—¡En cuanto lleguen papá y Ricky nos iremos a buscar la montaña de las turquesas! —afirmó.

Seguían pasando los minutos y todos se preguntaban qué habría sido de los otros dos que no volvían aún.

—Hace más de dos horas que se marcharon —dijo la señora Hollister en cuya frente empezaba a formarse un frunce de preocupación.

Transcurrieron otros veinte minutos y ya todos se sintieron alarmadísimos.

—Mamá, ¿tú crees que?… —empezó a decir Pam.

En seguida guardó silencio, pero siguió pensando:

«¡Dios mío, que a papá y a Ricky no les haya ocurrido nada malo!».

LA BÚSQUEDA DE UN TESORO



De repente retumbó una voz en lo alto del paredón rocoso.

—¡Ya hemos llegado! ¿Todo el mundo está bien?

—¡John! —gritó a su vez la señora Hollister—. ¿Estás bien? ¿Viene Ricky contigo?

—Sí. Y traigo una escalera.

Un momento después, por el borde rocoso apareció una escalera metálica. Primero Ricky, y después el señor Hollister, descendieron por ella.

—Tenemos noticias estupendas —anunció el pecoso, sin aliento —. El oficial Martínez ha detenido al señor Gross y a Rattler.

—¡Zambomba! —exclamó Pete con entusiasmo.

—Los dos hombres han confesado —siguió explicando Ricky con aires importantes—. Robaron todas las cosas de Juan Ciervo, y Rattler llevó la estera al poblado indio para que se culpase del robo a los yumatanes. Y el señor Gross fue quien robó el brazalete de Holly.

—¡También nosotros tenemos buenas noticias! —anunció Pam —. ¡Todas las cosas robadas están aquí!

Mientras el padre prorrumpía en una exclamación de asombro,

desde lo alto de la pared rocosa, otra vez gritó:

—¡Estoy preparado para ayudarle, señor!

—Está bien, Águila Veloz. Será mejor que baje.

Al llegar al final de la escalera, el indio fue informado del gran hallazgo y felicitó por ello a los niños. Luego Holly tomó a Águila Veloz por una mano y le dijo, emocionada:

—¡Hemos encontrado un mapa de vuestra mina de turquesas!

El gobernador de los yumatanes quedó tan asombrado que no pudo ni hablar, pero el señor Hollister se apresuró a preguntar:

—¿De verdad lo habéis encontrado? ¿Dónde?

Holly se lo explicó todo, mientras Pete le enseñaba la carta y el mapa.

—¡Es asombroso! —exclamó Águila Veloz.

Pete contó cómo Holly había distinguido un picacho en la distancia y cómo todos suponían que podía tratarse de Punta del Pilar. Después de mirar al lugar indicado por los niños, el indio dijo:

—Mañana iremos allí. Creo que habéis resuelto el misterio de la mina. Ahora os ayudaré a transportar las mercancías robadas al autocar.

¡Qué trabajoso resultó aquello! Hubo que subir muchas veces la escalera, todos cargados con diferentes objetos. Pero al fin todo quedó trasladado y el autocar estuvo tan lleno que casi no había sitio para los pasajeros.

—Me parece que algunos Hollister tendrán que ir en mi camión —dijo Águila Veloz, riendo.

Los niños subieron al vehículo del indio y tanto éste como el señor Hollister fueron directamente a la Central de Policía del Estado. Todos quedaron sorprendidos, al ver que Juan Ciervo estaba allí, hablando con el oficial Martínez.

—Todas sus mercancías robadas han sido recobradas —informó el señor Hollister al anciano indio—. Están en nuestro autocar.

Los ojos de Juan Ciervo se humedecieron cuando salió a la calle y en el vehículo de los Hollister vio los artículos desaparecidos de «El Chaparral».

—Sigo interesado en comprarlo todo —dijo el señor Hollister.

—Muchas gracias —repuso Juan Ciervo—. A mí gustar regalar todo a Hollister, pero Juan Ciervo tener poco dinero.

Cuando el viejecito y el señor Hollister quedaron de acuerdo sobre la compra y traslado de las mercancías, Pete contó todo lo relativo a la carta, el mapa y el viaje que tenían planeado.

—Juan Ciervo esperar que todo ser cierto —les deseó el viejo, muy sonriente.

Al siguiente día, los niños se levantaron temprano para preparar la excursión. Después del desayuno llegaron Águila Veloz y el oficial Martínez. El policía dijo que Rattler había confesado que robó aquella nota a un vaquero moribundo, quien se había enterado de la historia de la mina enterrada por un viejo indio. Rattler había cometido el error de contarle aquello a Gross, en lugar de decírselo a Águila Veloz.

Todos subieron al autocar y el señor Hollister dijo:

—Águila Veloz, ¿quiere usted hacer las veces de piloto para guiarnos hasta Punta del Pilar?

El señor Hollister condujo un trecho por la carretera principal hasta que el gobernador indio le indicó que girasen a la izquierda para tomar un camino lateral. El autocar avanzó, traqueteante, a través de pequeños arroyos y arenosos montículos.

Después de haber recorrido varias millas, Águila Veloz indicó que se detuvieran. Allí los buscadores del tesoro hubieron de avanzar arrastrándose unas veces, trepando otras, entre los cedros y las matas de artemisa. Cuando se aproximaban al extremo de una cañada, Pam exclamó:

—¡Ahí está, papá! ¡Ya veo Punta del Pilar!

El montículo se elevaba majestuoso, ante ellos.

—Estaba escondido. Los yumatanes nunca hemos venido en esta dirección —explicó Águila Veloz—. Por eso este picacho nos era desconocido.

Cuando llegaron al pie del montículo Pete consultó el mapa secreto, y guió a los demás en la dirección que indicaba la flecha.

—El desprendimiento de tierras cubrió bien esta zona —comentó el oficial Martínez—. Si hubiera transcurrido más tiempo sin hacerse el descubrimiento, me temo que la naturaleza habría conservado para siempre su secreto.

Media milla más allá, en un desfiladero, Ricky y su hermano exclamaron a un tiempo:

—¡Una cueva!

A la izquierda, medio oculta por pinos y juníperos, había una pequeña abertura en la ladera de la montaña. El policía iluminó la entrada con una linterna e informó que la cueva estaba vacía.

Mirando el mapa, Pete trazó una línea totalmente opuesta a la cueva y empezó a andar. A los pocos momentos gritaba a los demás:

—¡Aquí está la otra cueva!



Todos se acercaron, corriendo. La abertura no era más grande que un tambor indio.

—¡Todas las pistas están resultando buenas! —dijo Pam, muy emocionada—. ¡Ahora encontraremos la mina!

De nuevo consultó Pete el mapa y condujo al grupo al pie de un risco, donde se encontraban grandes peñascos.

—Según el mapa, la mina estará aquí. Ayúdenme a empujar estos pedruscos —pidió Pete.

Hombres y chicos empujaron los grandes peñascos con todas sus fuerzas. Por fin, los peñascos empezaron a ceder y rodaron ligeramente, dejando al descubierto una pequeña abertura.

El policía intentó mirar al interior, con su linterna, pero no pudo ver nada.

—Ricky, por este agujero sólo puedes pasar tú, y muy apretado —dijo el señor Hollister—. ¿Quieres intentarlo?

—¡Claro que sí!

Empuñando la linterna, el pequeño empezó a arrastrarse por el

agujero hasta que sus pies desaparecieron en el interior.

—¡Oíd! —llamó a los pocos momentos—. ¡Aquí hay un espacio muy grande y unas herramientas! —Sacó por el orificio una tosca hacha de piedra para que la vieran los demás y añadió—: Y en las paredes hay hileras de cosas azules.

—¡Has encontrado la mina de turquesas! —exclamó Águila Veloz, entusiasmado—. ¡Ahora ya no seremos pobres!

Trabajando afanosamente con el hacha, piedras y las mismas manos, los buscadores del tesoro indio agrandaron el agujero lo suficiente para poder entrar todos y contemplar las vetas de turquesas. Luego, entre comentarios constantes de Águila Veloz y de los niños, volvieron a la cañada y tomaron el autocar hacia Agua Verde.

—No sé qué decir a estos felices Hollister —dijo, sonriente, Águila Veloz, cuando se aproximaban al hotel—, excepto que desearía que fuerais yumatanes.

—A mí también me gustaría —afirmó Holly—. Así podríamos ser primos de Pluma Roja y Pluma Azul.

Aquella misma tarde los indios, empuñando picos y hachas modernos, empezaron a trabajar en la mina. Se informó a los Hollister de que Indy Roades y Caballo de Guerra recibirían una participación de los beneficios por haber ayudado a resolver el misterio.

—¡Qué bien! —exclamó Sue, palmoteando—. Todo el mundo está feliz.

A la mañana siguiente todos los indios de Agua Verde sonreían afablemente a los Hollister, al verles pasar.

—Diría que están planeando algo —dijo el señor Hollister a su esposa—. Lo veo en sus caras.

Al mediodía, una comisión de indios, dirigida por Juan Ciervo acudió a ver a los Hollister al hotel.

—Yumatanes invitar a cenar en poblado esta noche —dijo el viejecito.

—Muchas gracias —repuso la señora Hollister—. Aceptamos encantados.

Al atardecer, las calles de Agua Verde quedaron desiertas. Todos los indios y algunos de los habitantes blancos habían marchado al

poblado indio. Cuando los Hollister llegaron allí reinaba una enorme actividad. Los niños y sus padres se encaminaron a la casa de Águila Veloz. Sonriente, el gobernador les entregó, como presente, una blanca manta de ceremonia y plumas para la cabeza.

—Les ruego que nos hagan el honor de ponérselo ahora —pidió amablemente.

Al principio los Hollister se sintieron algo aturdidos, pero luego se adornaron con los curiosos regalos. Cuando empezaron a retumbar los tambores, los visitantes fueron conducidos al centro de la plaza, donde ardía una gran hoguera e iba a celebrarse un banquete. Sobre la hoguera y suspendido de sólidas ramas, se asaba un cordero.

Después que todos saborearon abundantes raciones de cordero y de otros sabrosos guisos, hubo bailes y cantos para agasajar a los Hollister. Finalmente, Águila Veloz, que vestía pantalones de color rosa y una camisa de terciopelo púrpura, se puso en pie solemnemente. Un precioso collar pendía de su cuello y su cintura iba ceñida con adornos de conchas marinas. Mirando directamente a los Hollister, declaró:

—Mi pueblo se ha reunido aquí esta noche para llevar a cabo una ceremonia muy poco usual. Po-da, ¿quieres adelantarte? También vosotros, Pluma Roja y Pluma Azul.

El lugarteniente del gobernador avanzó con aire digno hasta Águila Veloz con un cuenco de madera en las manos. Los niños indios fueron tras él.

—Ya estamos preparados para nombrar a nuestros visitantes blancos, miembros del pueblo yumatán —anunció solemnemente Águila Veloz—. Hollister, ¿queréis uniros a nosotros?

Asombrados, pero llenos de orgullo, los visitantes de Shoreham avanzaron lentamente hasta donde estaba el gobernador. Águila Veloz levantó una mano y todos los reunidos entonaron un apagado cántico.

Po-da se situó delante del gobernador, extendiendo el cuenco hasta él. Los Hollister pudieron ver que el recipiente contenía granos de maíz blanco y brillante. Águila Veloz cogió un puñado entre sus dedos y se lo llevó a la boca.

Po-da ofreció maíz a Pluma Roja y Pluma Azul que hicieron lo

mismo que su abuelo. Po-da probó el maíz después y luego fue pasando el cuenco a cada uno de los Hollister. También ellos comieron unos granos del cereal.

—¡Y ahora nombro a los felices Hollister miembros de la tribu yumatán! —declaró gravemente Águila Veloz—. Pueden considerar esta tribu como su propio hogar mientras yo viva. Y espero que vengan aquí con frecuencia.

Retumbaron los tambores y siguió el cántico.

—«Hiyo, hiyo, hiyo witsn nayo» —repetían los indios una y otra vez.

Los nuevos miembros «anglos» de la tribu estaban tan impresionados que no pudieron decir casi nada. Pero estrecharon la mano de Águila Veloz y de Po-da y dieron a todos las gracias. Luego Pam, Holly y Sue besaron a Pluma Azul y Pete palmeó los hombros de Pluma Roja.



—¡Ahora sí somos primos de verdad! —dijo Holly, muy contenta.

—Vamos, que bailaremos la danza de la amistad —propuso Pluma, Roja, llevándose a los Hollister a donde un muchacho indio estaba sentado en el suelo, tocando un tambor—. Podéis quitaros las manías, si queréis.

—Los nuevos yumatanes danzarán solos, en círculo, durante unos minutos —hizo saber Pluma Azul, después que los niños Hollister dejaron las preciosas mantas blancas en manos de sus padres—. Luego, los indios se unirán a vosotros.

Pam empezó inmediatamente el baile y Pete se colocó tras ella.

A continuación Sue, y por último Ricky y Holly.

Mientras los Hollister bailaban en círculo, «Blanca» revoloteó sobre ellos y fue a posarse en la muñeca izquierda de Holly. Esto fue como la señal de la amistad para que todos los niños indios se uniesen a la danza. Se colocaron en fila con los Hollister y los mayores entonaron una alegre canción.

—Encontrar un tesoro indio es lo más divertidísimo del mundo —declaró Holly, entre risillas, mientras ella, sus hermanos y sus primos indios, daban vueltas y vueltas rítmicamente.

